

ALINA SHEBELLE

*el pasado  
que nos vive*

Serie  Tiempo I

*El pasado  
que nos une*

Serie Tiempo I

AILINA SHEBELLE

AS

Sígueme en:

[www.ailinashebelle.com](http://www.ailinashebelle.com)

**Facebook:** Ailina Shebelle

**Twitter:** @AilinaShebelle

**Instagram:** @AilinaShebelle

**EL PASADO QUE NOS UNE**  
Serie Tiempo I

Primera edición: marzo de 2020

©Ailina Shebelle

©Portada: Ediciones LibroAzul

©Maquetación: Ediciones LibroAzul

Depósito Legal: MU 231—2020

Reservados todos los derechos. No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio (electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros) sin autorización previa y por escrito de los titulares del copyright.

La infracción de dichos derechos puede constituir un delito contra la propiedad intelectual.

# Contenido

[Derechos de autor](#)

[Prólogo](#)

[Primera parte](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Segunda parte](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Capítulo 20](#)

[Capítulo 21](#)

[Capítulo 22](#)

[Capítulo 23](#)

[Capítulo 24](#)

[Capítulo 25](#)

[Capítulo 26](#)

[Capítulo 27](#)

[Capítulo 28](#)

[Capítulo 29](#)

[Capítulo 30](#)

[Capítulo 31](#)

[Capítulo 32](#)

[Capítulo 33](#)

[Capítulo 34](#)

[Capítulo 35](#)

[Epílogo](#)

[Agradecimientos](#)

## Biografia

# Prólogo

*Diciembre, 1996*

## JOEL

La primera vez que vi a Mandy Brown ella tenía seis años y era diciembre. La gente se agolpaba en la calle en la puerta de sus casas, impresionados por la visión que tenían de la nieve que caía de forma paulatina, como si los copos tuviesen miedo de caer al suelo y perderse en la inmensidad. A mí me llamaba más la atención mi nueva vecina de enfrente, la de cabellos ondulados que giraba con torpeza sobre sí misma ante la atenta mirada de sus padres.

Leo, su hermano mayor, frunció el ceño durante unos segundos antes de unirse a ella en esa especie de juego. Mandy no tardó en marearse, muerta de risa, y acabó abrazada a Leo, quien la atrapó al vuelo.

Me imaginé cogiéndola de la misma forma, aunque en ese momento aquel pensamiento no tuviera sentido.

A veces una persona te inspira tranquilidad, estabilidad. Felicidad.

Sí, Mandy era la imagen de la alegría en estado puro, incluso con aquel aparato que llevaba en la pierna izquierda para caminar y que la hacía cojear, y la silla de ruedas que la veía utilizar de vez en cuando.

Tragué saliva ante la estampa navideña más increíble que había visto en mi vida. Una familia que se amaba ante mis ojos, mientras los celos se apoderaban de mí.

Apreté los puños a ambos lados del cuerpo. Unas ganas de destrozar lo que fuera me invadieron, nublándome la vista. Era un hecho que yo jamás tendría algo así. Pese a tener ocho años, era consciente de que mi vida nunca sería digna de un álbum de Hallmark ni nada que se le pareciera.

Los ojos se me llenaron de lágrimas al echar un vistazo hacia la puerta de mi casa.

Mi madre estaba perdiéndose el espectáculo de ver nevar en nuestro barrio, pero el trabajo era mucho más importante que unos cuantos copos.

Pensé en volver dentro para seguir viendo la televisión, pero justo cuando me levanté de la acera en la que había estado sentado todo el rato, una vocecita me frenó.

—Hola.

Me giré para ver la cosa más bonita que había visto nunca.

En algún momento, Mandy había entrado en casa y se había colocado unas alas rosas en la espalda y una corona de plástico plateada en la cabeza. Llevaba en la mano una varita con una estrella de purpurina en la punta. Sus labios rojos dibujaron una gran sonrisa a la que me fue imposible no corresponder.

—Me llamo Mandy, ¿y tú?

La miré a los ojos durante lo que me pareció una eternidad para después fijarme en su aparato. Pese al frío llevaba un simple tutú rosa sobre los leotardos y un jersey que, por muy gordo que fuera, no le evitaría un buen resfriado. Al ver que no había nadie en su jardín vigilando intuí que se había escapado sin pensar en la ropa que llevaba puesta.

—Tengo pupa en la pierna —me explicó, avergonzada—. Mi mamá dice que puedo ser una princesa, aunque lleve aparato.

Se acercó a mí e hizo que me agachase, acto seguido puso una mano en mi oído.

—Pero yo prefiero ser un hada —susurró.

Ladeé la cabeza en su dirección con una gran sonrisa.

—Me gustan tus alas.

Ella sonrió con fuerza y mostró una mini dentadura perfecta.

—¡Mandy! ¿Dónde estás?

La voz de su hermano hizo que mi atención recayera en el chaval de mi misma edad que salía de su casa. Su pelo no era ni tan oscuro ni tan ondulado como el de Mandy. Tampoco sus ojos. Los de ella tenían un tono verdoso y los de él eran azulados, muy parecidos a los míos.

—Enana, mamá se va a enfadar como te vea sin el abrigo.

Leo y yo nos estudiamos mutuamente. Él intentaba decidir si era una amenaza para su hermana pequeña, y yo si él lo era para mí.

Supongo que nunca fue un chico muy centrado en los detalles, porque de serlo, habría cogido a su hermana para alejarla sin mirar atrás.

El jardín de mi casa no era nada comparado con el de ellos. El césped estaba descuidado, las flores marchitas, la verja —que rodeaba cada esquina del tugurio al que llamaba hogar— desconchada y descolorida. Además, las ventanas y el porche no tenían buen aspecto.

Su casa y la mía bien podrían haber sido la imagen del cielo y el infierno, uno frente al otro.

Leo me saludó con un movimiento de cabeza que secundé con otro un poco más tenso y nervioso.

—Le gustan mis alas, Leo —comentó Mandy sin perder la sonrisa.

Leo relajó las facciones al mirar a su hermana.

—Son muy chulas, sí. Pero tenemos que volver dentro —le dijo, antes de dedicarme otra estudiosa mirada.

Cuando Leo agarró la mano de Mandy para que lo siguiera algo en mi interior gritó. De repente, no quería que se marcharan, no quería quedarme solo. Di un par de pasos en su dirección con la tentación de agarrarme a sus manos y perderme con ellos. Me daba igual dónde fueran. Solo quería... estar con ellos. Con *alguien*.

—Me llamo Joel —dije atropelladamente.

Ambos niños se giraron: ella, con su eterna sonrisa y aquel gesto amigable en la cara, y él, con un atisbo de amabilidad que dio esperanza a mi pobre corazón.

Pasaron unos segundos hasta que él sonrió.

—¿Jugamos al fútbol? Tengo una portería en la parte de atrás de mi casa.

No contesté en seguida. Me quedé allí plantado, como si me hubiera hablado en otro idioma, o como si mi cerebro procesara la información. Aunque ambos tuvieron paciencia conmigo.

Mandy se deshizo del agarre de su hermano y caminó hacia mí. Incluso con su cojera, noté la seguridad en sus pasos. Pasando la varita de una mano a otra, me agarró la mía con firmeza.

El calor de su piel penetró en mí, haciendo que agachara la cabeza hacia nuestras pequeñas manos unidas. Cuando la levanté de nuevo no dudé un instante más.

¿Sabéis ese momento en el que encontráis algo que habíais estado buscando y os engulle la emoción?

Así estaba yo en ese momento.

## Primera parte

# Capítulo 1

Mayo, 2000

**MANDY**

Esperé a que los gritos cesaran para atravesar el jardín principal de mi casa. No me atreví a cruzar la calle, de hecho, frené en seco cuando un ruido de cristales que chocaba contra el suelo retumbó, seguido de un quejido agudo.

Mi instinto me decía que debía quedarme donde estaba, apoyada contra la verja blanca de mi casa, pero necesitaba saber que él estaba bien. Era *primordial* saberlo, de lo contrario, iba a vomitar en ese mismo instante por los nervios.

Di un paso; sin embargo, no llegué mucho más lejos.

«Nunca te acerques si nos oyes gritar», eso era lo que Joel siempre me decía.

La puerta principal se abrió y del interior salió él como quien huye del fuego, salvo que allí no olía a humo.

No me hizo falta decir su nombre, aunque lo tenía en la punta de la lengua, quemándome como ese mismo fuego imaginario del que él huía.

Llegó hasta la verja, apoyó los codos en ella y se tapó la cara con ambas manos.

En un abrir y cerrar de ojos estuve junto a él. No quise decirle que no llorase, era absurdo, lo necesitaba. Precisaba sacar toda la rabia de dentro. Todo el dolor.

Las discusiones con su madre estaban a la orden del día. Los gritos en casa de los Hunt eran tan comunes que ya nadie llamaba a la policía ni giraba la cabeza cuando los escuchaban. Era como si la gente se hubiera acostumbrado a ese barullo que tanto terror me producía oír. Yo solo tenía diez años, ¿qué podía hacer?

Con una mano temblorosa le acaricié el brazo. No me apartó ni me alejó, así que apoyé la cabeza en el mismo lugar donde había estado mi mano. Suspiré y aspiré su olor a niño triste.

Verlo así me partía el corazón.

—Estoy aquí, Joel.

Lo oí sollozar.

De repente, y casi sin darme tiempo a reaccionar, se movió. Pasó sus brazos alrededor de mí, me abrazó con fuerza y apoyó su cara en mi hombro. Era mucho más alto que yo, y aquello lo obligaba a doblarse en mi dirección.

Por un momento tuve miedo de desestabilizarme y caer, pero sabía que jamás dejaría que eso ocurriera.

Le froté la espalda de la misma forma en que lo hacía con mi hermano cuando se disgustaba con papá y mamá. Aquel gesto siempre parecía calmarlo mientras le cantaba la canción de *La pájara pinta* y, como si de un hechizo se tratara, su llanto frenaba.

Pese a que lloraba en silencio, Joel no parecía tener suficiente, así que canté. Primero flojito, en su oído. Después más fuerte para que lo único que pudiera escuchar fuera mi voz.

—*Estaba la pájara pinta sentadita en su verde limón. Con el pico picaba la hoja, con la hoja picaba la flor... Mi amor, mi amor...*

Lo obligué a incorporarse y la imagen que obtuve me dejó sin aliento. Sus ojos azules estaban bañados en un mar de lágrimas, sus mejillas estaban coloradas y sus labios inflamados. Continué, pese a la incompreensión de su rostro.

—*Dame una mano* —le cogí la derecha—, *dame la otra* —agarré la izquierda—, *dame un besito sobre tu boca.*

De la manera más natural del mundo, me puse de puntillas y le di un suave y rápido beso en los labios. Agaché la cabeza un poco avergonzada, pero sonreí al levantarla de nuevo y verlo con la sombra de otra sonrisa.

Le hice un gesto con la cara para que siguiera mis pasos.

—*Daré la media vuelta, daré la vuelta entera.*

Ambos giramos, él intentaba por todos los medios no perderse ni un paso.

—*Un pasito para atrás, y haré una reverencia. ¡Pero no, pero no, pero no! Porque a mí me da vergüenza, ¡pero sí, pero sí, pero sí! Porque yo te quiero...* —le señalé el pecho con el dedo índice, a la altura de su corazón—... *a ti.*

Suspiré, pensando en lo raro que era cantar delante de Joel. Me sentí bastante tonta mientras me observaba, atónito.

Tragué saliva. Iba a decirle que me perdonara, que había sido una tontería cantar aquella canción; no obstante, él habló primero.

—*¿Me la cantas otra vez?*

Solté una risita de felicidad.

Joel ya no lloraba, todo lo contrario. Sus ojos no estaban tan rojos como antes, no había rastro de lágrimas en sus mejillas y sus labios estaban curvados hacia arriba.

Asentí, tirando de él hacia la acera con la intención de sentarnos un rato, aunque él negó con la cabeza, manteniéndome en el mismo sitio en el que estaba.

—*Quiero aprenderme los pasos* —me dijo, entrelazando sus dedos con los míos.

*Y volví a cantársela. Una y otra vez.*

## Capítulo 2

Junio, 2005

### MANDY

—Ya estás otra vez dibujando.

La frase de Leo salió con cierta irritación, pero no tenía un buen carácter desde que la adolescencia llamó a su puerta por primera vez.

Se podía decir que mi hermano se volvía más duro con los años y, con los diecisiete recién cumplidos, era una bomba de relojería hormonal. Siempre estaba cabreado, todo le disgustaba y nada de lo que le dijeras le parecía bien. Para colmo, aquel día era el cumpleaños de Joel y en casa estaban todos como locos con los preparativos de la fiesta sorpresa que pensábamos darle esa noche.

Pese a no estar demasiado contento por verme sentada dibujando y sin ayudar con los preparativos, se acercó hasta la cama y echó un vistazo al cuaderno.

Los dibujos de fantasía eran mis favoritos. Me gustaba dibujar con estilográficas de tinta china y luego darle color con acuarelas. El resultado era genial. En ese momento aún seguía concentrada en darle forma a la bruja. Todavía no había trazado el cementerio en el que tenía pensado ambientarla.

—Mola —dijo Leo, asintiendo con la cabeza. ¿Lo que vi en su mirada fue orgullo? —. Deberías dedicarte a esto, enana.

Me encogí de hombros. Nunca me visualicé como ilustradora, pero los pasos que daba cada día tenían como destino el arte. Había heredado de mi padre el gusto por la pintura. Conocía todas las técnicas y ya había terminado varios cuadros, los cuales apilaba en una esquina de mi habitación, con la esperanza de que algún día pudiera hacer una exposición.

Los dibujos de acuarela también eran valiosos, pues en ellos plasmaba una Mandy muy distinta. Me dibujaba como una superheroína, al más puro estilo Wonder Woman, con mi pelo castaño al aire y un cuerpo mucho más perfecto del que tenía en realidad. Por supuesto, en mi imaginación no llevaba ningún aparato y la silla de ruedas no tenía cabida.

—Es solo un *hobby*, no creo que sea tan buena como para vivir de esto. Además, mira papá, lo intentó durante años y al final tuvo que trabajar en la oficina de la empresa del abuelo.

Mi padre, Robert Brown, siempre decía que sus dos grandes amores eran Rose Mary, mi madre, y el arte.

Cuando mamá se quedó embarazada de Leo, papá dejó a ese gran amor un poco olvidado y buscó un trabajo a jornada completa.

«El amor joven es volátil, pero cuando encuentra su hogar se queda para siempre», solía decir con una sonrisa de oreja a oreja.

—Que él no pudiera vivir de ello no significa que tú no puedas.

Suspiré, deseando que aquella frase fuera cierta.

—Ya, supongo.

No me vio convencida. Para ser sinceros, yo tampoco lo estaba.

La voz de mi madre llegó desde la cocina.

—¡Niños! Vamos, tengo casi la base de la tarta para Joel y tenemos que hacer el chocolate, ¿se

puede saber dónde estáis?

Joel se había ganado el corazón de toda la familia desde que nos conocimos. Sabíamos que la situación en su casa no era buena, por eso no dudábamos en hacerlo partícipe de nuestra vida familiar. Para mis padres era un hijo más al que mimaban lo justo para que su madre no pusiera problemas. Aunque dado que siempre estaba solo en casa, el hecho de que pasara más tiempo en la nuestra nunca fue un problema.

Cuando Leo me dejó sola, guardé el cuaderno y la estilográfica en el cajón de la mesita de noche. Después, fui directa a sacar el paquetito que guardaba desde hacía una semana en el fondo del armario.

Abrí la cajita de madera y una bailarina vestida de hada empezó a girar al son de *Love of my life*, de Queen, una de las canciones favoritas de Joel. Le di cuerda al máximo para dejarla preparada. Quería que cuando Joel abriera la caja el hada danzara un buen rato.

Regalar una cajita de música a un chico que iba a cumplir diecisiete años no era la opción más ideal, pero cuando la vi en la tienda de regalos del pueblo no me pude resistir... El regalo tenía un significado muy sentimental y esperaba que Joel pudiera percibirlo.

Sonriendo, lo guardé de nuevo en el fondo del armario y salí de la habitación con todo el ánimo del mundo para ayudar en los preparativos, los cuales se alargaron hasta la tarde.

A las cinco fue cuando mi madre terminó de inflar el último globo del paquete que Leo había traído, mientras papá dormía como una marmota en el sillón del centro del salón. La pierna empezaba a dolerme cada vez más, así que me metí en mi habitación para quitarme el aparato y echarme en la cama hasta las seis, que era cuando la fiesta empezaría.

No podía dejar de pensar en la cara que pondría Joel cuando viera lo que teníamos preparado para él.

Había guirnaldas de colores por todos lados, la radio y los altavoces estaban listos para su funcionamiento. En el patio trasero había dispuestas un par de mesas plegables de jardín con sillas y manteles de papel para todos los invitados. Colgado, en el arco de piedra que daba acceso al patio, un gran cartel de «Feliz cumpleaños» llamaba la atención más que cualquier cosa.

Mamá estaba dispuesta a que Joel no olvidase nunca lo especial que era para nosotros.

—¿Estás cansada, bichito?

Mi madre se asomó en el resquicio de la puerta y la abrió un poco.

—No he dormido bien esta noche —contesté, sonriendo.

Siempre intentaba no preocuparla con los dolores de la pierna. Sabía lo mucho que se inquietaba por mí y no quería que sufriese más de la cuenta.

—Bueno, pues duerme un poco, cariño. —Se acercó y me dio un sonoro beso en la mejilla—. Le va a gustar la fiesta, ¿verdad?

Asentí. Era muy triste que su propia madre no se preocupase por él de la misma manera que lo hacía la mía. Mamá siempre sintió una gran empatía hacia Joel, por eso no dudaba en ejercer de madre cuando se quedaba con nosotros. Creo que él lo agradecía y ella lo sabía.

—¿Crees que su madre lo quiere, mamá?

Mi pregunta la dejó seria y pensativa. Pensar en la señora Hunt era desagradable para cualquiera. Era una mujer soberbia, antipática, siempre vestía ropa ajustada y se maquillaba en exceso. No se la veía a menudo por el barrio, aunque cuando estaba se sabía.

Era obvio por los gritos que le dedicaba a su único hijo.

—Creo que una mujer como la señora Hunt es capaz de amar a su hijo, pero no sabe cómo hacerlo —sonrió y me acarició la mejilla.

—Hay gente que no sabe querer, bichito. Joel tiene suerte de tenernos, eso nunca va a cambiar.

Es lo único que importa, dadas las circunstancias.

Se levantó de la cama sin hacer ruido. Antes de cerrar la puerta del todo me miró.

—Joel debe saber lo mucho que lo queremos en esta casa.

Asentí.

—Sí, mamá.

—Descansa, pequeña.

Poco después me dormí pensando en todas las veces que le diría a Joel cuánto le quería.

Me desperté con un mal presentimiento. Uno de esos de los que procuras pasar, en el que te dices que es mejor no pensar en cosas desagradables pero que, aun así, se implantan en tu estómago creando incertidumbre.

Me di la vuelta en la cama y casi grité cuando vi a alguien a mi lado. Noté que me tapaban la boca y forcejeé un poco, hasta que descubrí quién estaba sentado.

—Shh —siseó Joel—, soy yo.

Sus ondas castañas caían por su cara, despeinadas. Seguramente, de tanto atusarse el pelo con las manos. Sus ojos azules eran más oscuros que de costumbre.

Se ladeó un poco y se sentó junto a mí en la cama. Miré a mi alrededor. La única ventana de mi habitación estaba entreabierta. Al ser la casa de una planta el acceso por ella era bastante sencillo, aunque recordaba haberla dejado cerrada.

Joel solía colarse en mi habitación, sobre todo por las noches, cuando tenía pesadillas o cuando su madre estaba en casa, así que no me sorprendió verlo en mi habitación aquella tarde.

Parecía cabizbajo, aunque eso no fue lo que llamó mi atención, pues Joel era un chico triste en su día a día.

—¿Cómo has entrado?

—Uno tiene sus trucos —contestó con una media sonrisa que no le llegó a los ojos.

Le froté la espalda tras un segundo en el que ninguno dijo nada.

—¿Qué te pasa?

Se encogió de hombros.

—Nada.

Guiñé los ojos un poco fingiendo un gruñido.

—Mentiroso.

Me acerqué a él y le hice cosquillas. Él se rio tan fuerte que tuvo que taparse la boca con las manos para que no nos descubrieran. Se lanzó a mi lado sobre el colchón y empezó a defenderse haciéndome cosquillas a mí también.

—¡Vale, vale! Me rindo —susurré sin poder parar de reír.

Levanté ambas manos en señal de paz.

Con las respiraciones aceleradas nos quedamos mirando al techo. Lo tenía todo cubierto de estrellas que brillaban en la oscuridad. Me gustaba contemplarlas mientras me entraba sueño por las noches. Cuando Joel se quedaba las contábamos hasta que nos dormíamos, exhaustos de tanto hablar.

—¿Has discutido con tu madre?

Me atreví a preguntárselo. Normalmente, no quería hablar de ella. No le presionaba, pero había veces en los que era evidente que necesitaba desahogarse.

—Es mi cumpleaños, ¿lo dudabas?

Lo dijo con un tono tan derrotista que se me rompió el corazón. ¿Es que no podía esa mujer darle un respiro a su hijo?

—Ni siquiera me ha felicitado —dijo entre susurros, tras un rato—. En un año me iré a la universidad y ella no notará mi ausencia. Trabajo con el señor Anderson en el taller desde los dieciséis a escondidas para que no me quite el dinero, porque lo que gano en la cafetería se lo queda y lo gasta en alcohol. La ayudo en lo que puedo, ¿sabes? —negó con la cabeza, ausente—. Nunca es suficiente. Es como si...

Giré la cabeza hacia él.

Joel sabía bien a quién acudir cuando estaba triste. Si quería olvidar, buscaba a Leo. Si deseaba hablar, venía a mí. Y ambos éramos muy buenos en nuestros respectivos papeles.

Agarré su mano, entrelazando sus dedos con los míos. Cuando me miró sus ojos estaban llenos de lágrimas.

—Tu madre es capaz de quererte, Joel. Pero no sabe cómo hacerlo.

Repetí las palabras de mi madre porque sabía que él necesitaba que yo le dijera algo inteligente.

Se rio con amargura.

—No estoy tan seguro. —Sorbió por la nariz—. ¿Y si soy yo? ¿Y si soy incapaz de que los demás me quieran? A lo mejor no soy tan buen hijo... —susurró, más para él que para mí—, a lo mejor...

Lo agarré con cariño de la barbilla y moví su cara en mi dirección.

—Deja de decir esas cosas, no te pasa nada malo. Nosotros te queremos, Joel. —Tragué saliva—. Yo te quiero.

Aquellas palabras salieron de mí con un significado bastante distinto al que pretendía. Creo que lo supo mientras nuestras miradas se perdían una en la otra.

Cuando tienes quince años y la persona que te gusta te mira puedes sentir cada partícula de tu cuerpo. Cada pelo, cada poro, cada esquina. Eres tan consciente de ti mismo que serías capaz de volar, porque te conviertes en un globo que se va inflando por cada parpadeo que él te dedica.

Y así estaba yo, como un globo a la deriva mientras notaba su respiración cerca de mis labios... Hasta que Joel frunció el ceño y se apartó para volver a mirar al techo.

Mantuvimos un tenso y extraño silencio, hasta que habló de nuevo.

—Será mejor que vuelva a casa antes de que mi madre saque todas mis cosas al jardín.

Se incorporó y se alejó de mi lado, dubitativo.

Me hubiera gustado decirle muchas cosas, pero ¿quería que las supiera?

Justo cuando abrió la ventana para marcharse, lo llamé.

—Joel, espera...

Me di prisa en subirme sola a la silla de ruedas y buscar el paquete que escondía con emoción en el armario. Lo dejé en mi regazo y me puse frente a él.

—Feliz cumpleaños —le entregué el regalo con un gran sentimiento de incertidumbre.

Joel no era tonto. De hecho, era un chico bastante espabilado, mucho más maduro de lo que Leo o sus amigos eran. Sabría que el significado sentimental de aquella caja iba mucho más allá de nuestra amistad.

Cuando la abrió y el hada empezó a girar sobre sí misma, nos quedamos embelesados. Su canción favorita sonaba con un tintineo hipnótico. Con una mano temblorosa sacó la foto que había guardado para él.

—Es de cuando éramos pequeños, ¿te acuerdas? Yo siempre iba con ese disfraz de hada a todos lados.

Asintió y tragó con dificultad.

En la foto, Leo, Joel y yo aparecíamos abrazados los unos a los otros. Mi padre nos la había

sacado el verano siguiente a cuando nos conocimos. Era una de mis fotografías favoritas. Leo sonreía al frente, con ese par de hoyuelos que siempre tendría en las mejillas y que le daban un aspecto irresistible conforme crecía. Joel, en el centro, nos agarraba a ambos; pero sus ojos azules estaban puestos en mí, y los míos en él. Nos reíamos a carcajadas por algo que papá nos había dicho.

Era la viva imagen de la felicidad.

—Gracias, pequeña. Me encanta —dijo, emocionado.

Le devolví la sonrisa y me despedí de él, fingiendo más entereza de la que en realidad sentía.

—Debería hacerme el sorprendido cuando vea los decorados del jardín, ¿verdad? —preguntó, riéndose, mientras atravesaba la ventana.

—Ya sabes cómo es mi madre, le encantan las fiestas.

Joel fijó su mirada detrás de mí, como si ella estuviera allí.

—Tienes mucha suerte de tenerla, Mandy. No lo olvides nunca.

Asentí. Sabía a qué se refería.

Tras un segundo de silencio me guiñó un ojo y sonrió con nostalgia, para después desaparecer de mi vista.

Y esa fue la última vez que vi a Joel Hunt sonreír.

## Capítulo 3

### MANDY

Mi extraña incertidumbre se alargó durante la hora que faltaba para que empezara el cumpleaños.

Me duché, vestí y peiné sola. Tardé un poco más que de costumbre, pero intentaba hacer cosas cotidianas por mi cuenta desde hacía un año. A mi madre no le gustaba demasiado. Siempre que me metía en el baño se paseaba por la puerta para escuchar desde el otro lado. Lo sabía porque veía la sombra de sus pies por el hueco de debajo de la puerta. Papá le reñía en voz baja si la pillaba revoloteando. Para él era distinto, se preocupaba mucho por mí; aunque era partidario de que me diese los golpes que necesitase si eso me convertía en una persona menos dependiente.

Los nervios que afloraban en mi estómago eran infundados, pero habían crecido desde que vi a Joel marcharse a su casa.

Leo solía decir que era demasiado empática. Las sensaciones y sentimientos de los demás eran absorbidos por mi cuerpo como si de una aspiradora se tratase; sin embargo, mamá pensaba que cada año estaba más enamorada de Joel. A mí me mataba que mi madre supiera leerme tan bien pese a no haberme pronunciado nunca al respecto.

Saqué del cajón del escritorio un mini *set* de maquillaje que mi abuela me había regalado en mi último cumpleaños. Como vivía a varias horas de casa solo la veíamos en los momentos más importantes del año, así que, cada vez que la visitábamos, tanto Leo como yo nos llevábamos algún regalo.

Me miré en el espejo y opté probar suerte.

Como no solía maquillarme, decidí pintar unas tímidas sombras rosas de varios tonos en mis párpados, como había visto en las revistas que mis amigas, Carol y Salma, solían llevar al instituto. También me puse una pizca de rímel. No me pinté los labios, pensé que era demasiado.

Sonreí a mi reflejo. El resultado no fue tan catastrófico como pensaba.

Oí el timbre de casa. Las voces de Nick y Cam, los chicos que siempre iban con mi hermano y Joel, llenaban el espacio junto con la de Leo. Poco después llegaron Carol y Salma junto a Travis, quien se había convertido en mi mejor amigo desde hacía unos años. Formábamos un grupo bastante peculiar, pero nos encantaba pasar juntos el rato.

Estaba un poco indecisa por el poco maquillaje que llevaba, y justo cuando me decidí a salir de la habitación, alguien abrió la puerta.

Todos se quedaron callados cuando me miraron. Sentía las mejillas coloradas con el corazón palpitando como loco en mi caja torácica.

—Enana, estás... —susurró mi hermano.

«Horrorosa. Ridícula. ¡Quítate el maldito maquillaje, Mandy!», creí que diría.

—Guapísima —dijo Travis, sonriendo.

Salma y Carol dieron su aprobación también.

Cam se despeinó al pasarse la mano por los mechones pelirrojos.

—Sí, estás que te sales, niña —me dedicó una de esas sonrisas de medio lado que empezaban a conquistar a las chicas.

—¿De verdad? —pregunté, esperanzada.

Miré a mi hermano en busca de su aprobación. No es que la necesitase, pero para mí era importante lo que pudiera pensar.

Asintió, sonriendo con fuerza.

—Sí, de verdad.

Me encogí de hombros, cohibida y feliz al mismo tiempo.

Abandoné mi cuarto con una seguridad aplastante, dispuesta a cruzar la calle con mis amigos para ir a por Joel.

Mi madre salió del salón junto a papá y ambos me miraron impresionados. Mamá sonrió de oreja a oreja; sin embargo, papá hizo un mohín.

—Eres muy joven para maquillarte así, ¿no?

Miró a Nick con desaprobación. Después a Cam con cara de pocos amigos. Pasó de Travis, pues sabía que las chicas no le gustaban, pero sí que le lanzó una sutil mirada de soslayo que gritaba un *por si acaso*.

—*Demasiado* joven —puntualizó, como subrayándoles el hecho de que tan solo tenía quince años y ellos, al menos Nick y Cam, eran casi mayores de edad.

Mamá le dio un codazo suave poniendo los ojos en blanco.

—Oh, Rob, cállate. Está preciosa.

Papá frunció el ceño todavía más.

—¿Quién ha dicho que no lo esté? Precisamente, es por eso que lo digo.

Avergonzada por la conversación que estaban manteniendo delante de mis amigos, me agarré de la mano de mi hermano —por orden expresa de mamá— y fuimos directos a la puerta para ir en busca del cumpleaños. Con suerte estaría solo en casa.

Estábamos en el pasillo de la entrada cuando alguien llamó al timbre. Papá se adelantó para ver quién era; pero antes de que llegase a abrir, quienquiera que fuera, aporreó la puerta mientras hacía tronar el timbre.

Me deshice de la mano de mi hermano y di un par de pasos hacia adelante con el corazón a mil por hora. Leo debió sentir lo mismo porque no me dejó continuar.

Asombrado por la insistencia, papá nos miró a todos un segundo pidiendo que guardáramos silencio antes de observar a través de la mirilla.

Tragué saliva con fuerza. Sentía que me faltaba el aire, el cual no dejé que saliera hasta que mi padre se giró preocupado.

—Es Joel.

No sé si fue la forma de decir su nombre o su cara descompuesta lo que me confirmó que algo no iba bien.

Ladeé la cabeza en dirección a Leo antes de atreverme a mirar hacia la calle, al otro lado de donde estaba mi padre.

—Señor Brown... —la voz de Joel sonaba lejana, perdida y asustada.

No entendí por qué hasta que me acerqué a la entrada.

Las manos de Joel, así como su camiseta, estaban empapadas en sangre. Temblaba y lloraba, y cada cosa que salía de su boca era ininteligible.

—Por Dios, hijo, ¿qué te ha pasado?

Mi padre lo sujetó de los hombros en el mismo momento que mi madre salía disparada hacia ellos.

—¿Qué te ha hecho? —preguntó ella, dando por sentado que toda esa sangre era de él.

Joel negó con la cabeza. Sollozó un par de veces, hasta que gritó de horror.

—¡No podía dejar que lo hiciera, señor Brown! No podía... Yo... Lo siento —balbuceaba sin

parar, a nadie en concreto—. Lo siento.

Mis padres se miraron temiendo lo peor.

Una pelea entre madre e hijo, como la que podían llegar a tener ellos, era fácil que desembocara en desgracia; pero ¿de verdad Joel Hunt sería capaz de matar a su propia madre?

No. Él jamás haría algo así.

Joel volvió a sollozar. Ninguno sabíamos qué hacer. Se le veía horrorizado y asustado.

—¡Tú! ¡Maldito malnacido!

Escuchar la voz de la señora Hunt fue un consuelo para todos.

—¡Lo has matado! Cabrón egoísta, ¡lo has matado! —gritó, corriendo a trompicones en dirección a nuestra casa con los ojos inyectados en sangre.

Mamá lo abrazó instintivamente, mientras papá frenaba a la señora Hunt. Esta peleó para poder llegar hasta su hijo, quien la observaba con la mirada desencajada por el miedo.

—¡Lo has matado! ¡Asqueroso de mierda! ¡Debí abortar cuando tuve ocasión! ¡Me has destrozado la vida!

Oír aquellas palabras me dolieron en el alma, ¿cómo podía una madre decir semejantes barbaridades a un hijo?

Aunque había una pregunta que flotó en el aire entre el mutismo de los que estábamos allí: ¿A quién había matado, supuestamente, Joel?

Lo miré, buscando respuestas.

Él cayó de rodillas, derrotado.

Mi madre ayudó a papá a sacar a la señora Hunt del jardín de casa. Solo Dios sabía de lo que sería capaz aquella mujer en ese momento.

—¡Leo, llama a urgencias! —pidió papá a través de los gritos.

Mi hermano no tardó en reaccionar, de hecho, Nick, Cam y el resto lo acompañaron mientras yo me quedaba allí plantada, con la vista fija en el chico más cariñoso y dulce del mundo. Él era incapaz de matar a una mosca. Era imposible que hubiera asesinado a nadie.

No. Aquello no tenía sentido.

Entre temblores, Joel se movía hacia atrás y hacia adelante. Parecía... ido. Perdido. Hasta que sus ojos se posaron en mí. Su pecho subía y bajaba por los sollozos. Sus lágrimas surcaban su cara, inundando su piel, mojando sus labios.

—Mandy... —susurró con agonía.

Me acerqué a él en el momento en que una sirena se oía a lo lejos.

—Estoy aquí, Joel.

Fue lo único que pude decirle, porque pasara lo que pasara, iba a quedarme a su lado. No lo dejaría solo.

Levanté la vista en dirección al otro lado, mucho más allá de nuestro jardín y la carretera. Un Chevrolet negro impoluto y antiguo llamó mi atención. Era un coche que resaltaba entre el resto. Parecía de colección. Nunca antes lo había visto. Sentí una punzada en el estómago al verlo, como si su sola presencia representase algo malo que no era capaz de discernir en ese momento.

Joel negó con la cabeza, buscándome. Le tendí las manos. Él tiró de mí y me abrazó. Sentí que su agarre era una búsqueda desesperada de una tranquilidad que estaba lejos de llegar.

Siguió llorando con la cabeza hundida en mi hombro, hasta que una ambulancia llegó seguida de un coche de policía.

Jack Austen era el padre de Nick y el *sheriff* de Telluride. Él y mis padres eran buenos amigos. Estaba al corriente de las penalidades de Joel desde siempre; pero, por desgracia, nunca había habido pruebas fehacientes para que separasen a Joel de su madre. Y Joel, por extraño que

pudiera ser, nunca quiso relatar lo que sufría entre las paredes de su casa.

Aquella noche, cuando el inspector Austen salió de casa de los Hunt y tomó una primera declaración a la nerviosa y —demasiado— excitada señora Hunt, estoy segura de que todos pensaron que la solución hubiera sido alejar a Joel de aquella mujer años atrás.

Joel ni siquiera se resistió cuando el inspector le puso, a regañadientes, las esposas, juntando sus manos a la altura de su regazo.

—Vamos, Jack, esto es demasiado. Seguro que es un error.

Jack hizo un mohín de disgusto antes de echar un vistazo a la señora Hunt.

—La madre está drogada. Había restos de cocaína en la cocina —emitió un gran suspiro de disgusto—; pero tiene razón, hay un hombre herido en el baño. Y no pinta nada bien.

Mi madre se tapó la boca. Dos lagrimones surcaron sus mejillas.

—Es imposible. No me creo que haya sido él.

Mi padre y él cruzaron una mirada de entendimiento.

—No te preocupes, Rosy. Cuidaré de él mientras esté en comisaría.

La señora Hunt fumaba, enfundada en una chaqueta de manga corta de punto, al otro lado de su verja. Se la veía mucho más relajada desde que habían sacado al hombre de su casa y metido a su hijo en el coche patrulla.

—Os llamaré en cuanto sepa algo.

Se alejó a grandes zancadas. Otro coche patrulla vino para trasladar a la señora Hunt a comisaría. Tendría que declarar, y era probable que pasara la noche entre rejas al igual que Joel.

Antes de que ambos coches patrulla arrancaran, caminé con determinación hacia el vehículo donde él estaba. Miraba al suelo, cabizbajo. Cuando levantó la cabeza no había ni un ápice de miedo, tan solo tristeza.

Puse mi mano contra el cristal de la ventanilla, llorando por él.

Se mordió el labio con fuerza antes de colocar la suya justo donde estaba la mía.

«No llores», dijo. Lo entendí pese a no escuchar su voz.

«No llores», repitió antes de que el coche arrancase y se perdiese al final de la calle.

Me limpié las lágrimas con frustración, lanzando una mirada de odio a la señora Hunt, que sonreía de una forma malvada hacia nosotros. Ni siquiera parecía consciente de lo que había pasado.

Entonces, me di cuenta de que el rímel había ennegrecido mis mejillas y mis manos. Todo era negro en un día en el que tendría que reinar el color.

«No llores», escuché en mi cabeza, como si fuera él quien me lo decía al oído, muy bajito.

Pero era imposible. No podía parar de llorar.

## Segunda parte

## Capítulo 4

7 años después

### JOEL

El sonido del teléfono me despierta. No me muevo, al contrario, lo dejo sonar hasta que para. Cierro los ojos un instante y vuelve a sonar.

Solo hay una persona que tenga mi número de teléfono y no estoy seguro de tener ganas de contestar; sin embargo, es tanta la insistencia que claudico.

Me muevo con lentitud, pues siento la cabeza embotada por la noche que he pasado. Las secuelas del alcohol están taladrándome las sienes. Mascullo un impropio al incorporarme cuando un sabor ácido me escuece en la lengua.

Lanzo un gruñido, cabreado por tener que levantarme tan temprano.

Miro el reloj. Las doce y media de la mañana.

«Eres un puto vago».

La voz de mi interior también se ha despertado, esa que me ha acompañado toda mi vida para recordarme lo inútil que soy.

«Inútil».

—Sí, sí —le contesto a la voz con pesadez antes de descolgar el teléfono.

El olor a tabaco inunda mis fosas nasales y logra que tenga una arcada. Detesto el tabaco. Lo odio. Mi madre solía echarme el humo del cigarro a la cara cuando quería que me callara o me perdiera en mi habitación. Y eso era lo más suave que podía hacerme.

Giro la cabeza y veo una despampanante rubia asomada por la ventana. Está desnuda, a excepción de mi camiseta. Entre sus largos y delgados dedos está atrapado el cigarrillo. Hago un mohín de disgusto mientras oigo el carraspeo al otro lado de la línea.

—¿Joel?

Dejo escapar el poco aire limpio que me queda en los pulmones antes de que la rubia los llene de esa mierda con alquitrán.

—¿Joel? —repite el interlocutor.

«Contesta, mentecato».

—Sí.

Es lo único coherente que parece salir de mi cerebro esta mañana.

—Soy Jack. —Hace una pausa tan larga que creo que ha colgado—. ¿Estás bien, hijo?

«No. La cabeza me va a estallar. Mi vida es una mierda», quisiera decirle; sin embargo, me froto la cara y los ojos, intentando encontrar las palabras.

—Estoy bien. Estaba... —«Durmiendo la mona»—, ocupado; pero estoy bien, sí. Estoy bien.

Casi puedo imaginarme la cara del señor Austen mirándome, frunciendo el ceño con preocupación.

—Tengo noticias, hijo.

Eso ha sonado mal. Muy mal.

Por un momento pienso que he perdido el trabajo en el bar en el que toco el piano por las noches. El dueño es un viejo amigo del *sheriff* y me dio el empleo sin conocerme. En cierta manera, no quiero decepcionarle. Ha hecho mucho por mí en estos últimos siete años.

—¿Qué pasa?

La pregunta me sale ahogada. Estoy seguro de que el silencio es fruto de la más profunda de las decepciones.

Soy un fracasado. Siempre lo he sido, pero después del año que pasé en el centro de menores supe que no llegaría a ser mucho en la vida. Tan solo las horas que pasaba frente al destartado piano de la capilla daban sentido a mi existencia. Tuve suerte de que el tutor que nos daba clase me enseñase nociones básicas. A los seis meses ya tocaba bastante bien.

Solía decirme que tenía un don —sí, yo—.

Al salir supe en qué quería emplear el dinero que había ganado trabajando antes de entrar allí.

El señor Austen estuvo encantado de acompañarme al Conservatorio de Música de Denver para matricularme en el primer curso. Me sugirió que lo mejor que podía hacer era inscribirme en la universidad también para estudiar un Grado de Educación, de esa forma podría ser profesor algún día. Seguí trabajando por las noches en cualquier cosa con tal de no abandonar los estudios.

Y aquí estoy, con veinticuatro años, con las secuelas del alcohol matando mis neuronas, una tía fumadora que está dejando la peste a tabaco por el piso —y que me está provocando náuseas— y un trabajo de pianista en un tugurio en el que mi música es lo menos interesante del local.

—No sé cómo decirte esto, Joel.

—Intenta soltarlo y ya está.

Suspira muy fuerte mientras deja que se le escape el pesar.

—Tu madre ha muerto, hijo. La han encontrado esta mañana en su casa. —Hace otra pausa—. Llevaba muerta un par de días.

Un sudor frío inunda mi frente al escucharlo.

Durante estos años no he sabido nada de mi madre. Intenté contactar con ella, pensé que querría saber si estaba bien, que mi experiencia durante ese año no había sido traumática; pero me llevé la sorpresa al descubrir que no solo no le importaba, sino que no quería saber nada más de mí.

«Yo no tengo ningún hijo, ¿te enteras?». La frase todavía escuece.

Me humedezco los labios. Quiero colgar y olvidarme, aunque no lo hago. No siento pena, ni siquiera nostalgia. Heather Hunt fue la peor madre del mundo. Aun así, era mi madre, y tengo la sensación de que debería sentirme apenado por saber que ha muerto. No es así. No siento absolutamente nada.

—El entierro será mañana por la mañana —continúa, diciéndome el señor Austen—. No pasa nada si no vienes, pero quería que lo supieras.

Aprieto el puente de mi nariz con los dedos mientras noto cómo el corazón me palpita nervioso. Es sincero cuando me dice que no tengo que ir; sin embargo, al mismo tiempo sé que espera que lo haga.

Un sonoro «¡no!» grita en mi interior ante la posibilidad de volver a Telluride.

Son tantos los recuerdos que me niego a revolver todo aquello de nuevo. No. No puedo. No después de haber superado tantas cosas, no después de olvidar...

«Ni se te ocurra, chaval —me dice la voz— ¿Qué les vas a decir a todos después de siete años sin dar señales de vida?».

Instantáneamente, pienso en Cam y Nick, en Leo y Mandy...

*Mandy.*

No hay día que no la recuerde llorando mientras me arrestaban en la puerta de su casa. No hay día que no vea sus ojos llenos de lágrimas e incomprensión observándome.

Pensar en verla provoca en mí una emoción que no esperaba. La familia Brown intentó ponerse en contacto conmigo en más de una ocasión, pero logré convencer a Jack Austen para que les

dijera que me había ido lejos. Necesitaba seguir mi camino alejado de todo lo que fui antes de aquel día.

Ojalá nunca lo hubiera hecho...

La rubia que está en mi piso lanza el pitillo al exterior. ¡Dios, qué asco!

Mi madre solía fumar uno tras otro mientras empujaba alguna botella de alcohol. Juguetecía con las drogas desde que era un crío, y ya entonces era un fantasma sin alma por culpa de la horrible vida que llevaba.

Recuerdo verla contonearse ante los clientes que traía a casa, a los que les sacaba el dinero a cambio de sexo o mamadas en el baño. Crecer con semejante estampa no es fácil, aunque cuando te tocan ciertas cartas lo único que puedes hacer es seguir jugando, por muy malas que sean.

—¿A qué hora?

Sé que hacer esa pregunta me llevará a una decisión que no quiero tomar, pero mi boca va más rápida que mi mente.

—Ya te he dicho que no hace falta que vengas si no quieres, hijo...

—¿A qué hora es el entierro, Jack? —le pregunto de nuevo, con pesadez.

—A las diez —contesta, por fin— en el cementerio. Lo va a officiar el padre Harry.

Enarco las cejas.

—Creía que el viejo Harry estaba retirado.

Jack se ríe débilmente.

—Uno no se jubila de la fe, supongo. Además, el padre Harry es inmortal, ya lo sabes. Tiene mejor salud que muchos jóvenes del pueblo.

Casi sonrío ante el comentario. Joder, el padre Harry es la persona más sana y energética que existe en la faz de la tierra. Y eso que sobrepasa los setenta años.

—Estaré allí a las nueve. Pasaré por mi casa... —me freno, aquella casa no es mi hogar—. Por casa de mi madre. Puede que haya cosas que sigan allí que son mías.

«Si no las ha tirado, claro». Como el guante de béisbol que el señor Brown me regaló a los diez años, o mis cintas de casete de *rock*...

Todo eso se había quedado allí sin más remedio cuando me mandaron al centro de menores, y después no tuve ni fuerzas ni ganas de volver para cogerlos. Salvo una cosa. Solo una.

Mi mirada recae sobre la caja de madera abierta que descansa sobre mi mesita de noche. La bailarina espera a que le dé cuerda para empezar a girar.

Hay muchas formas de llevar contigo a una persona. Puedes custodiar su recuerdo a base de punzadas agrídulces en el corazón, haciéndolo latir con fuerza, o a través de objetos que rememoren un instante precioso. A veces, es una mezcla de ambas cosas.

La voz de Jack me saca de mi ensoñación.

—¿Vendrás en tren?

—En avión. Tardaré menos.

Otro silencio. Supongo que se va a poner sentimental, así que me adelanto a los acontecimientos y me despido.

—Nos veremos en el entierro.

—Sí, sí. Eso mismo, hijo. Ten cuidado.

Voy a colgar, pero no puedo hacerlo sin hacer la pregunta.

—Ellos... ¿Están bien?

—Sí. Lo están.

Asiento como si pudiera verme a través del teléfono.

—Me alegro.

—¿Los visitarás?

Hace la pregunta con cautela. Sabe que presionándose no logrará nada. Ya lo intentó en su momento y lo único que consiguió fue que huyera más lejos. Él es el único que sabe parte de la razón de que lo hiciera.

—Ya veremos, Jack. Lo pensaré.

Suspira.

—Ella... Sé que se acuerda mucho de ti, Joel. Todos, en realidad. Pero ella no te saca de su mente nunca.

Trago saliva con fuerza.

*Ella.* Mandy. Mi preciosa Mandy.

Me gustaría decirle que yo tampoco la he olvidado, sigue en mí, la recuerdo en cada paso que doy y que me muero por verla. Que le debo muchas cosas, entre otras, un fuerte abrazo.

Una vez más, guardo silencio.

La rubia se ha vestido y ha dejado mi camiseta arrugada en un rincón del sofá. Genial, tendré que lavarla para que no huela a tabaco. Me hace un gesto con la mano para despedirse. Voy a preguntarle su nombre, porque bueno, se supone que me he acostado con ella, pero me doy cuenta de que me da igual. Parece que a ella también. La dejo marchar, como todo lo que puede tener importancia en mi vida.

—¿Sigues ahí?

—Sí. Yo... Nos vemos mañana.

Oigo su pesar antes de colgar.

Jack no desistirá nunca. Tampoco lo hará la familia Brown si me decido a ir a verlos.

Y si eso pasa, no sé cómo voy a reaccionar.

## Capítulo 5

### MANDY

Me asomo a la ventana envuelta en el edredón, con una taza de chocolate caliente en las manos.

La imagen de las montañas cubiertas de nieve es una postal impresionante que me recuerda que la Navidad está a la vuelta de la esquina, sobre todo, por la cantidad de luces y decoración que impregna la calle principal de Telluride.

Cuando era niña, solíamos ir a la plaza central a ver el enorme árbol de Navidad que colocan cada año para cantar villancicos y comer dulces en los puestos ambulantes de alrededor.

Es curiosa la ceguera que tenemos siendo pequeños. Queremos crecer rápido para vivir como adultos, tomar nuestras propias decisiones, y no nos damos cuenta de que esa época es la mejor en todos los aspectos. Es tan efímera como un copo de nieve al sol. Para cuando quieres eternizarlo, ya se ha derretido.

Daría lo que fuera por volver a tener el pasado entre mis manos y hacerlo todo diferente; así no sentiría el hueco en mi corazón ni la tristeza que me persigue y disimulo día tras día; así *él*...

Niego con la cabeza y me reprendo a mí misma.

La Navidad me pone melancólica, pero me obligo a despejar la mente.

Canalizo mi frustración a base de abrazos a mi gata, Zoe, que emite un maullido suave cuando la achucho más de la cuenta. Después, me acerco para acariciar a Rocky, el perro de mi hermano, un pastor alemán que adoptó hace un año y del que me ocupo yo más que él. El animal saca la lengua, dejándose hacer.

Pese a que debería estar practicando para mi último examen de Dibujo Artístico, me deshago de la colcha, me arreglo un poco y cojo la correa de Rocky para ir a dar una vuelta por los alrededores. Zoe nos mira sin mucho interés, antes de enroscarse sobre una manta del sofá en el momento en que salimos por la puerta.

Rocky camina tranquilo a mi lado. Ha aprendido —quizá por instinto o puede que sea gracias al reforzamiento positivo a base de chucherías para perros— que no debe tirar de mí si soy yo quien lo saca a pasear. Sea como sea, Rocky sabe que si corre más de la cuenta puedo caerme.

Leo insiste en que no lo saque para prevenir cualquier desgracia, pero el perro es tan bueno y dócil que mi confianza en él es ciega.

Pasear me ayuda a pensar en cosas positivas. Empecé a hacerlo cuando conseguí un trabajo a media jornada en la galería de arte de Francesca. Salir a la calle hace que la inspiración aparezca, como si me esperara en cualquier esquina o jugase al escondite conmigo sin yo saberlo. También hace que los recuerdos y el pasado duelan menos.

Media hora después de que Rocky haya marcado cada árbol del parque, mi móvil suena en mi bolsillo y el nombre que aparece en grande me hace resoplar.

—¿Dónde estás?

Escucho la voz de mi hermano incluso antes de poder hablar yo.

—Dando un paseo con Rocky.

Sé lo que viene a continuación.

—Por Dios, enana, te he dicho mil veces que no lo saques tú, joder. Si el perro te tira, mamá y

papá me desheredan y me borran de su historial como hijo.

Pongo los ojos en blanco.

—Qué exagerado.

—De eso nada. Sabes muy bien que soy responsable de ti y...

—Eh, eh. Para el carro. Tengo veintidós años, Leo, no necesito una niñera.

Sé a qué se refiere cuando dice eso, pero me hace sentir que soy una plantita a la que hay que regar porque sola no puede. Y sí, vale, él siempre está ahí por si necesito algo, aunque a veces está tan encima de mí que siento que me asfixio.

—Estoy subiendo —le digo, un poco arrepentida por reaccionar tan mal a su preocupación.

—No me cuélgues, así si pasa algo...

—Estoy subiendo —canturreo.

—Enana, no te atrevas a colgar.

Lanza un gruñido seguido de un taco que no logro escuchar, pues le he colgado.

La puerta del piso está abierta, cómo no. ¿Y si no sé usar las llaves?

Lanzo un impropio, antes de entrar y cerrar la puerta con un suspiro. Nick, con el uniforme de policía, y Cam, con el de entrenador de béisbol, están jugando a la PS4, tirados en el suelo.

El destino de esos dos siempre estuvo escrito. Nick Austen tenía muy claro que quería ser policía, como su padre, y estoy segura de que algún día se convertirá en *sheriff* de Telluride.

En cuanto a Cam, el deporte ha sido una constante en su vida desde que lo conozco. Hubiera sido un gran jugador de béisbol si un cáncer de huesos no le hubiese quitado su pierna derecha. Aquello truncó su sueño a los diecinueve años, justo cuando consiguió una beca deportiva para la universidad. En vez de eso, da clases a niños en el centro deportivo donde mi hermano trabaja como entrenador personal. Y solo como *hobby*, pues su familia es de las más ricas del pueblo.

—¿Vosotros es que no trabajáis?

Quería que mi pregunta saliera con más indignación, pero me es imposible. En el fondo me gusta este desbarate de gente por aquí y por allá.

Ninguno contesta, como es normal. Están ocupados matándose el uno al otro en la pantalla.

Giro sobre mí misma y me topo con un pecho fuerte y musculado. El olor a jabón se me mete en la nariz; sin embargo, lo que de verdad me hace estornudar es esa loción de después del afeitado que Leo se empeña en usar. Levanto la mirada hacia mi altísimo hermano. Debería sentirme intimidada, pero soy como un chihuahua: pequeñita, aunque con mucho carácter.

Antes de enseñar los dientes en señal de ataque, intento ser amable y escurrir el bulto.

—¿Te vas ya?

Finjo no ver su cara de enfado mientras suelto a Rocky, que corre a beber agua.

Leo tiene los brazos en jarras. Su media melena está mojada, de hecho, las puntas aún chorrean y mojan el suelo de tarima. En otro momento le habría llamado la atención, pero bueno, el horno no está para bollos.

—Estoy esperando tu disculpa.

Doy un respingo.

Nick y Cam paran la partida y se ponen cerca para observar lo que está a punto de suceder.

—¿Disculpame? —pregunto con ingenuidad fingida.

—¡Sabes perfectamente de qué estoy hablando! —ruge—. Te dedicas a ir y venir sin ni siquiera avisarme... ¡Por el amor de Dios, Mandy!

Noto cómo me enciendo poco a poco. Sí, vale, su enfado puede estar justificado, pues soy más vulnerable que cualquier otra persona, pero que me exija darle un parte de mi vida a cada instante es demasiado.

—¡Tengo todo el derecho del mundo a vivir mi vida, Leo! —contesto, igual de alterada. A Nick y Cam les faltan las palomitas—. No eres mi padre, así que deja de comportarte como si lo fueras.

—¡Ellos jamás te habrían dejado que vivieras sola si no fuera porque yo los convencí!

—¿Y quién te pidió que lo hicieras? No voy a estar agradeciéndotelo de por vida. ¡Si tanto te molesta que haga lo que me da la gana a lo mejor debería irme!

—¡Pues hazlo!

—¡Quizá lo haga!

Se cruza de brazos, nervioso.

—Bien.

Lo imito y, como él, bajo el tono al hablar de nuevo.

—Bien.

Ambos suspiramos. Nos hemos desinflado como un par de globos a los que alguien se le olvidó hacer el nudo.

Cam hace el gesto de tiempo muerto con las manos.

—Vale, niños. Se acabó. Estáis empates.

Leo sigue mirándome, pero su cara de enfado se transforma en pesar.

Me siento fatal, así que, con otro suspiro de frustración, hago un esfuerzo y doy mi brazo a torcer.

—Lo siento.

Mi hermano frunce el ceño. No acostumbro a darle la razón. En mi defensa he de decir que esto es igual de nuevo para mí.

—Debería haberte avisado, al menos.

Leo traga saliva y descruza los brazos.

—Te perdono.

Arqueo una ceja. Él me lanza esa media sonrisa que trae locas a las chicas.

—Yo también lo siento —suelta a regañadientes—, pero es que me preocupo, ¿sabes? Siempre tengo el piloto automático puesto contigo.

Asiento con pesar, pues el instinto de mi familia será siempre el de sobreprotegerme y, para mi desgracia, les entiendo.

—Lo sé.

Echo un vistazo a Cam y Nick.

—Y vosotros, recoged eso. Se acabó el recreo.

Cam finge un puchero mientras Nick se pone a guardar la Play. En ese momento, mi móvil vuelve a sonar.

Frunzo el ceño y miro a mi hermano.

—Es mamá.

Mis padres suelen llamarnos a menudo, sobre todo por las tardes cuando saben que estaremos en casa. Que nos llamen por la mañana tan temprano solo puede significar que algo ha pasado.

—Cariño, ¿estás con Leo?

—Sí, espera, pongo el altavoz.

Leo se acerca, extrañado.

—¿Pasa algo, mamá?

—Bueno, anoche pasó algo. La señora Hunt llevaba días sin ser vista y una vecina llamó a la policía, pues oía el televisor de su casa a todo volumen. Cuando el *sheriff* fue para ver qué pasaba nadie le abrió la puerta. Resulta que llevaba muerta varios días en su salón.

El mutismo en el piso nos deja helados a todos. No es que Heather Hunt fuera una mujer muy

querida por nosotros, pero sabemos lo que su muerte puede significar para la única persona que, realmente, nos importa.

Leo se gira en dirección a Nick.

—¿Te habías enterado?

Él niega con la cabeza.

—Ayer no vi a mi padre y todavía no he pasado por comisaría. Entro en media hora, pero es raro que no me lo dijera.

—A lo mejor es porque llegaste tarde de tu cita con la morena —bromea Cam, dándole un suave codazo en el estómago.

—Voy a comisaría, a ver qué averiguo —nos dice Nick, sonriendo a malas penas a su amigo antes de coger su abrigo y marcharse.

Cam le sigue minutos después.

Mamá cuelga tras darnos los detalles del entierro al que no pretendemos ir.

Pensar en la señora Hunt me provoca dolor de barriga y la incertidumbre de no saber si Joel lo sabe me mata.

¿Estará bien? ¿Irá al entierro? Y si va, ¿nos llamará? Todas esas preguntas dan vueltas en mi cabeza mientras mi hermano se despide y se marcha a trabajar, tan abstraído como lo estoy yo.

Me obligo a sentarme en el escritorio para estudiar. Meterme a un Grado de Arte me parecía una gran idea dado lo mucho que me gusta dibujar, aunque en estos momentos me maldigo a mí misma.

Como no logro concentrarme, hago lo único que puedo hacer para evadirme: coger el móvil y marcar un número de teléfono.

A los dos tonos responden.

—¿Desayunamos juntos?

Escucho la risa soñolienta de Travis antes de que conteste.

—Claro. ¿Dónde siempre?

Asiento y me pongo el abrigo con rapidez.

Necesito salir y despejarme cuanto antes.

## Capítulo 6

### JOEL

Llego al pueblo con un nudo en el estómago. Me siento como cuando tenía que volver a casa tras pasar la mañana en la escuela. Aquel sentimiento me revolvió las tripas, pues nunca sabía lo que me iba a encontrar. ¿Estaría mi madre en casa? Y, de estarlo, ¿sola o acompañada? ¿Drogada, o durmiendo la mona?

Casi siempre entraba haciendo el menor ruido posible, agudizando mis sentidos, con un pie fuera y otro dentro, preparado para salir corriendo si era necesario.

Esta vez no habrá nadie y no encontraré nada, salvo recuerdos amargos.

Durante el entierro, el padre Harry lee un par de versículos de la Biblia, la mayoría de ellos sobre el perdón.

—Por tanto, hermanos, sepan que por medio de Jesús se les anuncia a ustedes el perdón de los pecados. Ustedes no pudieron ser justificados de esos pecados por la ley de Moisés, pero todo el que cree es justificado por medio de Jesús.

No puedo evitar sonreír con amargura. Espero que haya alguien en el más allá que logre perdonar a Heather Hunt por todo lo que hizo en vida.

Yo, desde luego, no podré.

Además, mi madre jamás creyó en Dios, pese a que pisaba la iglesia de tanto en tanto. Solía nombrarlo a menudo, eso sí, pero no de la forma y en el contexto que se hubiera esperado de una buena cristiana.

El padre Harry me mira en silencio mientras meten el ataúd bajo tierra. Me pregunta si quiero decir unas palabras, aunque me niego. ¿Qué iba a decir?

«Adiós, madre. No te voy a echar de menos. Me hiciste la vida imposible y me obligaste a apartarme de todo lo que me era conocido. Hiciste que me avergonzara por algo que no era culpa mía y con ello, voy a tener que vivir siempre».

No parece una gran despedida, pero todo lo que se me pasa por la mente son palabras de rencor.

Suspiro cuando cubren por completo el ataúd. Es como si hubieran atrapado a un monstruo y sellado su cárcel para que no pueda salir jamás.

Engullo las manos en el chaquetón justo cuando diviso a lo lejos a Jack Austen.

No me he vestido para la ocasión, de hecho, me he puesto lo primero que he pillado: vaqueros azul oscuro, jersey azul eléctrico con una camiseta interior, botas negras gruesas de invierno — conozco bien el frío que hace en Telluride— y un gorro negro de lana que he dejado en el coche de alquiler.

El *sheriff* se acerca al mismo tiempo que el padre Harry me da el pésame y me desea lo mejor. Me muerdo la lengua para no decirle que no hay nada que sentir. Por el contrario, me dedico a asentir y a sonreír antes de que se marche, encogido por el frío.

Jack llega hasta mí y me mira unos segundos antes de abrazarme con fuerza. Me cuesta corresponder al abrazo, pero al final lo hago.

Lo oigo suspirar, como si arrastrase una gran carga y, por fin, la pesadilla hubiera acabado.

Para mí no lo ha hecho, todavía tengo que ir a mi antigua casa para recoger algunas cosas.

—Te veo bien, chico.

Trago saliva y ambos miramos a otro lado para no ver nuestros respectivos ojos encharcados de unas lágrimas que no dejaremos caer.

—¿Has desayunado? Tomemos un café.

—No puedo, Jack. Tengo que ir a casa de mi madre para recoger lo que pueda y volver al motel a descansar. Mañana a mediodía tengo el vuelo de vuelta a Nueva York.

Parece consternado y triste. Imagino que esperaba que hiciera una ronda de visitas a todos mis conocidos, pero ¿qué les diría? No es como si hubiera mantenido el contacto a diario, o volviera tras estar un tiempo fuera.

Han pasado siete años. No sé con qué cara presentarme en casa de los Brown. No sé qué decirles a mis amigos.

El *sheriff* me tiende las llaves de la casa de mi madre antes de insistir una vez más.

—Almorcemos juntos. Aún tienes tiempo.

Me alejo un poco. Es una costumbre que adquiriré al salir del centro de acogida. Si alguien me presiona o se acerca demasiado, huyo. Me siento tan acorralado que mi primer impulso es hacerlo.

—Será mejor que me vaya, Jack. Gracias por todo.

Lo dejo con la palabra en la boca y me odio por ello. Debería haber aceptado ese almuerzo con él para ponernos al día en persona y no por teléfono en una conversación rápida y vacía. Pero no puedo.

Camino con rapidez y me monto en el coche, obligándome a no mirar atrás ni una vez.

Conduzco por el pueblo, bebiendo la imagen de Telluride. No ha cambiado nada, salvo alguna nueva tienda. La plaza central está decorada con motivos navideños, incluido el gran árbol adornado de luces y figuras, junto a los nueve renos de Santa Claus, quien tiene un trono preparado para sentarse y recibir las cartas de todos los niños que hagan cola para verlo los días previos a Navidad.

Paro para sacar dinero y dejo el coche en una zona de carga y descarga. Hago la operación y vuelvo para reanudar el viaje hacia la casa de mi madre.

El nudo del estómago es cada vez más fuerte conforme me acerco al vecindario donde me crie. No escucho nada a mi alrededor, tan solo un pitido constante y esa voz interior...

«Cobarde. No vales nada».

Para cuando aparco no soy más que un alma que se deja llevar por el viento. Me siento flotar, aunque el cuerpo me pesa.

Dejo el coche justo en frente del jardín de la entrada de los Brown casi por inercia, quizá por el hecho de que mis mejores momentos fueron junto a ellos. Echo un vistazo a la casa desde el vehículo. Brilla, rodeada de toda esa nieve blanca y pura, lanzando destellos provocados por el sol. Hago acopio de mi fuerza de voluntad para no correr y tocar el timbre, pues hay una parte de mí que quiere verlos. Necesito saber que no me han olvidado, que aún me quieren; pero, ante todo, que me han perdonado.

Necesito verla a *ella*.

«Mandy, te he echado tanto de menos...».

Aparto la mirada y me fijo en la casa donde crecí.

Sospecho que la última mano de pintura que se ha dado al exterior fue la que yo mismo le di cuando tenía dieciséis años. Mi madre se pasó el día durmiendo mientras yo intentaba que nuestra casa no se echara a perder.

Bajo del coche con pies de plomo. Abro y cierro los puños un millar de veces antes de llegar a

la entrada, donde todavía está el cordón policial. Jack me ha advertido que no debía tocar nada, salvo lo imprescindible.

Está claro que Heather ha muerto por una sobredosis, pero no se sabe si estaba acompañada cuando lo hizo.

Sinceramente, me importa poco. No era ningún secreto que mi madre invitaba a la peor calaña de Telluride.

Entro con el corazón taladrándome el pecho. Miro a mi alrededor y abro los ojos todo lo que puedo, aguantando la respiración, congelado en la entrada. Dejo la puerta abierta, pues me niego a cerrarla.

Estar aquí es como un bofetón de realidad.

De golpe vienen a mí un sin fin de recuerdos, gritos, insultos, golpes. Hombres borrachos, gemidos, ruidos de botellas rompiéndose en el suelo.

Corro hasta el que fue mi cuarto y, para mi sorpresa, está tal cual lo dejé aquella horrible noche. Mi cama está hecha, mi escritorio ordenado y mi mochila del instituto repleta de libros.

Abro el armario.

Falta algo de ropa y me pregunto qué habrá hecho con ella.

Con nerviosismo, me subo a la silla del escritorio y busco en la zona más alta del armario. Solía subir ahí las cosas que más importancia tenían para mí y que no quería que ella viera, pues corría el riesgo de que me las quitase para venderlas.

Tengo miedo de no encontrar lo que busco; pero cuando mis dedos alcanzan aquello que quiero, suspiro aliviado.

Cojo el álbum de fotos con reverencia y cariño. No quiero que se caiga al suelo, así que lo aprieto contra mi pecho al bajar de la silla.

Temblando, me siento sobre la cama y dejo escapar el aire, dando gracias porque mi madre no lo encontrase.

Limpio el polvo que tiene encima antes de abrirlo con lentitud y un sin fin de fotografías, me roba el aliento. Se me nubla la vista por las lágrimas y, aunque me resisto a dejarlas caer, no puedo evitar que una de ellas me recorra la mejilla cuando saco una de las últimas fotos que le hice a Mandy con quince años. Acaricio con suavidad la imagen de aquella chica preciosa que se había quedado con lo único que podía ofrecerle: mi corazón.

Imagino cómo será Mandy ahora. ¿Habrá cambiado mucho? ¿Se habrá convertido en la mujer dulce y fuerte que siempre pensé que sería?

Cierro el álbum y salgo de mi habitación, colocando en mi hombro un macuto con lo poco que quiero conservar.

Al salir al pasillo empujo sin querer la puerta del cuarto de baño, la cual choca contra la pared. Miro al interior y un escalofrío me hiela la sangre. Las manos me hormigean al sentir un sudor frío por la espalda y noto que me faltaba la respiración.

Es imposible no recordar lo que ocurrió la última vez que estuve allí.

«Tu madre está tirada en el suelo y no contesta. Vas a tener que devolverme el dinero o hacer el trabajo que iba a hacer ella, ¿qué eliges, chaval?».

Trago el nudo de la garganta al recordar a aquel degenerado.

«Me parece que me importa una mierda el dinero», siguió diciendo.

Siento una violenta repulsión al recordar su cara, la cual está grabada a fuego lento en mi cerebro.

De un momento a otro estoy en la calle. No soy consciente de haber salido al jardín exterior, pero estoy doblado intentando no vomitar, agarrado a la verja desconchada y sucia.

Genial, estoy hiperventilando.

—¿Joel?

Doy un respingo y giro la cabeza hacia mi izquierda.

Robert Brown me observa desde la distancia, preocupado y asombrado.

Desde donde estoy veo algunas de las canas que pueblan en su corto pelo castaño, lo que me hace darme cuenta de todo el tiempo que ha pasado.

Dejo caer el macuto mientras las lágrimas caen, mojándome la cara. No las puedo controlar.

—Joel, hijo —susurra, con la voz quebrada.

Abre sus brazos y, aunque tardo un instante, no lo dudo; voy hacia él y lo abrazo con fuerza.

Y es como salir a la superficie después de sentir que me ahogaba bajo el agua. Como si, tras estar perdido en la oscuridad, encontrase un punto de luz.

Es como volver a casa.

## Capítulo 7

### MANDY

Oigo un chasqueo de dedos a mi lado. Giro la cabeza hacia mi derecha y me topo con la mano de Travis. Tiene una ceja arqueada, está molesto. Le sonrío a modo de disculpa.

—¿Me estás escuchando?

—Perdona, Travis, estaba dándole al coco. Ya me conoces.

Emite un gruñido, pero en seguida me responde con una media sonrisa. Una chica se queda mirándolo y choca contra una farola. Él no la ve, ni siquiera es consciente del efecto que provoca.

—Bueno, da igual. Te hablaba de Erik.

Doy un bote cuando le doy un trago tan largo al café que noto cómo mi lengua se desintegra por el calor durante un segundo. Cierro los ojos y abro la boca para calmar el ardor. La pobre chica de la farola mira a su alrededor y se levanta del suelo, ayudada por un transeúnte que pasa por su lado.

—Estás fatal, Mandy, ¿se puede saber qué te pasa?

—Creía que estaría más frío —me recupero un poco y cambio el tema. No me apetece darle vueltas a lo de Heather Hunt—. Bueno, ¿qué me decías?

Se aparta con la mano la media melena rubia de la cara, justo cuando la camarera se acerca para dejar las tostadas.

Travis tampoco es consciente de los ojitos y el aleteo de pestañas de esta al preguntarle si quiere algo más.

Es guapo, está claro. Él lo sabe, pero no le interesan las mujeres. Ninguna. Travis Hamilton nació en la acera de enfrente y allí se va a quedar.

—Te decía que Erik ha resultado ser otro cabrón —se acerca a mí a través de la mesa y baja la voz—. Todo era perfecto, ¿sabes? Cenamos, fuimos a bailar un rato. Me lo estaba pasando genial. Hasta que me dijo de ir al baño.

Frunzo el ceño.

—Quería que nos lo montáramos en el puñetero baño, cuqui —lanza un bufido—. Entonces, le digo de ir a su casa, y me suelta que no puede ser porque... su mujer e hijos están allí.

Boqueo.

—¿En serio? Qué hijo de...

—Exacto. Pero no te lo pierdas, ¡incluso se puso a enseñarme fotos de su familia! El muy cerdo engaña a su mujer y casi me engaña a mí.

Suspiro, sintiéndome mal por él.

—Lo siento, Travis.

Remueve el café que tiene delante por quinta vez. Desde que se lo han traído está intacto.

—Creo que nunca encontraré a nadie, cuqui.

Cabizbaja me centro en mi desayuno. Está claro que Travis y yo tenemos muchos puntos en común, pues en veintidós años no me he topado con ningún chico que merezca la pena. Aunque también es cierto que no he tenido muchas opciones...

«O puede que la única opción que tú quieres lleve ausente siete años y te niegues a seguir adelante».

La idea me hace dar un respingo. No puedo negar que Joel Hunt sigue en mi corazón y lo hace latir con vida. Soy incapaz de hacerme a la idea de que nunca volveré a verle. Él no quiere saber de nosotros, está claro, pero soy tan tozuda que estoy agarrada a un clavo ardiendo.

—Bueno, no eres el único. —Travis me mira entrecerrando los ojos—. No me mires así, sabes que es verdad. ¿A cuántos chicos has visto detrás de mí desde que nos conocemos? Te lo diré: a ninguno. Si no es por el aparato en la pierna es por la silla de ruedas, y lo que es peor, si alguno se acerca, allí está mi querido hermano para controlarlo todo. Además, tú eres guapo y tienes un cuerpazo; sin embargo, yo...

—Miranda Marie Brown —gruñe—, eres una tía de puta madre, tienes unas tetas y eres guapísima. Encima eres artista. Deja de compadecerte, que te queda fatal.

No cabe duda de que mi mejor amigo es bueno subiendo el ánimo. Le sonrío, un tanto cohibida, pues pese a que no le cuesta decirme ese tipo de cosas no es algo que haga por costumbre.

—Solo hacía una observación.

—Una observación errónea. —Le da un trago al café, pero hace un gesto de desagrado y deja la taza donde estaba—. ¡Qué asco! Está frío.

Pasamos unos segundos en silencio. Travis y yo somos así. Tenemos tanta confianza que podemos estar callados en un sitio concurrido sin sentirnos violentos.

—¿Qué tal el último cuadro? —me pregunta, con ánimo de cambiar de tema.

Llevo un mes con el mismo. Nunca me había pasado algo así y es otra razón más para sentirme frustrada y desanimada.

—Sigo sin pintar nada que valga la pena. —Enrosco uno de mis mechones en el dedo con nerviosismo—. Ahora tengo que ir a la galería y Frances me va a matar si le digo que sigo sin avanzar.

—Deberías hacer un desnudo —suelta él, de repente. Pongo los ojos en blanco—. ¿Qué? Vamos, eso siempre llama la atención.

—Es lo más típico que existe, Travis.

—No me has dejado terminar.

Suspiro, exasperada.

—Tienes que buscarte un modelo.

—No voy a pintar una tía desnuda en plan bohemio francés del siglo diecinueve.

Travis suelta una carcajada.

—¿Quién dice que deba ser una mujer? —Lo miro, frunciendo el ceño—. Búscate un hombre sexi, con un culo prieto y unos abdominales que hagan que se te caigan las bragas, y cuando lo encuentres, píntalo. Si te sobra tiempo siempre puedes darte un homenaje con él.

Ahora soy yo la que se ríe.

—¡Sí, claro!

Niego con la cabeza, ¿en qué momento decidí que acercarme a Travis en el colegio era buena idea? Siempre está llenándome la cabeza de pájaros. Pero le quiero. Mucho.

—¡Un tío como ese! —exclama.

Giro la cabeza en la dirección hacia donde apunta su dedo índice y siento un vuelco.

Está de espaldas y sus ondas castañas le llegan a la nuca. Tiene diversos destellos caobas que, aunque no se ven desde donde estamos, sé que están ahí. Su espalda es más ancha que antes, pero supongo que después de siete años es lógico que parezca el hombre que es. Camina con seguridad y velocidad hacia un coche gris aparcado en zona de carga y descarga.

No los veo, pero sé que sus ojos son tan azules como el mismo cielo que se ve esta mañana. No debería ser capaz de reconocerlo después de tanto tiempo, aunque lo hago. Y sé su nombre. Por

supuesto que lo sé.

Mi primer impulso es llamarlo; sin embargo, estamos dentro de la cafetería. Podría gritar hasta quedarme afónica y no me escucharía, así que me pongo de pie con ayuda de Travis, que me mira como si estuviera loca. Camino todo lo rápido que puedo en dirección a la puerta.

Él se está montando en el coche, si no me doy prisa se irá. Dios sabe si volveré a verlo, aunque hay una posibilidad de que mi mente me esté jugando una mala pasada y no sea él en realidad.

Cierra la puerta del coche y yo siento que me muero.

—¡Joel!

Grito.

No me oye.

—¡Joel!

Digo más fuerte, sin efecto alguno.

Para cuando he llegado hasta donde estaba, el coche se ha incorporado a la carretera. Me quedo mirando hacia el vehículo gris con una congoja aplastante.

«¿Qué hago?», me pregunto.

Me fijo en la matrícula y la memorizo.

«¿Para qué, Mandy? ¿Vas a hacer de detective? ¡A lo mejor ni es él!».

Es él. Lo sé.

—¿Qué pasa?

Ni siquiera me he dado cuenta de que Travis está detrás de mí.

—Es él.

—¡Pues sí que has tenido un flechazo, chica! Los artistas sois increíbles...

Me giro y mi cara debe ser un poema porque corta la broma *ipso facto*.

—Es él, Travis —repito, en un susurro—. Es Joel.

## Capítulo 8

### JOEL

No sé muy bien cómo he acabado sentado en el sofá de los Brown con un té con canela en la mano —pese a ser casi mediodía— y una manta sobre las piernas; pero después de que Robert me haya *rescatado* de mi trance en el jardín, ha insistido en que entre en su casa. Lo he seguido sin esfuerzo a través del caminito de piedra bordeado de las flores que Rosy cuida con tanto mimo.

Cuando Rosy me ha visto me he estremecido como si llevara años aguantando el chaparrón y, por fin, escampara.

Después de la tormenta solo hay calma.

Rosy se ha acercado a mí con el mismo sigilo con el que te acercas a un conejo, pues cualquier gesto o movimiento puede ser interpretado como amenaza.

Imagino que esperaba que de un momento a otro saliera corriendo, no puedo culparla, pero hasta yo me he sorprendido por lo calmado y dispuesto que he estado a que me acariciase la mejilla como lo ha hecho y me abrazase.

—Joel —ha susurrado con dos lagrimones surcando sus mejillas—, mírate.

Lo ha dicho con orgullo, como si pensase que me he convertido en un hombre hecho y derecho.

Qué equivocada está.

Al notar cierto movimiento en el salón y mirar en esa dirección, he visto a Jack Austen junto a su mujer, Nathalie, quienes se han aproximado hacia nosotros.

Por un instante he pensado en despedirme. Esto se iba a volver demasiado sentimental, demasiado dramático como para que lograrse procesarlo, pero he vuelto a sorprenderme cuando Nathalie me ha abrazado y no me he apartado.

—Estás hecho un hombre, Joel Hunt —ha afirmado Nathalie, igual de emocionada.

—Pero está muy delgado —ha comentado Rosy, frunciendo el ceño.

—Sí, es verdad. ¿Comes bien, cariño? Se te ve un poco pálido.

—¿Duermes bien? Dicen que Nueva York es bastante agobiante en esta época del año por el turismo.

—Siéntate en el sofá y descansa, debes estar agotado del viaje.

—Haré té. —Entre las dos me han empujado al sofá y obligado a sentarme—. Toma una manta, que hace frío y no quiero que te resfríes.

—Por Dios, dejad al chico —les ha pedido Robert con un resoplido, sentándose en el sillón más cercano a la ventana.

Rosy lo ha mirado entrecerrando los ojos.

—No quiero que mi niño esté incómodo, Rob. Denúnciame por preocuparme.

Robert ha puesto los ojos en blanco cuando su mujer y Nathalie han desaparecido por la cocina.

Jack ha mirado a su amigo escondiendo una gran sonrisa.

Minutos después las mujeres han regresado con la taza de té con canela que tengo en las manos.

Pese a que se nota la edad, me doy cuenta de que Rosy está radiante cuando se sienta a mi lado. No deja de tocarme la cara y el pelo, dándome besos a diestro y siniestro, con ese gesto tan de madres, en el que te besan y te quitan las manchas de carmín con avidez.

—Nos dijo Jack que eres pianista.

Otra vez ese tono de voz orgulloso, como si hubiera ganado un Nobel por ello o algo así.  
Asiento, cohibido.

—¿En qué zona vives de Nueva York?

—En Queens.

—Oh, mi hermana vivió allí un tiempo —comenta Nathalie, dando un sorbo a su té.

Se instala un silencio que pienso en aprovechar para levantarme y marcharme, pero mi intención queda congelada cuando escuchamos cómo se abre la puerta de la casa.

Me giro en el sofá con el corazón acelerado. Decir que espero que sea Mandy es bastante obvio, y ver que no es ella me decepciona sobremanera.

El tipo que entra en la casa es... bueno. ¿Sabéis esos tíos que hacen que las mujeres giren la cabeza fascinadas y los hombres la escondamos bajo tierra? Pues más o menos es lo que tengo delante.

Recordaba a Leo alto, pero está claro que los años pasan mejor para unos que para otros. Lleva el pelo largo recogido en un... ¿moño? Y joder, le queda bien. Me quedo impresionado al ver sus brazos, casi tan musculosos como los de John Cena, mientras su mirada azulada recorre la estancia hasta llegar a mí. Y cuando me mira su suspicacia hace mella en mi estómago.

Detrás de Leo aparecen otros dos tipos que reconozco al vuelo.

Nick Austen se rasca la cabeza rubia y sonrío. Va vestido con el uniforme de policía, cosa que no me sorprende.

A Cam no se le ve apenas el pelo corto rojizo bajo la gorra de béisbol que lleva puesta con la visera hacia atrás. Sé por el *sheriff* que consiguió un puesto como profesor de béisbol infantil y, aunque al principio no me imaginaba al cachondo y despreocupado Cam Mackein rodeado de críos, con ese uniforme casi puedo verlo organizando jugadas. Una leve cojera en su pierna derecha llama mi atención, pero no le pregunto sobre ello.

Leo se cruza de brazos, lo que hace que sus bíceps crezcan tres veces más.

Parece dispuesto a darme un puñetazo y lo peor es que me dejaría. Siento que lo merezco.

Al contrario de lo que imagino, los tres se acercan al salón sin dejar de mirarme. Nadie dice nada durante un par de segundos y no sé si saludar, gritar y marcharme. O si fingir que no ha pasado tanto tiempo o si tirarme directamente por la ventana...

—Qué cabrón... —masculla Leo.

—¡Leo! Esa boca —le reprende su madre.

La ignora. Definitivamente, va a darme un puñetazo. De hecho, cuando se acerca a mí, guiño un poco los ojos preparándome para...

—Levanta.

La orden me hace dar un respingo.

—¿Qué...?

—Que te levantes.

Abro la boca y echo un vistazo a todos los que están en el salón buscando alguna posible ayuda por si se emociona y me da una paliza.

«Vas a morir», dice mi voz interior.

Trago el nudo de la garganta y me incorporo lentamente.

Cuando estoy de pie tengo que erguir un poco más la cabeza para mirarlo a los ojos. Leo y yo somos casi igual de altos, pero incluso con mi metro ochenta parezco poca cosa a su lado. Sin contar que yo, aunque haga ejercicio, no puedo compararme con semejante mole de acero.

Abogo por la paz. Sé que merezco que me dé un buen tortazo, aun así, prefiero volver a Nueva York sin un rasguño.

—Leo, yo...

No puedo terminar la frase. De un momento a otro estoy rodeado por unos brazos mucho más fuertes de lo que esperaba, que me aprietan y me cortan la respiración.

—Leo, me estás ahogan...

—Joder, cállate, melón —me dice cerca de mi oído. Por suerte me suelta y me aparta en seguida para mirarme con una sonrisa llena de hoyuelos—. ¿Eres consciente del tiempo que ha pasado, gilipollas?

—Leo, por favor, deja de decir palabrotas —se queja Rosy—. Vamos a la cocina y dejemos a los chicos. Tienen mucho que contarse.

Robert sigue a su mujer sin rechistar, junto a Nathalie, quien besa con cariño a su hijo al pasar por su lado. Jack me da un par de golpecitos en el hombro antes de desaparecer tras la puerta de la cocina.

Una vez solos, Leo deja paso a Nick y Cam, quienes me dan un par de abrazos muy masculinos, llenos de palmadas en la espalda.

—Que sepas que debería darte de hostias por no avisarme de que venías.

Un poco más relajado, me vuelvo a sentar en el sofá y observo al que fue mi mejor amigo durante mi infancia y adolescencia.

—En realidad, es una visita exprés. Mañana mismo vuelvo a Nueva York.

—Espera, ¿no te quedas? —pregunta Cam, arqueando una ceja pelirroja.

—No, no. Me es imposible.

«Imposible es que sigas viviendo con lo mentiroso que eres», espeta mi voz interior.

—Vamos, no me fastidies, tío.

—Tengo que volver a casa, Leo...

Él bufa y sonrío de medio lado.

—¿A casa? Ya estás en casa, melón.

## Capítulo 9

### MANDY

La galería de Francesca di Marco es la única que hay en el pueblo.

Cuando era niña, mi padre solía traerme de vez en cuando a mirar los cuadros de la exposición. La mayoría, eran de artistas de la ciudad que cedían sus obras para que Francesca diera un impulso a su negocio.

Al ser una mujer de mundo, Frances, como suelen llamarle sus más allegados, tiene muchos contactos, por lo que se mantiene a flote gracias a los múltiples encargos que tiene a diario.

La galería es el local más moderno del pueblo. Situada en la calle principal, es un bajo que la misma Frances reconstruyó a su gusto, colocó grandes cristaleras por las que entran con suma violencia los rayos de sol durante el día y la luz de las farolas por la noche. Las paredes blancas y el suelo de parqué hacen que todo parezca incluso más amplio de lo que es. Su despacho no es más que una esquina separada, magistralmente, con un biombo hecho de bambú. Hay un par de maceteros, tanto en la entrada como en la zona de su escritorio a modo de decoración. Todo lo demás son paredes y más paredes repletas de cuadros, fotografías y alguna escultura.

Preparo el papeleo para la cesión de una obra nueva y lo meto en una carpeta, echando un ojo al móvil de vez en cuando. No suelo ponerle sonido, y menos cuando vengo a trabajar, pero estoy demasiado nerviosa e impaciente. Le mandé un mensaje a Leo hace dos horas, nada más ver al supuesto Joel, y todavía no he recibido respuesta.

Quiero pensar que no lo ha visto, ya que, aunque suele llevar su teléfono encima a todas horas, en el trabajo intenta no distraerse.

No he querido llamarle al centro deportivo, pues tras darle un par de vueltas al asunto, me he convencido de que el chico al que he visto no es Joel. Si fuera él intentaría ponerse en contacto con nosotros. O eso me digo para despejar la incertidumbre.

«Pero ¿y si no? ¿Y si era él y se ha marchado de nuevo?».

Me riño a mí misma. No tengo tiempo para esto. El trabajo, el cuadro, la galería son lo primero. Lo más importante.

«Mentirosa».

Hago un mohín de disgusto.

Me obligo a centrarme, cojo la carpeta y camino en dirección al escritorio de Frances mientras dejo que el tibio sol de media mañana me caliente. Hace tanto frío fuera que me dan escalofríos solo de pensar que en media hora tendré que caminar hasta el piso.

Me quedo mirando la escultura nueva. Representa dos ángeles: un hombre y una mujer. Él intenta sujetarla por la cintura mientras ella cae en su dirección.

—Es de Stephen Van Hutten, un joven que está haciéndose bastante famoso por recrear escenas ya esculpidas dándoles otro enfoque. —El acento italiano de Frances es potente cuando habla—. Esta se basa en Apolo y Dafne, de Bernini. Imagino que la conoces.

Se cruza de brazos y observa la escultura. La estudia. Frances siempre hace eso cuando lo que tiene delante le fascina.

Asiento y sonrío sin mucho afán.

Me devuelve la sonrisa. Pese a sus cincuenta y tantos años, es una mujer atractiva. Su pelo

negro tiene un rizo salvaje que cae en cascada hasta los hombros. Es tan negro que contrasta con su mirada azul celeste.

La sigo hacia el escritorio abrazando la carpeta y ella se sienta en su sillón blanco mientras yo me quedo de pie.

—¿Y bien? —Cruza las piernas. Son tan largas y bonitas que no puedo evitar mirárselas—. ¿Tienes algo para mí, *amore*?

Suspiro y dejo la carpeta sobre la mesa, cabreada conmigo misma, pues está claro que no.

Niego con la cabeza, enfurruñada.

—Bueno, bueno —mueve las manos en el aire y hace tintinear las pulseras de sus muñecas—, ya llegaré la idea.

—Estoy atascada, pero no te voy a fallar, Frances. Pronto traeré algo.

Lo digo con tanto ímpetu y seguridad que suelta una carcajada.

—¡Ay, *amore*! Disfruta de tu don, no lo lledes a rastras como si fuera una pesada cruz.

—Me gustaría ser capaz de ver las cosas como tú...

Se levanta destilando elegancia en cada movimiento que hace y me pasa un brazo por los hombros.

—El arte es fuego, pasión, vida. —Me gira para que la mire—. Es fuerza, Mandy.

—Creo que he perdido la inspiración. —Ladeo la cabeza hacia la calle y el sol me ciega un instante—. O puede que siempre fingiera tenerla, no lo sé.

Niega con la cabeza. Me obliga a mirarla de nuevo.

—Mandy, tú eres todo eso y más. Estás perdida en un callejón, pero la salida está muy cerca. Estoy segura.

Me encojo de hombros. Deseo creer lo que me dice.

Al verme tan insegura, Frances me pasea por la exposición de fotografías y me habla del autor. El hombre era un señor bastante pobre que lo único que tenía era una cámara y una casucha en un pueblo francés. Un día, decidió probar suerte con sus fotografías.

Resulta que ahora es millonario y vive en Nápoles.

—A veces el arte es tan portentoso que se propaga con el mismo fuego que se crea.

La miro de reojo.

—Qué profunda estás, Frances.

Me río y ella chasquea la lengua, haciendo un mohín.

—Soy artista, *amore*. Los artistas vivimos de eso. Quizá por eso estás tan desubicada; te falta profundidad y eso solo te lo da la experiencia.

Se cruza de brazos. Siento que quiere decirme algo, aunque no lo hace.

—¿Qué pasa? —le pregunto tras unos segundos.

Me mira de refilón. Abre la boca, la vuelve a cerrar. Al final, se lanza.

—No quiero meterte presión, cariño, pero para la expo de enero vendrá el dueño de una galería de Nueva York muy importante. Se llama Armand Bitchon. Es colega mío y está buscando un artista que pinte para su galería.

Estudia con interés mi expresión mientras trago saliva.

—¿Y qué?

Sé lo que me va a proponer y no sé si quiero escucharlo o no. Finjo interesarme por una de las fotografías, haciendo como que no me afecta la noticia.

Nueva York. Dios santo.

—Creo que si recuperaras ese fuego que tenías, podrías ser tú la elegida. Es más, yo podría hablarle de ti a Armand.

Doy un respingo y frunzo el ceño al ver el brillo en su mirada.

—Ese fuego del que hablas se apagó hace tiempo —digo. Me han entrado unas intensas ganas de correr—. Además, mi familia no me permitiría irme a Nueva York sola.

Frances lanza un improperio exasperado.

—Tú céntrate y pinta ese cuadro, *amore*. De lo demás me ocupo yo —me guiña un ojo y se aleja, dejándome sola de nuevo.

Media hora después, y dado que está empezando a nevar, Frances me lleva a casa en coche. Antes de ayudarme a bajar me pide que encuentre mi fuego. Le prometo que lo intentaré, solo por no seguir hablando de ello y llegar a casa para meterme bajo las sábanas.

Hace demasiado frío como para pensar en algo tan importante. Además, estoy tan segura de que mi familia se negará a la proposición que me ha hecho Frances que no vale la pena mencionarlo. Al menos, de momento.

No puedo negar que la idea de viajar a Nueva York me atrae muchísimo; sin embargo, soy realista. Necesito ayuda para demasiadas cosas como para ilusionarme con alejarme tanto de la gente que me quiere.

Echo otro vistazo a mi móvil. Ni un mensaje. Ni una llamada.

Lanzo una maldición en voz baja. Después de todo el tema con Francesca he dejado de pensar en lo ocurrido esta mañana y esperaba que Leo me sorprendiera y me dijera que no me equivocaba con el supuesto Joel.

Entro en el edificio y me meto en el ascensor. Son las dos de la tarde y parece que llevo todo el día trabajando.

En el momento en que llego a la tercera planta, escucho las voces de los chicos retumbando en el rellano. Oigo la risa de Leo, la voz de Cam diciendo algo mientras Nick se queja.

Un poco molesta con mi hermano por ignorar mi mensaje, me encamino hacia el piso. Llego a la puerta y entro en tropel.

—Leonard Roman Brown, ¿crees que es normal que me ignores durante toda la mañana? Pensaba que estabas trabajando y ahora resulta que estás aquí con...

Mi voz se apaga en el mismo instante en que mis ojos se posan en el chico sentado en el sofá.

Sé que tengo la boca abierta, pero es que soy incapaz de cerrarla.

Era él. Dios mío, ¡era él!

«¡Lo sabía, lo sabía!».

Trago saliva, de repente siento que algo me oprime la garganta. Está más guapo, más corpulento y alto. Más increíble. Ahí siguen sus ondas castañas y sus ojos azules llenos de ternura cuando me mira. Mi primer instinto es ir a abrazarlo, pero aprieto los puños y me obligo a quedarme donde estoy.

—Perdona, enana. Pensé que la visita de Joel justificaría mi despiste —me dice Leo con retintín.

Lo ignoro, pues toda mi atención está puesta en Joel. Ha cambiado, pero al mismo tiempo es el mismo.

Joel se incorpora en silencio con inseguridad, metiéndose las manos en los bolsillos.

—Hola, Mandy —sonríe de manera inestable.

Esa voz.

Pensaba que no la volvería a escuchar.

—Hola.

Noto cómo la sangre corre por mis venas. Me palpita la sien. Necesito acercarme. Doy un paso,

aunque no llego más lejos.

—¿Qué estás...? ¿Cuándo has...?

—Su madre ha muerto —oigo que dice Leo.

Doy un respingo. Dios, es verdad.

—Lo siento mucho.

—No importa —contesta, negando con la cabeza. Sus ojos brillan—. He llegado esta mañana, pero mañana me voy.

Frunzo el ceño.

—¿Irte? ¿Cómo que irte? Si acabas de llegar...

Leo coge la botella de agua a sus pies y le da un trago. Acto seguido se repantiga en el sillón.

—No se va —dice con seguridad.

Joel ladea la cabeza, en su dirección, atónito.

—Ya hemos hablado de esto en casa de tus padres, Leo.

—¿Has estado en casa de mis padres? —pregunto, pero nadie contesta.

Mi hermano lo mira con severidad.

—Has hablado tú. Yo ya te he dicho lo que hay; no vas a irte y se acabó.

Se hace un silencio. Leo está acostumbrado a dar órdenes. La que suele plantarle cara soy yo, porque a decir verdad soy a la única a la que intenta controlar, pero Joel no tiene pinta de dejarse dominar.

Joel da un paso hacia él.

—De verdad, tío, tengo que irme.

Leo se incorpora lentamente.

—No.

—Sí.

Mi hermano chasquea la lengua, coge aire y, cuando lo mira, sus ojos echan fuego.

—Mira, melón, te lo voy a explicar para que lo entiendas: no te vas —lo señala con el dedo índice, entrecerrando los ojos—. ¿Sabes por qué? Porque después de siete putos años has aparecido, y no voy a permitir que te largues.

—Tengo una vida, Leo. Un trabajo.

—Me da igual. Es más, ¡vamos a votar!

Confuso, Joel nos mira a todos.

—Pero ¿¡qué dices!?

—Lo que oyes. —Leo da una palmada—. Muy bien, tropa: quien piense que Joel debe irse, que levante la mano.

Joel se gira. Imagino que está buscando a alguien un poco más cuerdo que mi hermano.

Ninguno levantamos la mano y, aunque pienso que Joel debería hacer lo que estimase oportuno, lo cierto es que estoy de acuerdo en que debe quedarse.

—Me importa una mierda la votación, Leo —gruñe—. No vas a convencerme.

—Quizá deberías ejercer tu derecho a voto, Joel. Si no votas, después no te quejes.

—¡Tengo que trabajar, gilipollas!

Leo parece aún más divertido al verlo cabreado.

—De acuerdo, sigamos —dice, ignorándolo—. Quien piense que Joel es idiota y que debe quedarse, que levante la mano.

Cam y Nick levantan sus manos casi al mismo tiempo que mi hermano. Joel me mira, buscando apoyo. Decido no posicionarme, pues en parte me duele que tengamos que obligarlo a quedarse.

Joel suelta una exhalación.

—Has perdido —anuncia Leo con una enorme sonrisa triunfante.

—Ya no tenemos diez años, Leo, las cosas no se solucionan así.

—Aquí sí, tío. Es mejor que te acostumbres —le dice Cam con falsa aceptación.

Joel se pasa las manos por el pelo, exasperado.

—No tengo ropa.

—Yo he visto tu macuto en el coche —dice Nick enseñando una sonrisa llena de dientes.

Joel lo fulmina con la mirada.

—No es suficiente ropa.

—Lo será —sentencia Leo.

—Solo puedo pagar una noche en el motel.

—No vas a ningún motel, te quedas en nuestro piso. Tenemos una habitación de invitados. —Mi hermano me mira—. ¿Te parece bien, enana?

Todos me observan, Joel incluido, aunque su mirada me suplica que me niegue a dejarle quedarse.

—Claro —agacho la cabeza—. Sin problema.

—Joder —susurra él, apretándose el puente de la nariz.

—Pues ya está todo dicho —dice Leo, dándole una palmada en la espalda—. Será mejor que cojas tus cosas y te instales. Yo de ti llamaría a ese importante trabajo para decir que estás enfermo y que es sumamente contagioso.

Le guiña un ojo mientras todos nos dispersamos por el piso, dándole espacio y tiempo para que entienda que no va a marcharse.

No sin que Leo haya peleado un poquito más.

## Capítulo 10

### JOEL

Salir de casa de los Brown ha sido difícil, pero hacerlo del piso de Leo y Mandy será toda una hazaña.

Tras despedirnos de sus padres, los chicos me han traído hasta aquí. Siento que me dirijo hacia un callejón sin salida, pues no pretendía interferir en sus vidas de nuevo. Sé que será mucho más complicado marcharme sin pasar desapercibido ahora que Leo me retiene contra mi voluntad y a toda costa. Aunque mentiría si no dijera que una pequeña parte de mí se alegra de tanta insistencia.

Después de varias bromas —y alguna cerveza— logro encajar de nuevo con los tres amigos que más he querido en mi vida.

La conversación va desde mi trabajo en Nueva York hasta el esperado futuro de Nick en el cuerpo de Policía, pasando por la receta mágica de Leo para haberse convertido en The Rock.

—Entrenamiento y dieta, chaval.

—Y algún que otro pinchazo —suelta por lo bajo Cam.

Leo lo fulmina con la mirada, pero el pelirrojo no se amedrenta en absoluto.

—¿Y qué hay de ti, Cam? No esperaba que terminases como entrenador infantil, ¿qué pasó con esa beca deportiva que querías conseguir?

—La conseguí, aunque no me sirvió de nada.

Le da un largo trago a la cerveza y deja el botellín sobre la mesa. Acto seguido, se levanta la pata derecha del pantalón. Lo que veo me deja sin habla.

—Sí, es una pierna ortopédica.

Mi cara debe decirlo todo.

—El cáncer es un lastre —comenta sin dejar de sonreír.

—No lo sabía. De haberlo sabido...

—Da igual. Ya está superado.

Su voz no suena segura, pero no le pregunto más sobre el tema.

Se hace un silencio aplastante que el mismo Cam rompe con su habitual sentido del humor.

—Bueno, al menos ahora ligo mucho más al contar mi triste y gran historia de superación.

Sonrío de medio lado.

—Aprovechas cualquier excusa para ligar, cabrón —espeta Nick, riendo.

—Como dijo Winston Churchill: «Las dificultades dominadas son oportunidades ganadas».

Brindamos por ello y seguimos hablando de todo y nada, como antaño. Como cuando éramos unos críos.

De repente, escucho el cerrojo y la puerta se abre de golpe.

—Leonard Roman Brown, ¿crees que es normal que me ignores durante toda la mañana? Pensaba que estabas trabajando y ahora resulta que estás aquí con...

Mandy frena en seco su diatriba cuando se percata de mi presencia.

Está... preciosa. Sus ojos verdes, enormes y risueños, me observan con cierto recelo cuando me incorporo del sofá. Quiero darle un abrazo fuerte, pero tengo miedo de que me rechace. Que Leo y los demás me hayan perdonado tan rápido no significa que ella vaya a hacerlo.

Le ha crecido el pelo, lo que le da un aspecto muy sensual. Le cae sobre los hombros, hasta casi la espalda.

Dios, cómo deseo abrazarla y rozar mis dedos por esos mechones.

¿Se puede querer a una persona a través del tiempo, incluso sin verla durante años? Creo que sí, porque de lo contrario el peso de mi corazón no tiene sentido.

Leo dice algo, pero no lo escucho.

Mi atención es toda para ella.

—Hola, Mandy.

Me meto las manos en los bolsillos, porque de repente no sé qué hacer con ellas salvo tocarla para cerciorarme de que es real.

Da un paso hacia mí. Intento moverme también, aunque estoy noqueado por su presencia.

—¿Qué estás...? ¿Cuándo has...?

Leo le da la noticia de la muerte de mi madre. Es curioso, se me había olvidado que esa es la razón por la que estoy aquí, lo cual me recuerda que mañana vuelvo a Nueva York.

—He llegado esta mañana, pero mañana me voy.

Tengo que decirlo en voz alta para convencerme, pero al ver su cara de decepción se me parte el alma.

—¿Irte? ¿Cómo que irte? Si acabas de llegar...

Leo se encarga de recordarme una y otra vez que no, que no me voy. Que por sus santos cojones me quedo en Telluride. Y aunque lucho, peleo y me someto a una votación —sí, porque mi mejor amigo es así— acabo perdiendo una guerra que sabía que no podría ganar. Así que llamo al motel para cancelar la habitación y subo el macuto con lo poco que he traído sin rechistar.

—No te acomodes mucho. Pasado mañana nos vamos al rancho de Cam unos días, y tú te vienes.

Doy un respingo al escuchar a Leo desde el resquicio de la puerta de mi nueva habitación, ya no solo por lo sigiloso que es, sino por el hecho de que siga gobernando como lo hace sin despeinarse ni nada.

Suspiro, agotado.

—Leo...

—Leo, nada. Nos lo debes, tío.

Por primera vez desde que he vuelto, su seriedad me trastoca.

Entra y entorna la puerta antes de asegurarse de que nadie nos escucha.

—Mira, no sé por qué tienes tanta prisa y por qué has tardado tanto en tener el valor de volver —intento hablar, pero me frena con un gesto conciliador y pacífico que me da más miedo que su carácter rudo y terco—, pero ahora que estás aquí, después de tantos años, queremos recuperarte, Joel. Mandy...

Masculla algo y se aparta el pelo.

—Sé que se moría por verte y si no le das la oportunidad de pasar, aunque sea, un par de días contigo, se vendrá abajo como cuando aquella noche desapareciste.

Me froto la cara y me siento en la cama. Esto es peor que el hecho de que me grite o me mande a hacer lo que quiere que haga.

—Lo siento. Tuve mis razones —susurro a modo de disculpa.

—No tienes que sentirlo. Solo tienes que demostrarle que te importamos. Que ella te importa.

Lo miro, y lo que le digo a continuación sale de mis labios de forma instantánea.

—Por supuesto que me importa.

Él asiente, satisfecho.

—Pues quédate hasta que volvamos del rancho. Serán unos días y, después, vuelves a donde tengas que hacerlo.

Asiento en silencio.

Me ofrece la mano. Se la estrecho.

—Trato hecho.

Me guiña un ojo y sale de la habitación. Antes de cerrar la puerta vuelve a asomarse y lo que me dice me pellizca en el estómago.

—Te he echado de menos, melón.

Sonrío con cariño.

—Y yo a ti. Pero, león... —lo llamo usando el mote que solía usar para referirme a él cuando éramos niños.

Me mira con curiosidad.

—No vuelvas a usar a tu hermana para manipularme.

Se ríe.

—Es una baza que no dejaré de utilizar nunca.

Me saca el dedo corazón y se marcha.

Maldito Leo.

Sabe demasiado bien que mi *kryptonita* tiene nombres y apellidos: Miranda Marie Brown.

# Capítulo 11

## MANDY

Llevo contando las estrellas adhesivas del techo de mi habitación más de veinte minutos y me es imposible conciliar el sueño. De niña siempre me relajaba contar las estrellas fluorescentes en la oscuridad de mi cuarto, así que, cuando me mudé con mi hermano tuve claro que la primera decoración de mi espacio serían esas pegatinas desplegadas por todo el techo. Pero en este momento no surte ningún efecto.

Saber que Joel está al otro lado del pasillo me tiene inquieta y dudo que haya nada que pueda hacer para calmarme. Salvo una cosa.

Salgo de la cama y me pongo el aparato de la pierna. Ni siquiera me molesto en colocarlo por debajo del pijama para que no se vea; me da igual.

La luz de las farolas se cuele por el salón, iluminándolo todo, así que camino sin miedo a tropezar.

Veo a Rocky, que duerme sobre el sofá con Zoe. Esta se le ha subido al lomo y se ha hecho un roquito. Esos dos se han vuelto inseparables.

Llego hasta la cocina, separada del salón por una barra americana, y abro el frigorífico. Alcanzo la leche y un cacito pequeño, antes de encender la vitro y la lamparita de luz cálida que tenemos en una esquina de la encimera.

Mamá siempre decía que un buen chocolate caliente amansa fieras y atempera el alma.

No estoy segura de lograr amansar a la fiera de mi interior que lucha por salir y buscar a Joel por la casa, pero puede que me ayude a despejar la mente durante unos minutos.

Vierdo la leche en el cazo y espero a que empiece a calentarse mientras cojo el chocolate en polvo. Mezclo el cacao y lo remuevo, distraída. Estoy tan metida en mis pensamientos que no escucho que alguien se acerca por mi lado.

—¿Tampoco puedes dormir?

Doy un bote y me aparto por inercia.

—¡Dios, qué susto me has dado!

Tengo el corazón a mil por hora y, en el momento en que lo miro a los ojos, siento como si fuera en un vagón de una montaña rusa que cae en picado al vacío.

Joel sonrío con culpabilidad.

—Perdona, no pretendía asustarte.

Muevo la mano para restarle importancia y me obligo a centrarme en la leche que, si no me doy prisa, acabará quemada en el cazo.

—No importa.

Joel embute las manos en su pantalón fino de chándal. Los músculos de sus brazos se contraen al hacer presión cuando, un segundo después, se apoya en la encimera, muy cerca de mí.

—Qué bien huele.

Lo miro de soslayo e intento que no me dé un patatús por lo nerviosa que estoy.

Hace unos años, cuando éramos uña y carne, su presencia me llenaba de tranquilidad. Saber que estaba conmigo, lejos de su madre, me hacía sentir en paz, como si durante ese rato que pasábamos juntos fuera capaz de borrar cualquier dolor que ella le hubiera infringido.

Ahora, la cosa es distinta. El Joel que tengo al lado es un hombre del que no sé nada. Pese a ello, en lo más profundo de mi ser, sé que es el mismo.

Cojo dos tazas y reparto el chocolate echando varias nubecitas en ambas. Sin que él tenga que decirme nada, espolvoreo la suya con un poco de canela y se la doy.

Sonríe y, durante una milésima de segundo, veo al chico del que me enamoré.

—Todavía te acuerdas —dice, sentándose en uno de los taburetes de la barra americana.

Me pongo frente a él y le contesto sin levantar la vista de mi taza.

—Me acuerdo de todo.

Nuestras miradas colapsan como dos naves que viajan a la deriva en el espacio.

Soy yo quien rompe el contacto visual.

—Siento lo de esta tarde. —Al verme fruncir el ceño, continúa—: No es que no quiera quedarme, pero mis planes eran otros y...

—No tienes que darme explicaciones, Joel.

Se lo digo con sinceridad y con un dolor profundo en el estómago.

—Yo creo que sí.

Alcanza mi mano a través de la barra americana que nos separa y me quedo mirando sus dedos, mientras pienso en lo mucho que necesitaba sentir su calor.

—Aunque no lo creas, he pensado en vosotros cada día, Mandy.

No quiero decirle las veces que me dormí llorando por no saber dónde estaba y por qué no quería vernos. Me niego a remover tantos años de absoluto mutismo por su parte pese a que mi familia y yo siempre quisimos saber de él.

De repente, el rencor me resulta insulso e inapropiado. Tenerle aquí conmigo borra todo lo anterior y, aunque me gustaría echarle en cara el sufrimiento que pasamos, decido apartarlo y guardarlo en un rincón de mi alma para dejar paso al perdón.

—Me han contado que eres músico.

Lo veo tragar con fuerza lleno de culpabilidad y pesar, pero necesito cambiar de tema y recuperar por unos minutos esa relación sana y bonita que teníamos.

Parece afrontar que el momento de las disculpas ha pasado y decide seguirme el juego.

—Algo así.

—No te imagino tocando ningún instrumento.

Sonríe socarronamente.

—Pues lo hago muy bien, que lo sepas.

—No me digas.

Asiente y me sonrío en respuesta.

—El piano, nada menos.

—Seguro que solo lo aporreas.

Le saca la lengua y Joel lanza una carcajada. Se cruza de brazos y su gesto divertido me calienta el corazón.

—Veo que no has cambiado nada, mi pequeña hada.

Intento que no se note cómo me afecta que me llame así mientras doy un sorbo al chocolate.

—Yo también sé cosas de ti —me dice en voz baja.

—¿Ah, sí? ¿Y qué sabes?

—Pues... —Apoya los codos sobre la barra americana y los ojos se le iluminan cuando habla—. Sé que estudias Arte, que trabajas a media jornada en la galería de arte de la calle Sunshine, que sigues frecuentando la pastelería de los Morrison, que intentas exponer tus obras con Francesca, ¿se llama así?... ¿Sigo?

Estoy tan impresionada que no respondo.

Él asiente y termina de beberse el chocolate.

—Como ves, yo he hecho mis deberes mejor que tú.

Me guiña un ojo y sonrío burlonamente. Acto seguido, se acerca al fregador y deja su taza en el interior.

Mi mente da vueltas ante la idea de que, pese a haber estado ausente estos años, se ha tomado la molestia de saber de nuestras vidas.

Minutos después, caminamos en silencio por el pasillo y paramos enfrente de nuestras respectivas habitaciones.

Durante un rato he sentido que volvíamos a ser nosotros, ¿es eso posible? ¿Se puede recuperar lo que una vez perdimos en apenas un instante?

Me gustaría pensar que sí.

Justo cuando me dispongo a meterme en mi cuarto, noto cómo me sujeta de la mano. Me giro y tengo que erguir la cabeza muchísimo para afrontar su mirada profunda y seria.

—Echaba de menos esto.

Trago saliva.

—¿El qué?

—Hablar contigo.

Susurramos, no por no despertar a Leo, sino porque estoy segura de que a él le cuesta tanto como a mí dejar salir la voz.

—Yo también —le digo, porque es verdad y porque necesito que lo sepa.

Su mano aprieta la mía y su calor vuelve a inundarme con ese simple gesto.

Suspiro.

Suspira.

Lo miro.

Me mira.

—¿Puedo abrazarte?

Que me lo pregunte con esa inseguridad me parte el corazón.

—Claro que sí.

Es él el que se acerca y me envuelve con sus brazos primero. Tan solo un segundo después me agarro a su cintura y apoyo la cabeza en su pecho.

Y así nos quedamos no sé cuánto tiempo.

## Capítulo 12

### JOEL

Nick aparece a las ocho y media de la mañana con el coche más feo que he visto en mi vida: un Volkswagen Caravelle blanco por arriba y marrón por abajo.

—¡Dios santo! —masculla Leo.

Se frota la cara y niega con la cabeza cuando Nick hace sonar el pito.

—¡Vamos, familia! —exclama desde el asiento del conductor.

—¿Se puede saber de dónde has sacado esto?

Nick pone los ojos en blanco y le apremia para que suba. Leo ayuda a Mandy a entrar en el coche antes de poner las maletas en el maletero.

—No te quejes, anda. Es lo único que he podido encontrar en alquiler, de ocho plazas y apto para la nieve.

Leo sigue protestando por lo horrible que es mientras subo. Me siento al lado de Mandy y le sonrío.

—¿Esto es siempre así?

—¿Es que alguna vez fue diferente?

No puedo hacer otra cosa que darle la razón.

Tenemos varias paradas que hacer antes de emprender el viaje. Primero pasamos a por Cam, que cuando ve el coche y la cara de Leo empieza a descojonarse. Después, recogemos a Salma y Travis, quienes están tan impresionados por verme que apenas reparan en dónde vamos montados. La última es Carol y, aunque se alegra de verme, lo primero que dice nada más subir es:

—¿Qué le ha pasado al coche? ¿Se olvidaron de terminar de pintarlo, o qué? ¡Es horrible!

Nick lanza un improperio.

—¡La próxima vez buscáis vosotros! —Nos mira a todos con cara de pocos amigos—. Y cuidadito con el cachondeo que soy un agente de la ley.

La tensión puede cortarse con un cuchillo hasta que Cam vuelve a hablar.

—Tío, es que es más feo que un mono.

Nos reímos, aunque Nick no está tan contento.

—¡Que te den!

Cam cruza los dedos.

—¡Ojalá!

Con un gruñido, Nick pone la radio y *Holiday road*, de Lindsey Buckingham, suena a todo volumen.

De un momento a otro, las calles de Telluride dejan paso a una larga carretera flanqueada por árboles altísimos, cuyas copas están llenas de nieve. Nos dirigimos a las montañas, donde muchas familias suelen pasar las Navidades esquinando.

Durante el camino hablamos y reímos como si en realidad no hubieran pasado tantos años desde la última vez que nos vimos. Aunque la presión en el pecho que me ha acompañado durante tanto tiempo la siento más liviana, pensar en el miedo que tenía de volver a Telluride, revive cada uno de los malos recuerdos de golpe.

«Deberías estar de camino a Nueva York, idiota —me reprende mi voz interior—. ¿Crees que

unas cuantas risas van a borrar todo *aquello?*».

Trago saliva. Nadie parece darse cuenta del agobio momentáneo que siento, salvo Mandy, que me observa preocupada mientras intento recobrar la compostura. Noto su mano sobre mi hombro y, pese a que los demás hablan por encima de la música, yo la escucho a la perfección cuando me habla.

—¿Te encuentras bien?

Giro la cabeza en su dirección. Me centro en el verdor de sus ojos y no pienso en nada, tan solo en ese color que brilla y destaca sobre las motitas marrones que se ven si te fijas bien.

Frunce el ceño, preocupada.

—Estoy bien —logro decir.

Por suerte, la voz de mi interior no vuelve para martirizarme de nuevo.

—¿Estás seguro? No tienes buena cara.

Asiento.

—Tranquila.

Hasta que no le sonrío no se convence de que digo la verdad.

Cam logra distraerme del todo hablándome sobre su trabajo y, a ratos, yo del mío y de Nueva York, en especial de Queens, también le cuento mi temporada en Denver.

—No sabía que habías estudiado en Denver —interviene Mandy.

—Sí, no me fui a Nueva York hasta que terminé la carrera. Por suerte, Jack me encontró un trabajo de pianista poco después.

Mandy me mira con tristeza.

—Estuvimos en el mismo estado durante muchos años... —comenta con cierto resentimiento.

Sé lo que piensa y la culpabilidad vuelve a mí como un dardo envenenado.

Cam se da cuenta de la situación y actúa.

—¡Pero lo importante es que ahora estás aquí! —afirma.

La frase, lejos de mejorar la situación, apenas surte efecto en Mandy, quien ladea la cabeza hacia su ventanilla en silencio.

Intento encontrar las palabras, pero todo lo que se me ocurre me suena falso e insulso, por lo que decido no justificarme. Es lógico que se sienta disgustada ante la idea de que estuviera a unas cuantas horas de Telluride y nunca se me ocurriera volver o llamar.

El abrazo que nos dimos anoche se me antoja lejano ahora que la veo así. Hubiera dado lo que fuera por congelar el momento, inmortalizarlo, para poder sentirme siempre tan completo como me sentí, mientras olía su pelo y sus brazos envolvían mi cintura.

Fui tonto por pensar que ese simple gesto podría borrar lo mal que lo hice con ella y su familia y, aunque me muero de ganas por explicarle los motivos por los que no volví, sé que es mejor no hacerlo. La vergüenza, el tormento, incluso la ira que siento al recordar, hace que me sea imposible.

Cam me mira como pidiéndome perdón. Le sonrío de medio lado y niego con la cabeza; la culpa no es suya, sino mía.

Me digo que algún día tendré el valor de sincerarme con Mandy, pues ella, más que nadie, merece saber la verdad.

«Puedes mentir a los demás, pero no a ti mismo, chaval», me dice la puñetera voz interior.

Irritado, me cruzo de brazos y me hundo en el asiento.

Detesto cuando tiene razón.

## Capítulo 13

### MANDY

El rancho de Cam es el típico que se ve en las películas, solo que más lujoso.

Desde el porche tenemos una vista privilegiada de todo Telluride. La casa principal está hecha de madera y piedra, con grandes ventanales que dejan entrever el gran espacio que hay repartido por la única planta construida, así como el enorme árbol de Navidad decorado con luces que hay en el salón y que la madre de Cam se esfuerza en dejar cada año más impresionante por estas fechas. Cerca está el cobertizo y, justo detrás, las caballerizas.

Al padre de Cam le gusta criar caballos y prepararlos para las competiciones de carreras que se celebran con la llegada de la primavera. Cam no es muy fanático de ese deporte, pero es casi un experto en hípica. Le encanta cuidar a los equinos, y cada vez que tiene un hueco viene al rancho y se ocupa de ellos.

Los árboles que rodean el terreno nos dan cierta intimidad, lo que es de agradecer. A pocos kilómetros está el hotel Lumière, que suele acoger a gran parte de los turistas que vienen a esquiar cada año; porque si por algo se le conoce a Telluride es por sus meses interminables de nieve y su estupenda estación de esquí.

Llegamos poco antes del mediodía, justo cuando mi barriga empieza a quejarse por el hambre.

Miro de soslayo a Joel cuando sale del coche.

He de confesar que había tomado la decisión de no guardarle ningún rencor, pero enterarme de que estuvo en el mismo estado durante años y que nunca nos dijo nada me llena de un resquemor del que no puedo deshacerme. Intento imaginar las posibles razones por las que haría algo así, y no soy capaz de justificarlo.

El resto del viaje ha estado absorto, mirando por la ventana sin decir ni una palabra.

A decir verdad, yo también.

Travis me saca de mis pensamientos cuando abre la puerta del coche y me guiña un ojo.

—¿Te ayudo?

Asiento en silencio y salgo agarrada de su mano. Cuando mis pies tocan el suelo le doy las gracias y veo a Joel observándome circunspecto.

Aparto la mirada y tiro de mi maleta con ruedas hacia el interior de la casa soltando un suspiro profundo.

Necesito comer algo azucarado a la de ya.

Estoy a punto de meterme en la vivienda, pero una voz que hacía mucho que no escuchaba suena a pocos metros de distancia y me deja clavada donde estoy.

Metro sesenta, pelazo rubio con unos rizos hechos a base de horas de peluquería y maquillaje impecable. Sus ojos grises son un atractivo añadido, aunque Sussy Spencer siempre ha tenido algo que a los chicos les chifla.

Ahora mismo lleva ropa de invierno, especial para la nieve y, pese a que debería parecer un montadito relleno con la cantidad de capas que lleva, he de admitir que le queda que ni pintado.

—¡Cam! —canturrea a lo lejos mientras se aproxima al grupo.

Saluda efusivamente a los chicos. A nosotras intenta no tocarnos mucho cuando nos planta un frío beso de mejilla a cada una. A mí, en particular, me lanza una sonrisa fingida, como las que

solía dedicarme en los pasillos del instituto en los momentos en los que Leo o Joel estaban presentes —cuando me pillaba sola ni tan siquiera me miraba—. No es que me importase que Sussy quisiera ser mi amiga, aunque siempre me pregunté qué diantres le había hecho para que me detestase de aquella forma.

Al parecer, los años no han cambiado esa falsedad latente.

Los ojos de Sussy recorren de arriba abajo a mi hermano, hasta que repara en Joel y boquea, sorprendida. Después, sonrío de medio lado y se acerca a él moviendo las caderas.

—Joel Hunt —dice, dejando escapar todo el atractivo que puede—. ¡Cuánto tiempo!

Joel no se mueve ni dice nada.

Se me despuntan los nervios al ver cómo coloca una mano en su brazo y le da un beso en la comisura de los labios.

Debe salir fuego de mi cabeza porque Travis se acerca por detrás y llama mi atención cogiéndome del brazo con disimulo.

Miro en su dirección como si despertara de un sueño.

Él me guiña un ojo y en el gesto lo entiendo todo.

«Para, cuqui. Se te nota mucho. Deja de apretar los puños que vas a hacerte sangre con tus propias uñas».

Suspiro e intento no centrarme en cómo Joel le sonrío en respuesta. También finjo no acordarme de que esos dos estuvieron juntos durante unos meses cuando tenían quince años.

Fueron los meses más tristes y confusos de mi vida.

Pero de eso hace mucho tiempo, ¿no? Debería pensar en deshacer mi maleta y no en historias pasadas.

Ni siquiera tendría que afectarme todo esto tanto.

—No sabía que vendríais —le habla a Cam, pero su atención sigue puesta en Joel—. Tus padres no les dijeron nada a los míos, Camy.

«Camy». ¡Por dios! Pongo los ojos en blanco.

—¿De dónde ha salido la Barbie Invierno? —pregunta en voz baja Carol.

—La habrá traído la ventisca del otro día —contesta Travis.

Sonrío y miro a Salma, que se ríe en voz baja.

—¡Deberíamos ir a esquiar mañana! —propone Sussy, de repente—. No acepto un no, Camy.

La respuesta de Cam no se hace esperar.

—Claro. Por qué no.

Sussy da saltitos de alegría. Debería resultar ridículo, pero sabe muy bien cómo comportarse para mantener su atractivo intacto y que la atención recaiga siempre sobre ella.

—Madre mía, hacía años que no veía el numerito del canguro en celo.

Me muerdo los labios para que no se note que me estoy riendo por el comentario de Carol.

Hay personas que nunca cambian, y Sussy es el claro ejemplo de ello.

La gracia de la situación se esfuma al ser consciente de que estará con nosotros todo el tiempo que pasemos en el rancho. Se las ingeniará para ello.

Y sí, sé que Joel no es de mi propiedad, que no es mi novio ni nada de eso, pero tener que ver cómo Sussy Spencer se le pega como una lapa no es algo que me llene de júbilo.

De hecho, para dejar claras sus intenciones, lo primero que hace es agarrarse a su brazo y entrar a la casa con él, lanzándole sonrisitas y cuchicheos.

Cuando pasan junto a mí, ella me mira significativamente, como si me dijera con los ojos que ha elegido a su presa y que, por mucho que lo intente, no se la voy a quitar.

Que vaya a salirse con la suya me mata. Hace unos años ella ganó la partida saliendo con Joel,

y esta vez volverá a hacerlo. Aunque solo sea para que vea cómo él la prefiere antes que a mí.

Una vez más, agarro mi maleta y me meto en la casa. No reparo en lo que habla el grupo; tampoco me fijo en el árbol de Navidad que la señora Mackein ha decorado a conciencia, siempre de manera perfecta. Por el contrario, me marchó a una de las habitaciones y cierro la puerta.

Los celos me carcomen e intento controlarlos. Solo serán un par de días, ¿qué puede pasar?  
«Todo. Puede pasar de todo».

## Capítulo 14

### MANDY

—Llevad cuidado.

La voz de Leo me hace dar un brinco, pues llevo un rato mirando hacia el manto blanco que cae por la ladera de la montaña.

Mi hermano se coloca las gafas de esquí, se pone en posición y baja la pendiente con soltura.

Nunca me han gustado las alturas. De niña iba a la feria tan solo por el algodón de azúcar, pues odiaba montarme en las atracciones. Mucho menos si implicaban caídas libres. Así que, verme en esta situación no es nada agradable para mí.

Hemos traído el trineo que Cam tenía en el rancho, ya que yo no puedo esquiar. He insistido en que no era necesario, pero de nada ha servido. Mientras todos están equipados para esquiar, Travis me hace señas para que me acerque y me sienta frente a él en el trineo.

Sabe que odio este tipo de cosas, aunque está emperrado en que viva todas las emociones habidas y por haber antes de llegar a los treinta.

Solo puedo pensar en el sudor de las manos bajo los guantes y el picor que me dan estas gafas especiales para la nieve.

Travis ve mi intención de rajarme y se levanta, me coge de la mano y me acerca al trineo.

—Venga, cuqui, que ya están bajando.

«No puedo... no puedo hacerlo», pienso, acobardada.

—Travis... —niego con la cabeza.

—¡Oh, no! ¡No, no, no! ¡Tú te tiras conmigo!

Los brazos se me adormecen, un cosquilleo me sube desde los pies a la cabeza y me siento morir.

Le suplico con la mirada, pero no pretende dejarme libre.

—Cuqui, vas a sentarte en el trineo y te sujetarás a la barra de delante. Caerá por esa ladera y, cuando llegemos abajo, te lo habrás pasado tan bien que no recordarás lo cagada que eres.

—¡No soy una cagada! Tengo mucho miedo a las alturas.

—El miedo se quita enfrentándolo. Si quieres, voy yo delante.

Me ayuda a sentarme y me coloca detrás de él. Me agarro a su cintura como si fuera un koala al ver que mueve el trineo hacia el borde de la ladera.

—¡Cuidado que nos vamos a caer! —grito.

Travis suelta una carcajada.

—¡Esa es la intención!

Envidio su seguridad, su falta de miedo en casi todo lo que hace, como si nada ni nadie pudieran hacerle daño.

—¿Preparada?

—¡No!

—¡Allá vamos! —grita justo antes de darle un pequeño impulso al trineo hacia... el vacío.

El tiempo se para. Noto la sacudida en la boca del estómago por la sensación de caer. Mi cuerpo no responde a nada, solo a la idea de sujetarme con todas mis fuerzas a Travis, que ríe y me dice que abra los ojos, porque me conoce tan bien que sabe que los tengo cerrados.

Cuando llegamos abajo, la nieve nos envuelve y nos frena poco a poco. El resto del grupo aplaude al vernos llegar.

Travis se levanta y me ayuda a incorporarme. Me abraza mientras intento recuperar la compostura.

Miro arriba, hacia el lugar donde estábamos antes. No me puedo creer que lo haya hecho.

—¿Ves? Te he dicho que sería divertido.

—Pensaba que me caería.

Se ríe y me habla en voz baja.

—Conmigo, nunca.

Le sonrío con amplitud y me quito las dichosas gafas.

—¿Repetimos? —Doy un bote al escuchar su pregunta.

Niego con énfasis.

—¡Ni hablar!

Leo me coloca bien el gorro y me sonrío. Él tampoco estaba convencido de dejar que bajase en el trineo, pero está claro que confía en Travis.

—¿Estás bien?

Asiento.

Mis ojos buscan a Joel de manera inmediata. Lo encuentro apoyado a un árbol, observándome.

Desde que hemos llegado al rancho no hemos vuelto a hablar. Entre que Sussy no lo deja ni a sol ni a sombra y que se ha construido un pequeño muro entre ambos, no hemos tenido ocasión.

Hay una parte de mí que ansía olvidar e intentar recuperar el tiempo perdido a toda costa, pero la parte que se empeña en estar enfadada no me deja. Empiezo a pensar que el orgullo es el culpable de todo, y no sé si me gusta que me condicione. Puede que los celos también tengan mucho que ver.

Siento un vuelco cuando sus ojos azules se clavan en los míos. Durante un lapso de tiempo todo desaparece a mi alrededor. Me fijo en sus ondas castañas que, como siempre, le caen desordenadas, perfectas en su imperfección, con una naturalidad que resulta alentadora.

Desearía meter los dedos entre los mechones para acariciarlos, y ese anhelo me abrumba de golpe.

Mi sueño se vuelve realidad, salvo que no es mi mano la que se pierde entre su pelo; es la de Sussy. El gesto hace que rompamos el contacto visual.

Maldita sea.

Me reprendo por ser tan infantil. ¿Cuándo me he vuelto una loca celosa?

Tengo que hablar con él, apartar el rencor por su ausencia y olvidar los pinchazos de dolor que siento al verlo tan cerca de ella.

Soy consciente de que tengo muy pocos días para disfrutar de Joel, pues pronto volverá a Nueva York.

Doy un respingo al pensar en ello mientras una nueva tristeza se apodera de mí. Porque cuando eso ocurra no sé qué pasará con mi corazón y ese vaivén acelerado que sufre por él a cada instante.

## Capítulo 15

### JOEL

Llevo un rato escabulléndome de Sussy Spencer; sin embargo, la chica debe haberme puesto un radar, porque por más que intento escapar de ella y sus sobeteos, no lo consigo.

No soporto que me toquen, mucho menos de la manera lasciva en la que lo hace, como si me dijera en cada gesto que nos vayamos a la cama.

Lo siento por Sussy, pero la conozco muy bien como para saber de qué pasta está hecha.

A los quince años tuve la genial idea de hacerle caso a Leo y salir con ella durante tres meses. Él salía con Brittany, la que era mejor amiga de Sussy, y le pareció bien juntarnos. Yo, que era un crío, accedí solo para dejar de escuchar cómo intentaba convencerme día tras día, y porque decirle que la que realmente me gustaba era su hermana podría habernos distanciado.

Todavía no sé cómo aguanté esos meses.

La mañana de esquí no ha estado mal. Hacía mucho tiempo que no lo practicaba, pero he de admitir que se me sigue dando muy bien.

Hubiera preferido montarme en el trineo con Mandy, aunque Travis es su sombra, y entre eso y que está enfadada conmigo no me he atrevido a ofrecerme.

No sé qué hacer para acercarme a ella de nuevo. La noche antes de venir al rancho parecía que habíamos vuelto a conectar, pero ahora la siento a kilómetros de distancia.

Logro salir de la casa sin que Sussy me siga o me agarre del brazo para llevarme a quién sabe dónde, y paseo por la propiedad embutido en el chaquetón.

Siempre me ha gustado el atardecer en Telluride. No puede compararse al mar de rascacielos que se oscurecen minuto a minuto de Nueva York. Aquí el cielo es un manto cuyos colores y reflejos pueden robarte el aliento. Desde la distancia en la que estamos el pueblo parece una acuarela y, durante una milésima de segundo, me pregunto si sería posible volver. Si sería capaz de resarcirme. De curarme.

Mientras esa idea se difumina en mi cabeza, algo desde las caballerizas llama mi atención. Camino por la zona donde el coche quitanieves ha allanado el suelo y me mantengo a una distancia prudente para descubrir a Mandy. Está acariciando a uno de los caballos. Su sonrisa me cautiva y me engancha.

La observo en silencio, medio escondido entre los árboles, y me siento como un acosador, pero es que es tan preciosa que no puedo evitarlo. Me digo que lo conveniente sería ir allí y entablar conversación, aprovechar que está sola. No lo hago. Todavía tengo tiempo de buscar un momento para pedirle perdón e intentar ser su amigo otra vez.

Su amigo, sí, porque una cosa es que mi corazón ansíe el suyo y esté desesperado por decírselo, y otra cosa es que permita que eso ocurra. Las posibilidades de que todo salga mal son muy altas y no estoy dispuesto a ello.

Mandy se sienta en un cuadrado formado por la paja y toma un bloc y un lápiz. Está dibujando al caballo que tiene delante. Lo sé, porque su mirada se eleva hacia él de tanto en tanto, mientras su mano se mueve sobre el trozo de papel.

Hay algo armonioso y mágico en ella cuando dibuja, como cuando echas miel en un bol y se forman olas perfectas que acaban perdiéndose conforme la dejas caer. Estoy perdido en ese mar

en calma que es Mandy, y no tengo bote salvavidas.

Ella lo es. Es el barquito pequeño que navega en mi dirección. Y, Dios, me muero de ganas de ir hacia ella y pedirle que me deje subir, que me salve, que me dé su mano nuevamente y no la suelte nunca más.

Me muerdo el labio y trago saliva. ¿Por qué la única chica que me provoca estas cosas está tan lejos de mi alcance? Tan solo son unos pasos. Unas cuantas zancadas y llegaría hasta ella, pero no. Me quedo donde estoy.

El móvil vibra en el bolsillo de mi chaquetón y doy gracias por haberle quitado el sonido, pues lo último que quiero es ser descubierto. No pretendía mirar quién llama, pero lo hago por inercia, y, aunque no tengo ganas de contestar, lo hago.

—Hola, Jack.

El *sheriff* me saluda desde el otro lado del teléfono.

—Perdona que te llame ahora, sé que estás con los chicos, pero esto no puede esperar.

Frunzo el ceño y me alejo de las caballerizas, intentando por todos los medios no ser visto ni desde la casa principal. Me pierdo entre los árboles y me siento en una enorme roca.

—¿Qué pasa?

—Verás, no te dije nada en su momento porque no quería ponerte nervioso —suspira, me lo imagino frotándose la cara de manera nerviosa—. El caso es que todo apunta a que Mark Lauren estuvo en casa de tu madre la noche que murió.

Espero a que se anime a seguir y mi corazón se salta un latido cuando lo hace.

—Diversos testigos dijeron que vieron a Lauren por la zona y saliendo de la vivienda aquel día.

Trago con fuerza.

Mark Lauren. Dios, no. Mark Lauren. La razón por la que tuve que marcharme de Telluride; por la que no quería volver. El motivo por el que lo perdí todo, incluso a mí mismo.

No puedo evitar enfadarme.

—¿Cómo se te ocurre ocultarme algo así, Jack?! —Me revuelvo el pelo una y otra vez mientras doy vueltas y vueltas alrededor del árbol—. ¡Joder! ¡Hiciste que viniera hasta aquí sabiendo que ese hijo de puta puede estar por el pueblo!

—Lo hice para protegerte. Y escúchame, Joel, te aseguro que he tomado precauciones. Cálmate. —Ahora se le oye tan seguro de sí mismo que da miedo—. Mark Lauren no está en Telluride. Y si vuelve, tengo alertada a toda la comisaría.

Doy un respingo.

—Un momento... ¿Nick sabe todo esto?

Su silencio lo dice todo.

—No tiene permitido hablar de ello. Orden directa de su superior. No te enfades con él.

Asiento, como si pudiera verme.

—Solo te pido tiempo, Joel. Voy a cogerlo, aunque necesito que confíes en mí y que me des un margen amplio para actuar y encerrarlo de una vez por todas.

—¿Qué me estás pidiendo?

—Que te quedes en Telluride hasta que el caso esté cerrado. —Abro la boca para negarme, pero él se adelanta—. Estoy cerca, te lo juro. Llevo detrás de él desde esa puñetera noche en la que te... —suelta una maldición—. Si ha cometido un solo error, quiero estar ahí para pillarlo.

Suspiro de manera entrecortada e intento mantener la compostura y, aunque no quiero, vuelvo a esa noche. No solo eso. Voy mucho más lejos; a cuando era un niño.

A cuando mi vida dio un giro y no hubo marcha atrás...

*Tengo seis años y acabo de salir del colegio. Llevo puesta mi camiseta color azul con el escudo del mejor superhéroe que el mundo ha conocido: Superman. Es mi favorita. Mi profesora, la señorita Morris, me la regaló la semana pasada y la he estrenado hoy. Mis compañeros se han muerto de envidia, de hecho, Luke ha intentado parecer mejor que yo por decir que mi camiseta es infantil, pero los demás niños se han puesto de mi lado.*

*No le ha quedado otra que chincharse.*

*La mochila me pesa mucho, pero tengo que ser fuerte. Papá dice que para ser un verdadero hombre no debo quejarme como lo hago, porque los hombres no se quejan, ni lloran ni se ponen ropa rosa. Mamá siempre le da la razón solo por miedo a que se vuelva a marchar.*

*La señorita Morris; sin embargo, dice que sea quien quiera ser. Pues bien; yo deseo ser Superman. Quiero vivir en Metrópolis y volar, salvando a las chicas de los malos. Aunque aún no me interesan tanto las chicas... Pero bueno, la gente me querría tanto que me daría chuches gratis y podría comer todas las que quisiera, porque Superman no enferma de la tripa si se come un arsenal de golosinas.*

*Aunque, el tema de la kryptonita no me gusta tanto.*

*Paseo subiendo y bajando mi yoyó azul eléctrico. Me gusta ver cómo las luces de su interior se encienden cuando sube y baja. Es hipnótico.*

*¿Podría ser ese uno de mis poderes? Hipnotizar a la gente con mi yoyó mágico. «¡Sería genial!», pienso. Se lo contaré a mamá cuando llegue, si no está durmiendo. A veces duerme tanto que puede pasar un día entero sin salir de su cuarto.*

*Paso al lado de la tienda de golosinas del señor Yang y me quedo mirando el escaparate. Los chicles de fresa captan mi atención, como siempre. Me encantan, no solo por el sabor adictivo que te da ganas de meterte tres o cuatro al mismo tiempo, sino también por el hombre de goma que sale en el dibujo. El otro día lo dibujé en un folio y la señorita Morris dijo que tengo dotes de pintor. Me gustó que dijera aquello, me sentí importante, aunque papá se enfadó y le dijo que no aflorara en mí ideas estúpidas. No sé qué es aflorar, pero no parece nada bueno. Mamá se disgustó mucho cuando se enteró y me castigó sin postre por cabrear a papá.*

*Los chicles con forma de melón también me los como de tres en tres, aunque luego se me queda un sabor ácido en la boca y los dientes y las encías me duelen por masticar tan fuerte.*

*Suspiro por no llevar ni un centavo encima. Esta mañana mamá no me ha dejado dinero para el almuerzo, como de costumbre, así que hago una mueca de derrota y me giro. Lo que veo a continuación me hace abrir tanto los ojos que a punto están de salirse de las órbitas.*

*Un Chevrolet negro brillante se para justo a mi lado en la acera. Las ventanas tintadas hacen que vea mi propia cara de asombro.*

*Que sea un modelo de la década de los sesenta me deja más alucinado aún. Lo poco que sé de coches antiguos me lo ha enseñado mi vecino, Frederich, un señor mayor que se ocupa de mí cada vez que mamá está indispuesta y papá no está. Tiene una vitrina de cristal llena de coches antiguos en miniatura en la que dejo siempre las huellas de mis dedos mientras los observo, pero a él no le importa.*

*Un «¡guau!» se me escapa en un susurro cuando la ventanilla trasera del coche se baja y un hombre se asoma a duras penas. Me recuerda a mi padre, al menos viste como él, con traje de chaqueta y corbata. Va muy repeinado, con la raya a un lado. Su sonrisa es contagiosa, por lo que le sonrío cuando mueve el dedo para que me acerque. No lo dudo. Su coche es tan alucinante que estoy extasiado. Me ha hipnotizado, como lo que yo quiero provocar con mi yoyó cuando sea un superhéroe.*

—Hola, Joel.

*El tipo sabe mi nombre, lo cual me deja fascinado. Seguro que es un profesor Xavier dispuesto a ayudarme con mis poderes. ¿Le cuento lo del yoyó?*

—*Tu madre está muy preocupada por ti, Joel. Me ha dicho que te recoja. Tu padre ha tenido un accidente.*

*Mi corazón da un vuelco y el miedo se instala en mi cabeza. ¿Papá está bien? ¿Qué habrá pasado?*

*Miro a ambos lados, indeciso. La señorita Morris siempre nos dice en clase que no debemos irnos con extraños, pero este señor me conoce, me ha llamado por mi nombre y dice que papá está mal. Además, se parece mucho a él, por lo que debe ser cierto... ¿Y si mamá lo ha enviado a por mí? Yo soy pequeño aún para encontrar el hospital por mí mismo, ¿se supone que está al norte o al sur? ¿Y hacia dónde están el norte y el sur? No tengo ni idea. Debería saberlo, el año pasado nos lo enseñaron en los Scouts, aunque nunca presto mucha atención. Por eso papá se enfada, me despisto rápidamente cuando empiezo a pensar en mis cosas...*

—*Vamos, Joel. No hay tiempo que perder.*

—*¿Mi mamá está allí también? —Trago saliva— ¿Papá va a...?*

*No puedo terminar la frase, se me atasca en la garganta.*

—*Sí, tu madre está allí. Te necesita cuanto antes.*

*Muevo los dedos, instándome a entrar en el coche. Vuelvo a mirar a ambos lados, incluso miro hacia la tienda del señor Yang, el cual está atendiendo a varios niños, vendiéndoles grandes bolsas de golosinas.*

*Jo, me gustaría comer una, masticar chicle me relaja mucho, y ahora estoy muy nervioso.*

*No lo pienso más y subo al Chevrolet. La puerta se cierra con fuerza y oigo cómo se ponen los seguros mientras la ventanilla se cierra. El conductor, un hombre con la piel oscura, me mira a través del retrovisor. No sonrío ni dice nada, tan solo se limita a arrancar.*

*La mano del señor repeinado está en mi pierna. No sé en qué momento la ha puesto ahí, pero no me gusta, así que me muevo hacia la esquina de mi asiento y miro por la ventana.*

*A lo lejos veo el hospital.*

*«Ya voy, mamá», pienso con un nudo en el estómago.*

*El coche no frena, pasa el hospital y gira en una esquina. Mi cabeza se gira conforme el edificio desaparece y miro al profesor Xavier frunciendo el ceño.*

—*¿No es ese el hospital? —pregunto, nervioso.*

*El hombre me sonrío y vuelve a tocarme la pierna. La aparto, y su gesto amigable desaparece.*

*La señorita Morris dice que debemos ser considerados con la gente que es amable con nosotros, pero no nos ha dicho nada sobre cómo reaccionar si alguien nos toca la pierna.*

*Minutos después, llegamos a un descampado. Empiezo a asustarme. A lo lejos solo veo una especie de almacén abandonado de chapa gris. El hombre de piel oscura baja y me abre la puerta. Niego con la cabeza. No quiero salir, así que tira de mí sin muchos miramientos mientras el hombre repeinado nos sigue de cerca. Abre la puerta del almacén y me empuja dentro.*

*Huele a humedad. Todo está muy sucio y oscuro. Me sudan las manos, tengo la garganta seca y mi corazón va a mil por hora.*

*Tengo miedo. Sé que no debo temerle a nada. Papá dice que los hombres no tienen miedo; pero caigo en la cuenta de que yo no soy un hombre, soy un niño, y los niños lloran, gritan y patalean.*

*La mano del hombre repeinado recorre mi hombro y, después, mi espalda.*

*—Tranquilo, Joel. Solo vamos a jugar a un juego.*

*«Tienes que hacerte un hombre, Joel. —La voz de mi padre irrumpe en mi cabeza cuando el profesor Xavier me lanza a un colchón mullido y sucio—. Tienes que hacerte un hombre, porque, si no, siempre serás un niño llorón, y ya te he dicho que los hombres no lloran».*

*No lloran, no. Pero es que yo solo tengo seis años, y a esa edad los niños pueden llorar. Pueden tener miedo.*

*Con seis años, los niños también se hacen mayores, aunque sea de repente, en un viejo almacén, mientras suplican y caen rendidos, desmayados, ante injusticias que a algunos les toca vivir. Injusticias como esta que estoy viviendo.*

*Y lloro, lucho, pero no puedo.*

*«¡¿Es así como se hace uno un hombre, papá?!», pienso entre lágrimas.*

*No lo creo...*

*Cuando me llevan de vuelta a casa mi padre ya no está para poder preguntárselo y mi madre ni siquiera presta atención a lo que tiene delante; está muy ocupada echándome la culpa de que mi padre se haya ido una vez más, dejándonos solos y para siempre.*

*Y tras eso, la vergüenza se instala en mi estómago, mezclada con el dolor. Un dolor que traspasa el plano físico. Uno que ni mil años podrá borrar.*

## Capítulo 16

### JOEL

Alguien me zarandea y dice mi nombre. No puedo contestar, estoy en un universo paralelo; el del pasado. Y es tan vívido que cuando soy consciente de que me tocan el brazo mi primer impulso es levantarme del suelo y empujar.

No veo, no oigo. Solo sé que debo apartarme de quienquiera que esté aquí. Porque va a hacerme daño, va a...

—Joel, tranquilo.

Vuelvo a empujar.

—Soy yo. Vamos, tranquilízate. Estás a salvo.

Mis mejillas están mojadas. Presto atención y, a través de las lágrimas, logro reconocer la cara que tengo delante.

—¿Nick? —balbuceo.

—Sí. —Levanta las manos para que vea que no tiene intención de dañarme—. ¿Estás bien? Mi padre me ha llamado.

Dios, sí. El *sheriff*. Estábamos hablando y, de repente, ya no.

Doy una vuelta sobre mí mismo en busca del móvil. No lo llevo en el bolsillo. Nick me mira como si hubiera perdido la cabeza.

Y puede que así sea.

De repente, se agacha y me tiende el teléfono. Está helado por el tiempo que ha pasado tirado en la nieve.

—¿Buscas esto?

Asiento en silencio. Me lo guardo y me limpio las lágrimas.

No sé qué decir porque no sé si él *lo* sabe.

—Yo...

Él niega comprensivo con la cabeza.

—No hace falta que digas nada, de verdad.

Abro la boca; la cierro. Así hasta dos o tres veces. Parezco un pez en busca de oxígeno.

—Entremos en la casa. Será mejor que te metas en tu cuarto un rato. Date una ducha y relájate, ¿vale?

Le hago caso. Echo a andar a la par que él, pero mis pies no tocan el suelo. Sigo en un limbo que me hace temblar como un niño. No estoy preparado para afrontar preguntas sobre mi estado, aunque no tengo más remedio que atravesar el salón si quiero meterme en la habitación.

Nick coloca su mano a la altura de mi espalda sin tocarme. Ha comprendido que el contacto físico ahora mismo no está permitido, ni siquiera de manera amistosa.

El grupo está sentado en el suelo, jugando a un juego de mesa. Ni me fijo en cuál es, solo alcanzo a darme cuenta de que Mandy está aquí, cuando hace un momento estaba fuera.

Un momento, ¿cuánto tiempo he pasado sentado en la nieve?

Nadie se percata de que Nick y yo entramos, salvo ella, que levanta la cabeza del juego y me observa. Su gesto divertido se transforma. No sé qué debe ver en mi cara, pero está claro que no es bueno. Frunce el ceño, preocupada. Abre la boca para preguntar.

«Por favor, Mandy. No digas nada», le pido en mi interior. Y como si pudiera escucharme, cierra la boca y traga saliva.

Nick asiente cuando lo miro. Estoy borracho, aunque no he bebido. Me hace un gesto y me señala la puerta de la habitación.

Ah, sí. La habitación. Tengo que meterme ahí.

Camino absorto, destrozado a cientos de niveles.

Sintiéndome pequeño e indefenso, cierro la puerta tras de mí y me dejo caer en el suelo de madera. Me abrazo las piernas, las pego a mi pecho y apoyo la cabeza sobre las rodillas.

«Uno. Dos. Tres. Respira», me digo. Suelto el aire poco a poco y cierro los ojos.

Hacía tiempo que no tenía un ataque tan fuerte. Ni siquiera el que sufrí el otro día en casa de mi madre, y del cual me salvó Robert Brown, puede igualarse al de ahora.

Durante unos años fui a un psicólogo en Denver para seguir con la terapia que me daban en el centro de menores. Él me enseñó a canalizar toda esa energía negativa, a relajarme y, sobre todo, a afrontar lo que me pasó. Lo dejé cuando cumplí los veinte años, seguro de que era una persona nueva y de que me había deshecho de todos mis demonios.

¡Qué equivocado estaba!

Este demonio convive conmigo y no se irá nunca. Lo sé. Lo siento en mis venas.

Un poco más calmado me obligo a levantarme. Voy directo a la maleta, que ni siquiera he deshecho al llegar, y cojo ropa limpia y una toalla.

Salgo a hurtadillas para que nadie me vea y me meto en el cuarto de baño.

Cuando el agua está caliente, me desvisto. La bañera está llena, el vapor lo empapa todo, desde los azulejos blancos, impolutos, hasta el enorme espejo del lavabo.

En el momento en que dejo que mi cuerpo se sumerja en el agua siento cómo la presión del pecho se hace cada vez más liviana.

Y durante un rato, me digo que la pesadilla ha pasado. Pero sé que no es verdad.

## Capítulo 17

### MANDY

Desde que he visto el gesto en la cara de Joel estoy nerviosa. Aunque lo que más me preocupa es su tez blanca, como si hubiera visto un fantasma allí fuera.

He intentado preguntarle a Nick; pero, o evita quedarse a solas conmigo, o no entiende mis señas para que venga a un lugar apartado y poder hablar.

Joel sigue encerrado en su cuarto, en donde se metió tras salir del baño.

Intento por todos los medios entretenerme. Ya he cogido el dichoso cuaderno de dibujo mil veces, pero no soy capaz de poner la atención necesaria. Es curioso, hace un par de horas las ganas de dibujar me han impulsado a salir afuera pese al frío y dirigirme a los establos. El carboncillo ha volado por el papel en blanco mientras estaba entre todos esos preciosos caballos y, de repente, he tenido claro lo que quiero presentarle a Frances para la exposición.

Puede que un conjunto de ilustraciones hechas de esta manera no sea nada original; no obstante, es la forma en la que me siento más cómoda. Siempre he creído que en la sencillez es donde reside la verdadera belleza. Aunque no aspiro a poder llamar la atención de su colega de Nueva York, sí me gustaría que se sintiera orgullosa y, quién sabe, puede que quiera exponer mis dibujos.

La idea hace burbujear mi emoción, pero el estado de Joel lo calma todo.

—Aunque sigas mirando la puerta de la habitación no se va a abrir.

Ladeo la cabeza hacia Travis, está sentado en uno de los sillones leyendo una revista. Por suerte, estamos solos y nadie tiene que oírlo decir eso. El piano de la familia Mackein, que está justo detrás de él, llama mi atención; y al lado, el precioso árbol de Navidad, cuyas luces están encendidas y parpadean sin parar.

—No sé de qué me hablas.

Doy golpecitos con los dedos sobre el cuaderno.

Travis deja a un lado la revista y me mira con seriedad.

—Cuqui, por tu bien, olvídate de eso.

Dejo escapar el aire con irritación, porque sé que tiene razón. Todo lo relacionado con Joel hace borbotear mi interior, como cuando abres un bote de refresco, lo echas en un vaso y una multitud de gotitas te moja la nariz en el primer sorbo. Es refrescante y, al mismo tiempo, frustrante.

Agacho la cabeza y entrelazo mis dedos. Me cuesta horrores olvidar los sentimientos que tengo hacia Joel. He crecido con ellos y, lo que es peor, los he mantenido dentro de mi corazón hasta hoy.

Fingir que me es indiferente no me ayuda en nada.

—Mandy. —Se acuclilla frente a mí y me sujeta las manos. —Te quiero como si fueras mi hermana, pero eres tonta si crees que este estado en el que te dejas llevar por el viento surtirá algún efecto. O actúas y te arriesgas, o lo dejas estar y te dedicas a ser solo su amiga.

—Lo sé —afirmo al cabo de unos segundos.

—Y tienes que saber que él se marchará a Nueva York.

—Lo sé —repito y trago saliva.

—Puede que pasen años hasta que volváis a veros y no puedes esperarlo por toda la eternidad.  
Suspiro con fuerza.

—Lo sé.

Me obliga a mirarlo.

—Entonces, ¿qué quieres hacer?

—No lo sé. —Hace un mohín. Me aparto el pelo y me incorpоро—. Bueno, sí lo sé, pero...

—Pero lo quieres.

Lo miro con severidad.

—Yo... —«Tengo que dejar de mentirme», me digo—. Sí, lo quiero—. Admito, por fin—. Joel y yo tenemos un pasado muy bonito en el que podría haber ocurrido cualquier cosa de no haber sido porque... se marchó.

Me cruzo de brazos y doy varias vueltas alrededor del piano antes de fijar mi vista en la puerta de su habitación.

—Ahora, lo siento lejano. No sé cómo llegar a él ni en qué circunstancias. ¿Soy su amiga y finjo que el corazón no se me sale del pecho al verlo? Porque parece lo más razonable, teniendo en cuenta que su vida está en Nueva York y la mía aquí.

—Eso solo puedes decidirlo tú. Hazas lo que hazas, no empeñes ese corazón más tiempo, cuqui. No es sano.

Travis se levanta y pasa por mi lado. Me da un beso en la mejilla y se despide. Me deja sola con mis pensamientos, con mi miedo y mi incertidumbre, porque él no puede hacerme compañía en esto. Nadie puede.

Y cuando clavo la mirada en la puerta sé que he decidido todo sin decirlo en voz alta.

Caminando en su dirección siento que lo hago sobre arenas movedizas, todo es inestable y me marea, pero logro llegar hasta el final del corto trayecto. Apoyo las palmas de las manos sobre la madera y espero a que los latidos aminoren. No, mentira. Espero a tener valor para hacer lo que tengo que hacer.

«Hazlo ya», me insto.

Sin darle más vueltas llamo a la puerta con dos golpes suaves que podrían pasar desapercibidos. Rezo para que no me haya escuchado, pues mi parte cobarde desea salir corriendo, pero no me da tiempo. Joel abre y me observa impresionado, como si la posibilidad de que haya ido a buscarlo fuera remota e imposible.

Escondo mi nerviosismo y sonrío.

—Perdona que te moleste. Quería hablar contigo, si no estás ocupado.

Joel sale del ensimismamiento y reacciona. Asiente en silencio y me hace un gesto para que entre.

Voy a una especie de matadero y mi cuerpo lo sabe. Algo va a morir en mí ahora mismo y es inevitable.

Oigo cómo se cierra la puerta. El hecho de estar en una habitación a solas con él me provoca un cosquilleo que se intensifica cuando me giro y enfrento sus ojos azules.

Me muero de ganas de decirle que lo quiero, que siempre lo he hecho y, aunque sé que no lo hará, deseo que él me diga lo mismo. Tener la certeza de que confesar esto estropeará nuestra amistad hace que coja el camino que, creo, es el más acertado. Pero será el más doloroso para mí.

—No estoy enfadada. —Es lo primero que me sale decir y me siento estúpida—. Es decir, ya sabes, por lo de ayer por la mañana en el coche. Me sorprendió, pero da igual. Todo da igual, Joel, porque somos amigos, ¿verdad? Siempre lo seremos.

«Solo amigos», repito para mí, e imprimo en mi memoria que, de ahora en adelante, queda

prohibido pensar diferente.

Joel sigue en silencio, lo que me provoca un microinfarto.

Al cabo de un momento abre la boca, pero no dice nada. Al final, se acerca a mí y me abraza. Sus brazos rodean la parte alta de mi cuerpo y su cabeza descansa en mi hombro derecho, lo que hace que el olor de su pelo recién lavado impregne mis sentidos. Cierro los ojos y correspondo al abrazo, mientras contengo con fuerza las ganas de besarlo, pues son una estampida de animales en plena jungla y la red que los sujeta es fina y endeble.

Aprieto los puños en su espalda y disfruto de este momento.

—Gracias —susurra en mi oído.

Se aparta un tanto y me mira. Su cara está tan cerca que noto su aliento mezclándose con el mío.

Le vuelvo a sonreír y él me corresponde.

Solo para asegurarme de que no haré ninguna tontería doy un paso atrás y me cruzo de brazos.

—Quería que supieras que todo está bien entre nosotros.

—Me alegra que así sea.

Suspiro.

Suspira.

Lo miro.

Me mira.

Volvemos a un par de noches atrás cuando nos abrazamos y la electricidad lo invadía todo, pero en seguida me riño mentalmente y rompo el momento yendo hacia la puerta y abriéndola para salir.

—Después nos vemos, Joel —le digo lo más animada que puedo, sin que se dé cuenta de que dejo un trozo de mí con él.

No le doy tiempo a que conteste. Cierro y me meto en mi cuarto. Para cuando estoy dentro, las lágrimas ya salen despavoridas con violencia y furia, como cataratas cuya pendiente mortal te lleva a un vacío absoluto. Y mientras la pena me engulle, me prometo que esta será la última vez que lloraré por Joel Hunt.

## Capítulo 18

### MANDY

—¿Qué opinas?

Salma mira a Carol en el espejo mientras esta estudia el peinado desde distintos ángulos.

La casa del rancho es inmensa y, al ser de lujo, casi todas las habitaciones tienen su propio cuarto de baño.

—Eres una artista —le dice, contenta con el resultado.

—De algo tiene que servirme ayudar a mi madre en la peluquería.

Salma se sienta en la que es mi cama durante estos días y se prepara para que termine de maquillarla. Le pinto los labios de rojo y le pongo algo de rímel en sus largas pestañas.

—Ese color te sienta genial —comenta Carol, atenta a los últimos retoques que le doy a Salma —, estás demasiado buena.

—Lo dices como si fuese algo malo —replica, frunciendo los labios.

—Es que, joder, eres latina; eres exuberante. Yo —se mira al espejo de cuerpo entero— ni siquiera puedo ponerme un vestido sin parecer un trozo de carne embuchada.

Termino con Salma y me acerco al espejo del baño para pintarme los labios de un tono rosa natural mientras las escucho hablar.

—Deja de lado esos complejos tan tontos, tienes muchos encantos.

—Sí; mis tetas. —Se las levanta con fuerza hasta que casi le dan en la barbilla—. ¿Por qué te crees que me he puesto este jersey?

Pongo los ojos en blanco. A Carol la fustiga tanto su madre con el tema del peso que no se da cuenta de que, en realidad, es preciosa. Puede que no sea la modelo delgada que su madre quiere que sea, pero no está tan gorda como siempre le dice. A veces me gustaría que Carol utilizara todo su genio y desparpajo para dejarle claro que ella está bien como está.

Supongo que, antes de luchar contra su madre, debe ganar la batalla contra ella misma.

Salimos de la habitación y dejamos los abrigo preparados sobre el sofá para esperar al resto del grupo. Travis, Nick y Cam son los primeros en salir, seguidos de mi hermano, que mira detenidamente a Carol y sonríe.

—Vaya, vaya, ¿dónde te habías metido?

Carol finge desinterés y se cruza de brazos.

—Échate a un lado grandullón, lo que ves no es para ti.

Justo cuando Leo va a contestarle, Joel sale de su habitación. Lleva unos vaqueros oscuros y un jersey granate que se ajusta a su cuerpo de manera perfecta y que le queda de muerte. Las ondas castañas de su pelo no tienen ningún orden y la barba incipiente debería darle un aspecto desaliñado; todo lo contrario. Está guapísimo.

«Basta, Mandy. Sois amigos. ¡A—mi—gos!».

Maldigo para mis adentros.

—Bueno, niños, nos vamos a Mountain Village. ¡Al mierdacar! —exclama Cam.

Nick lo mira con cara de pocos amigos, pero en seguida se le pasa cuando Cam le pasa el brazo por el cuello y salen contando chistes verdes.

Joel me sonríe y yo me siento cohibida por él.

Vamos hacia el coche y me quedo tan impresionada como el resto del grupo al ver que Leo le abre la puerta a Carol.

—¡Hay que ver lo que hace un buen escote! —dice ella, riéndose.

—Perdona, un caballero es un caballero con y sin escote a la vista.

Carol se echa a reír y sube, seguida de Salma.

Cam se acomoda en el asiento del copiloto y mi hermano conducirá, así que, solo tengo opción de sentarme detrás de las chicas.

Travis me ayuda a subir y cuando creo que va a sentarse a mi lado, cierra la puerta y sube junto a Salma.

«Mierda», pienso, cuando veo que el único asiento libre que queda está a mi lado y Joel es el que falta por montar.

Cojo aire. Puedo hacerlo. Es decir, claro que puedo ir en el coche junto a Joel, pero es verdad que, después de nuestra conversación de antes, prefería ir poco a poco para hacerme a la idea.

Una vez que todos estamos en nuestros respectivos lugares nos movemos rumbo a Mountain Village, un pueblo vecino que está a escasos quince minutos y en donde han puesto una feria grandísima por Navidad.

El cielo está despejado y ya empieza a anochecer.

Intento agarrar el cinturón de seguridad, aunque está tan atrás que no llego. Me muevo en el asiento y me estiro, pero nada, soy tan pequeñita que mi brazo no da más de sí.

—Espera, te ayudo.

Giro de golpe y mi nariz choca contra la de Joel, cuyo cuerpo está tan pegado al mío que noto su calor a través de los abrigos.

Joel coge la correa del cinturón y lo abrocha. Levanto la mirada, azorada. Pensará que soy incapaz de no hacer nada sin ayuda.

—Gracias —susurro.

Él me guiña un ojo y, Dios mío, ahí están las burbujitas de mi estómago danzando, y no precisamente por la música.

Al principio estamos callados, escuchando las conversaciones de los demás, pero creo que a él le molesta tanto como a mí este mutismo que se ha implantado entre ambos, porque es quién lo rompe de repente.

—Todavía no me has enseñado ningún dibujo tuyo.

—En casa tengo muchos.

—Podrías enseñarme el que hacías esta tarde.

Levanto una ceja y sonrío de medio lado.

—¿Me estabas espiando?

Se ríe y juro que brilla más que el sol.

—No, qué va.

Su sonrisa pícaro me acelera el riego sanguíneo. Lo noto en las venas, alocado.

—Son solo bocetos.

—Pues quiero verlos.

Sus labios gruesos se ven suaves. Me llaman, y casi pierdo el norte de no ser porque Leo anuncia que hemos llegado.

Las casas y hoteles están decorados con luces de Navidad, así como las calles. A lo lejos, el teleférico no deja de subir y bajar con todos sus vagones llenos de gente.

Pasamos la calle principal y llegamos a la zona más apartada, la de la feria.

Me fijo en la altísima noria y siento un escalofrío. Después, giro la cabeza hacia Joel, que está

desabrochándose el cinturón.

Yo soy una noria que gira cuando lo tengo cerca. Y eso, por más que desee lo contrario, es irremediable.

## Capítulo 19

### JOEL

El baño logra recomponerme un poco. La situación está controlada por el *sheriff*, así que, me digo que no debo preocuparme, que Mark Lauren está lejos de aquí. Posiblemente, en otro estado. Con su puñetero Chevrolet negro.

Miro a Mandy que, sentada a mi lado en el coche, no tiene ni idea de lo importante que fue su presencia y la de su familia para mí durante esos años tan oscuros.

Me desabrocho el cinturón en cuanto Leo aparca en la zona habilitada para ello, muy cerca del recinto ferial, y me doy toda la prisa que puedo para bajar del coche e ir a ayudar a Mandy, pero llego tarde. Travis ya le echa una mano.

Hago un mohín de disgusto que nadie ve. No es que me moleste que Mandy tenga quien la ayude, todo lo contrario. Es bueno saber que está rodeada de amigos tan buenos y atentos, pero es cierto que me gustaría tener la oportunidad de serle útil; como antes, cuando la he ayudado con el cinturón.

Embuto las manos en el chaquetón y camino tras el grupo, que ya se ha adentrado en el vaivén de la feria.

—Propongo que cenemos en uno de los bares de comida rápida y después vayamos a la montaña rusa a vomitarlo todo —sugiere Cam.

—Me parece bien, no tengo presupuesto para cenar en un restaurante —comenta Salma.

Ella, junto a mí, es de las que menos dinero dispone para según qué cosas.

Paseamos entre las atracciones cuya música es ensordecedora, hasta llegar a un sitio un poco más apartado en el que poder hablar sin quedarnos afónicos.

Hay una mesa libre, aunque sin sillas suficientes para todos, así que Nick, Travis y yo nos ponemos a buscar alguna que esté desocupada.

Encuentro dos y no lo dudo, le cedo una a Mandy cuando vuelvo a la mesa.

—Siéntate aquí —ofrezco.

Le pongo la silla detrás y le echo una mano como recuerdo que se hacía: la sujeto de la cintura con suavidad y, cuando se ha dejado caer en el asiento, arrastro poco a poco la silla hasta la mesa de manera que esté cómoda.

—Gracias —dice, con una enorme sonrisa.

Me siento a su lado, satisfecho, aprovechando que su *mellizo* sigue buscando una silla para él.

Contento por estar sentado junto a ella, me dispongo a mirar la carta en cuanto Travis se une a nosotros. Todo va genial hasta que una voz chillona me crispa los nervios en la lejanía.

—¡Pero qué casualidad!

Miramos en dirección a la voz e, inmediatamente, veo cómo un cuerpo delgado e impregnado en perfume se me echa encima y se sienta en mi regazo.

—Mi precioso Joel, volvemos a encontrarnos. ¡Oh, Cam! ¡No me has avisado del plan!

Cam no sabe dónde meterse mientras Sussy sigue con su culo sobre mí. Me remuevo como puedo, incómodo, y echo un vistazo a Mandy. Parece molesta por la presencia de Sussy.

A decir verdad, nadie está muy contento de que esté aquí.

Por fin se levanta de mi regazo y empieza a hacer señas a alguien.

—Os acordáis de mi amiga Brittany, ¿verdad? —nos dice antes de gritar: —¡Brit! ¡Kevin!  
¡Aquí!

Brittany nos saluda con fingida simpatía, hasta que su atención recae en Leo.

—¿Qué hay, Leo?

Este le lanza una media sonrisa incómoda desde su asiento.

—¿Qué tal, nena?

El tal Kevin se acerca con tres sillas. Una se la da a Sussy que, con todo el morro, intenta ponerla entre Mandy y yo. No tengo más remedio que moverme y dejarle espacio.

Kevin saluda con un hola escaso y se coloca entre Mandy y Sussy, lo que hace que esté mucho más lejos de ella.

Hastiado, me centro de nuevo en el papel del menú mientras Sussy ignora a propósito que tiene uno para ella y se pega a mí para mirar en el mío.

Travis carraspea antes de hablar. Creo que no soy el único que se siente violento con todo esto.

—Las patatas fritas tienen buena pinta.

—Sí, deberíamos pedir dos raciones —contesta Carol.

—Pero eso engorda mucho —replica Brittany con cara de asco.

Carol parece querer contestarle, aunque en el último momento cambia de opinión.

—Pidamos nachos también.

—Buena idea, Salma. Tú también comerás, ¿verdad, cuqui? —dice Travis, pendiente de la mirada de odio que le está dedicando Carol a Brittany.

Mandy asiente sin despegar los ojos de la carta.

—Creo que pediré la hamburguesa Texas —comenta ella.

—Con ketchup, sí. Pediré lo mismo. Compartimos las patatas fritas.

—Sí, pero nada de mostaza.

—De acuerdo. A mí me gusta, aunque por ti hago el esfuerzo.

Se sonríen durante una milésima de segundo y hablan con tanta familiaridad que es imposible no sentirse desplazado. El tono, la conexión... Era lo que Mandy y yo teníamos, y lo que, por muy cerca de ella que me siente en la mesa, es demasiado complicado recuperar de buenas a primeras.

## Capítulo 20

### MANDY

Releo la carta del menú por milésima vez pese a tener claro lo que quiero para no pensar en Sussy y lo cerca que está de Joel.

Maldigo para mis adentros, pues estaba feliz por tenerlo al lado, era nuestra oportunidad de seguir reconstruyendo nuestra relación; pero ahora, mientras él está al otro lado de la mesa, sé que eso no será posible. De hecho, dudo que vayamos a tener un rato a solas estando Sussy de por medio.

Siento un escalofrío al recordar el momento en que sus manos me han agarrado de las caderas para que me sentase. Su olor a jabón, mezclado con un toque dulzón, se ha impregnado en mi nariz y no estoy segura de poder deshacerme de él.

Suspiro, fastidiada por la situación, y dejo el menú sobre la mesa.

—¿Qué te pongo, encanto? —pregunta la camarera mirando a Joel.

Sussy se remueve en la silla cual toro a punto de embestir, y solo por eso, la camarera me cae bien.

—No estoy seguro —comenta Joel, que ni siquiera es consciente del interés que despierta en la chica—. ¿Qué me recomiendas?

—Sin duda, los perritos calientes. A mí me encantan.

Cam, Leo y Nick observan la escena con las bocas abiertas. Y no les culpo, es como ver danzar una serpiente al son de una flauta.

La camarera apunta el pedido más pendiente de llamar la atención de Joel que de hacer bien su trabajo.

Cuando nos quedamos solos, Cam silba y se ríe.

—En serio, tío, ¿cómo lo haces?

La pregunta impresiona a Joel, cuya respuesta es un levantamiento de la ceja izquierda.

—Ya sabes de lo que hablo. Las tías... ¿Qué haces para que babeen así?

Obviamente, no nombra a Sussy, pero está claro que la incluye en la ecuación.

—No hago nada —contesta con franqueza.

Nick lo estudia y añade:

—Está claro. Míralo; tiene un aire a chico melancólico que las atrae como la miel a las abejas.

Joel suelta una carcajada y yo no puedo evitar que mis mariposas del estómago vibren.

—¡Oye! Que yo estoy de toma pan y moja —suelta Cam, orgulloso.

—Pues a esa no parecías interesarle nada. —replica Salma con una media sonrisa.

Cam ladea la cabeza en su dirección con diversión.

—Eso es porque yo atraigo a las tías con clase que saben apreciar la calidad cuando la tienen delante.

Salma pone los ojos en blanco.

La comida empieza a llegar, pero es un chico quien lo trae todo. Sus ojos marrones se clavan en mí cuando deja el ketchup a mi lado y le sonrío en agradecimiento. Creo que me ruborizo cuando me guiña el ojo, y ese instante es percibido por Joel.

Que no pierda detalle me hace sentir un tanto incómoda, aunque eso no tenga ningún sentido. No

le gusto más que como amiga y, además, tiene opciones que pueden resultarle mucho más interesantes, dadas las circunstancias.

Cuando terminamos, se acerca a mí y se inclina.

—¿Te ayudo?

Es tan amable, tan atento, que no puedo ni hablar para aceptar su ofrecimiento; sin embargo, justo en el momento en que voy a hacerlo, Sussy lo agarra del brazo y lo aleja.

Me quedo congelada entre la desilusión y el disgusto.

Travis acude a ayudarme. Coge mis manos y me impulsa hacia arriba y, como si supiera que necesito un guía para salir de ese limbo en el que estoy ahora mismo, tira de mí y me lleva con él.

—¿Estás bien? —susurra.

Asiento mientras echo un vistazo y veo cómo Sussy acaricia el pecho de Joel y le susurra algo al oído tras darle un beso en la mejilla.

La escena me parte un poquito más este destrozado corazón que no es capaz de entender que lo que nos une a Joel y a mí no es más que una antigua amistad.

Y nada más.

## Capítulo 21

### JOEL

Me limpio el beso de Sussy e intento olvidar la proposición que me acaba de hacer. No es mi estilo rechazar de manera directa y cortante a una mujer, pero lo que ella quiere de mí no puedo dárselo. O no quiero, más bien, y cuanto antes lo sepa mejor para todos.

Se cabrea y me deja solo y, por fin, a partir de ese instante juega a fingir que no existo.

Alcanzo al grupo cuando llegan a la cabina para comprar las entradas para la montaña rusa.

*Waiting for love*, de Avicii empieza a sonar. Todos nos ponemos en la cola, aunque tan solo Travis y yo nos damos cuenta de que Mandy se aleja y se sienta en un banco próximo a la atracción. Nos miramos y sin mediar palabra, vamos en su dirección.

Me digo que es solo por amistad, pero sé que no es verdad, que cuando se trata de Mandy mi interés es completo y abarca todos los matices.

—Cuqui, vamos. Tienes que montar.

Niega con la cabeza, y el gesto es tan dulce e infantil que me hace sonreír.

—Sé que te prometí que haría cosas emocionantes, pero esto es demasiado, Travis.

Frunce el ceño y él le frota la frente con los dedos para deshacer la pequeña arruga que se le ha formado.

—No hagas eso, que te pones fea.

Lo dice en broma, si bien a punto estoy de decirle que jamás podría estar fea. Ella es preciosa.

—En serio, no puedo.

Travis asiente con aceptación.

—Me quedo contigo.

Las palabras salen de mi boca sin siquiera pensarlas, porque no puedo actuar de otra forma. Si Mandy no quiere subir, no se quedará sola, y yo prefiero perderme el viaje antes de desperdiciar la oportunidad de estar con ella.

—No es necesario, Joel. De veras, id y pasadlo bien.

—Cuqui, no te quedes sola.

—Me quedo contigo —repito, seguro de que nada ni nadie me hará cambiar de opinión.

—No. Venga, no pasa nada, os veré desde aquí.

Travis se incorpora al mismo tiempo que yo y al intercambiar las miradas hacemos una especie de pacto no verbal, como si me encomendara su seguridad.

«Chaval, si supieras que me muero por ella no te haría falta asegurarte de nada», pienso.

Mandy lanza un resoplido cuando ve que su amigo se aleja y yo me quedo.

Me siento al lado de la chica enfurruñada de brazos cruzados más guapa de toda la feria.

A nuestro alrededor la gente va y viene con esa emoción que te ebulle en un lugar como este. Las luces ciegan y la música ensordece y durante un rato, sientes que estás en otro universo, uno más alocado y divertido donde hay cierta magia.

Entonces caigo en la cuenta de que eso es lo que la presencia de Mandy Brown provoca en mí.

Me fijo en la zona apartada y arbolada que da paso al lago.

—¿Damos una vuelta? —señalo el lugar.

—Puede que esté lleno de desniveles, no sé si podré caminar bien por allí —comenta en voz

baja.

Me levanto y le ofrezco mi mano. Tuerce el gesto y creo que la va a rechazar; sin embargo, espero a que la coja y rezo para que confíe tanto en mí como para adentrarse en un lugar que puede suponer cierto peligro para ella, con la total certeza de que jamás dejaría que se cayera.

Levanta el brazo con suma lentitud y coloca su mano sobre la mía. Sus dedos finos son mucho más pequeños que los míos, y su tacto es tan suave que me deleito en silencio con la caricia que me ofrece sin pretenderlo.

La ayudo a levantarse y echamos a andar hacia el lago congelado por el frío. Cuando el recinto queda en segundo plano y nos adentramos entre los árboles, vuelvo a ofrecerle mi mano en silencio. Ella la toma y la sujeta fuerte, pendiente del suelo que pisa. Yo también debería estar atento, porque no soy consciente de lo alto que estoy flotando mientras agarro la suya en respuesta.

Me digo que solo somos dos amigos que caminan, un par de personas rotas por diferentes motivos, expuestas a la vida, conscientes de que en algún momento tendremos que desnudar el alma y afrontar lo que venga.

Pero esta noche esa idea tan complicada se emborriona en mi mente porque a lo máximo que aspiro es a seguir cogido de su mano con la sencillez que lo hago.

La llevo hasta una enorme roca cercana y la ayudo a sentarse. Me coloco junto a ella y no hablamos durante un rato.

Es tan maravilloso poder estar así, sin decir ni una palabra y no sentirnos cohibidos...

El viento suave le mueve el pelo, aún más oscuro de lo que suele ser, y el olor a su champú de melocotón me eriza la piel. Quiero romper ese abismo que nos separa y que, por más que lo intentamos, somos incapaces de hacerlo.

—Si lo llevo a saber me traigo unos patines.

Es un tema banal, pero con él consigo que sonría un poco.

—¿Patinas?

—Aprendí en Nueva York. Ya sabes, mucho tiempo libre.

«Mírame, Mandy. Mírame como solías hacerlo, solo por una vez». Ese deseo golpea en mi pecho de repente.

—Una vez lo intenté. Obligada, por supuesto. Travis está empeñado en que haga cosas que me asustan. —Se ríe casi imperceptiblemente y me mira de soslayo—. La verdad es que tiene razón; soy muy miedica.

—Yo creo que eres una de las personas más valientes que he conocido nunca.

Ladea la cabeza y levanta las cejas.

—Mi existencia no es más trascendental que la tuya, Joel. Esto —señala su pierna envuelta en el aparato— no me hace más especial. Me hace humana.

Siento que acabo de cagarla de nuevo, porque no pretendía que pensara que me compadecía de ella de algún modo. Puede que suene extraño; pero, para mí, el aparato es un detalle en el cual no pienso ni para bien ni para mal. Es solo Mandy.

Vuelve a cruzarse de brazos y guardamos silencio durante varios minutos en los que me maldigo por ser tan idiota. Estoy a punto de pedirle disculpas cuando habla.

—¿Qué hacemos aquí, Joel?

La pregunta me deja descolocado.

—Quiero decir, ¿por qué no estás en la montaña rusa o con Sussy?

—¿Te molesta que me haya quedado contigo?

—No. No es eso.

Suspira y se gira en mi dirección.

—Es solo que...

La imito.

—Que, ¿qué?

—Está claro que a Sussy le gustas, deberías estar con ella. Incluso con la camarera del escote de infarto.

—No me había fijado.

—¿En lo de Sussy o en el escote?

Sonrío.

—Ambas cosas.

Se ríe y niega con la cabeza.

—Seguro que no.

Hace un guiño que me parece tremendamente sexy y me saca la lengua.

—Si lo que quieres saber es si alguna de ellas me interesa, la respuesta es no.

Nuestras miradas colapsan, y ahí está esa sensación. Es como el Big Bang, una explosión o un meteorito. Es todo eso a la vez. Y se siente bien en el interior.

Me acerco a ella y le acaricio el pelo. Se tensa, pero no se aparta. Le coloco un mechón tras la oreja sin romper la conexión visual.

La idea de llevarla al rancho y demostrarle quién es la que de verdad me gusta cada vez me parece más razonable y buena. Por alguna extraña razón sé que con ella en la cama sería todo sencillo y natural, como este gesto.

Freno las ansias de besarla. Siempre he tenido que contenerme, aunque esta noche me está costando horrores, pues las ganas de ella que he reprimido tantos años me queman.

Me sonrío con un brillo en la mirada que me deja embelesado.

Y es que siempre lo he sabido. Siempre he estado enamorado de Mandy.

Quiero decírselo, confesar de una vez por todas, pero no lo hago. Es más, me aparto un poco y me meto las manos en los bolsillos, como si eso frenara la tentación de tocarla.

Somos amigos, como ella me dijo. Así debe ser.

—A ti se te veía muy interesada en el señorito ojos marrones.

Da un respingo y se pone colorada. Reprimo las ganas de reír.

—No sé de qué me hablas.

—Claro que lo sabes —ahora soy yo el que le hace un guiño y le saca la lengua—, el camarero de antes, listilla.

Finge desinterés.

—Le has puesto ojitos, pequeñaja.

Me da un golpe suave y juguetón en el brazo y suelta una carcajada.

—¡No es verdad!

De repente, se pone seria y baja la cabeza.

—Además, dudo que se fijara en mí en ese sentido. Solo ha sido simpático.

—¿Y por qué no iba a fijarse en ti? —Señalo la pierna del aparato—. ¿Por eso? ¡Qué tontería!

—Te aseguro que no lo es; ya tengo experiencia.

Pensar que ha habido otros chicos me pellizca en el estómago; pero, a decir verdad, lo raro es que no los hubiera habido, porque ella es preciosa e increíble.

—No creas que todos somos igual de imbéciles, Mandy. Te aseguro que habrá quien no te defina solo por eso.

—Aún no se ha dado el caso.

Mira al frente, mientras que yo la miro a ella.

—Quizá sí, y no te has dado cuenta —añado en voz baja.

Niega con la cabeza.

—Hubo un chico, aunque duró poco. Y ni siquiera se comprometió lo suficiente.

Quiero decirle que, quien quiera que fuera ese tío, no la merecía; pero si sigo así acabaré diciendo cosas que no debo, así que lo dejo estar.

Dejamos que durante unos minutos el sonido lejano de la música calme los sentimientos que han aflorado sin darme cuenta. Lejos de sosegarlos, los inflama, como una llama que prende y se multiplica.

Me digo que confesarle que la quiero podría ser la solución a todos mis miedos. Siempre pensé que abrirme al amor era un imposible, y me daba vértigo llegar a algo serio con alguna chica; sin embargo, con ella sería capaz de traspasar esos miedos y ponerlos en jaque.

Apoyo la mano sobre la piedra y toco la suya por accidente. Ambos las apartamos al mismo tiempo.

Tan cerca y a la vez tan lejos.

—¿Alguna vez te has enamorado?

La pregunta le sale estrangulada.

¿Cómo contestar a eso sin exponerme?

—Es complicado.

—El amor siempre lo es —dice con cierta tristeza.

La miro con dulzura.

«No, Mandy. Tú no lo entiendes», digo en mi cabeza.

—¿Tú te has enamorado alguna vez?

Espero su respuesta en vilo.

Se muerde el labio y mi mirada repara en el gesto. Quisiera ser yo el que le mordiera, sentir su boca pegada a la mía.

«Me da igual, Mandy. Si has amado o no, olvídalos. Ámame a mí ahora».

—Sí, me he enamorado.

—¿Y qué pasó?

Me mira de reojo y sonrío.

—Es complicado.

Me río.

—Eres muy tramposa, pequeñaja.

Boquea y finge que esta enfadada.

—¿Qué morro tienes! ¡Si tú has usado la misma respuesta!

—Pero tú no puedes usarla.

Me pellizca en el costado y yo contraataco. Me pega otro pellizco, esta vez en la mejilla, pero soy más rápido que ella y la impulso hacia mí y la subo en mi regazo. Empiezo a hacerle cosquillas mientras intenta zafarse y se ríe a carcajadas.

De repente, nuestras narices chocan y trago saliva ante la pregunta de qué pasaría si la besara en este mismo instante.

Dios, me he dicho cientos de veces que no es buena idea, pero cada paso que doy me lleva al mismo punto y estoy harto de reprimirme.

Abre un poco la boca cuando ve que la agarro con cuidado de la nuca. El gesto solo hace que me resulte aún más imposible parar. La empujo en mi dirección, y cuando veo que no se queja ni me frena, me doy cuenta de que esto lo desea tanto como yo, de lo contrario no estaría temblando ni se dejaría llevar con tanta facilidad.

Y lo sé, si nos besamos habrá un antes y un después.

«No es un error. Hazlo», me digo.

Me aproximo un poco más y su aliento y el mío son uno. Rozo sus labios en un suave gesto y noto la electricidad en mi cuerpo.

—¡Mandy!

La voz de Travis a lo lejos nos tensa.

—¡Joel! —canturrea Salma.

Mandy despierta del letargo en el que estaba y yo con ella.

Me mira durante lo que me parece una eternidad, hasta que hace el amago de sentarse en la piedra y la ayudo.

—¿Qué hacéis aquí? Os estábamos buscando —pregunta Carol con un tono ocurrente.

Mandy se incorpora y echa a andar en dirección al grupo. La sigo con las ganas burbujeando en mi interior y, por qué no decirlo, en mis pantalones.

Nos mezclamos con los demás mientras nos cuentan su viaje en la montaña rusa.

—Hemos pensado en subir a la noria —nos dice Nick.

Imagino que Mandy no querrá subir, así que veo mi oportunidad de volver a quedarnos a solas; sin embargo, no se niega.

Maldigo interiormente.

Llego hasta donde está ella y la sujeto de la mano para que deje de andar.

—¿Vas a subir? Creía que te daban miedo las alturas.

—No soy ninguna blandengue —dice con diversión.

—No tienes que demostrarle nada a nadie. Ni siquiera a mí.

—A ver si el que tiene miedo eres tú.

Suelto un bufido.

—¿Yo? ¡Venga ya!

—Pues súbete.

Me muerdo el labio y le echo un ojo a la noria. Es lo suficientemente alta como para acojonarme, pero estoy dispuesto a todo.

—Solo si subimos juntos.

Pone los brazos en jarras, sopesando mi oferta.

—Hecho.

Asiento como sellando el pacto e, inmediatamente, la cojo y me la echo al hombro. Ella grita y se ríe mientras me pide que la baje, pero no le doy cuartel.

Leo me sonrío y me pasa dos entradas.

«Ay, Leo, si tú supieras...».

Subo a Mandy al vagón y la dejo con cuidado sobre el asiento. Después me coloco a su lado y bajo la barrera de seguridad.

*She looks so perfect* de 5 Seconds of Summer empieza a sonar y, aunque a mí no me gusta nada ese grupo creado para quinceañeras, me doy cuenta de lo ideal que es esta canción para definir lo que palpita en mi pecho ahora mismo.

Empezamos a subir y los vagones se van completando. Echo un vistazo y la veo agarrada con fuerza a la barrera. Tiene los nudillos tan blancos que dudo que le corra sangre por ahí.

—Tranquila —susurro.

Da un respingo y me mira.

Tiene la cara un poco blanquecina y la respiración acelerada.

—¿Estás asustada?

Niega con la cabeza.

—Mentirosa.

Me pego a ella todo lo que puedo. Paso el brazo por sus hombros y apoyo la otra mano que tengo libre sobre las suyas.

—Relájate —le digo al oído. —Cierra los ojos y respira.

—Es fácil decirlo cuando no temes caerte.

Sonrío contra su pelo.

—Hazme caso; cierra los ojos y respira.

Lo hace y lo repite varias veces hasta que le pido que los abra.

—¡Oh, Dios! —exclama, muerta de miedo.

—No te va a pasar nada. Te lo prometo. —Señalo el lago—. Mira, hace un momento estábamos ahí.

Se asoma y noto cómo se relaja poco a poco.

—Son preciosas las vistas desde aquí —murmura con una felicidad sincera.

—Sí que lo son —digo sin dejar de mirarla.

Levanta la cabeza en mi dirección y parece ser consciente de que está casi encima de mí. Se disculpa e intenta separarse, pero la retengo pese a que sé que no debería volver a jugar a ese juego.

Ella, lejos de resistirse, apoya la cabeza en mi hombro.

Respiramos a la par y nos dejamos llevar por la inercia del giro de la noria que sube y baja, una y otra vez, como una metáfora perfecta de lo que pasa entre nosotros; a veces tocando el suelo, otras, el cielo. Pero siempre unidos.

## Capítulo 22

### MANDY

Releo el mensaje de Frances una y otra vez. Ni siquiera llevo a vestirme o secarme, pues aún sigo con la toalla liada alrededor del cuerpo mientras varias gotitas caen sobre la pantalla del móvil.

Esta mañana he pensado en la mejor forma de comportarme con Joel sin que me vea ansiosa; pero lejos de afrontar que casi nos besamos anoche, he preferido escapar de él, solo por miedo a que todo haya sido una exageración mía y haga el ridículo del siglo.

Y ahora me falta esto para que el último día en el rancho esté empañado de agobio.

«Frances: Mi colega de Nueva York viene mañana. Trae ese bloc a la galería. Tendrá cosas que proponerte. Tus dibujos le han encantado. 11:30»

Vuelvo a leer eso de que tendrá cosas que proponerme y una emoción difícil de evitar se instala en mi estómago, pero también estoy asustada. Armand Bitchon, el amigo de Frances, puede estar interesado por mi trabajo, y aunque eso es genial, sé que no debo hacerme ilusiones. Viajar a Nueva York no es una opción para mí, mi familia no me acompañará; mis padres no pueden dejar sus trabajos, y mucho menos Leo. Hacerlo sola no será una opción.

Empiezo a escribir un mensaje a Frances. Sé que debería esperar a tener esa reunión mañana, pero necesito poner los pies en la tierra y, sobre todo, saber qué va a proponerme. Antes de que incluso llegue a enviarlo, la puerta del baño se abre de golpe.

Doy un brinco por el susto, lo que hace que el móvil se me escape de las manos y la toalla se me deslice un poco. Voy a gritar mil maldiciones a quien sea que haya abierto sin llamar cuando veo que Joel me mira con los ojos muy abiertos. Está tan tenso que una tabla de madera y él, pueden pasar por gemelos.

—¿Qué estás...?

—Lo siento, perdona.

Hablamos al mismo tiempo y nos quedamos congelados como si no supiéramos qué hacer, hasta que Joel aparta la mirada y se pone colorado.

—Súbete la toalla.

Agacho la cabeza y veo que mis pechos están prácticamente al aire.

—¡Oh, Dios mío! —exclamo.

Me giro, aunque él lo ha hecho también y está de espaldas a mí. Me recoloco la toalla muerta de vergüenza.

—Pensaba que tenías baño propio.

—Sí, pero tiene bañera y no puedo poner el taburete para poder ducharme sola...

Me doy la vuelta de nuevo y le doy permiso para que él lo haga. Lo hace con lentitud, asegurándose de que no hay nada que ver.

—¡Madre mía! Mi móvil...

Joel lo coge del suelo y me lo da. La pantalla se ha quebrado y no funciona. No sé si el mensaje que he escrito a Frances se habrá enviado o no; pero hasta que no logre repararlo, no lo sabré. Y no sé si podré aguantar hasta mañana sin que me cuente lo que le ha dicho su colega de Nueva York sobre mis dibujos.

—Maldita sea.

Por más que intento abrir la aplicación de mensajes no lo logro. La pantalla está inservible.

—Perdóname, Mandy. Si llego a saber que estabas yo...

—No pasa nada.

Inspiro y espiro poco a poco.

No importa. Mañana iré a la galería y me enteraré de todo, solo tengo que estar preparada para rechazar la oportunidad más increíble que me harán en toda mi vida.

Me miro al espejo. No me he dado cuenta, pero estoy al borde del llanto.

—Mandy, de verdad, no era mi intención. Te compraré otro.

Niego con la cabeza y me tapo la boca cuando se me escapa un sollozo.

No sé bien si lloro por la emoción de que alguien tan importante como Armand Bitchon esté interesado en mi trabajo o porque tengo la absoluta certeza de que tendré que decir que no por mi situación.

En este momento detesto ser quien soy. Nunca he sido una persona que se bañe en la autocompasión, si bien he de decir que esto me supera. Mi corazón grita por perseguir mis sueños mientras mi cabeza le pide que vaya con cautela y explore caminos más fáciles de transitar; aunque eso suponga olvidarme de lo que en realidad quiero.

Joel frunce el ceño e intenta descifrar qué me pasa. Cierra poco a poco la puerta y se acerca a mí. En el momento en que sus manos me rozan los hombros me doy la vuelta y lo abrazo.

Sé que no entiende lo que ocurre y, sin embargo, me acaricia el pelo húmedo y apoya su mejilla en mi cabeza. Entretanto, yo sigo llorando como una niña perdida.

—¿Qué pasa? No creo que estés así por el móvil.

Sorbo por la nariz y niego con la cabeza antes de sentarme sobre el váter.

—Es que...

Cuando éramos niños y algo me preocupaba lo más natural del mundo para mí era contárselo. Él era mi mayor apoyo. Ahora, cuando sus ojos azules se clavan en los míos, siento que las cosas siguen siendo iguales, por eso, se lo cuento todo.

Le hablo de mis dibujos sin dar muchos detalles; le digo que Frances se los ha mostrado a su colega de Nueva York y lo mucho que les ha gustado, le confieso mi emoción, pero también mi miedo.

Me escucha hasta que dejo de lanzar pucheros ininteligibles.

—No voy a poder ir, Joel. Es mi mayor sueño, y voy a tener que negarme.

Se aparta el pelo de la cara y se acuclilla frente a mí.

—¿Y si pudieras decir que sí?

Me limpia las lágrimas con cariño mientras espera que responda.

—Ya te lo he dicho; mi familia trabaja, no puede venir conmigo. Aunque pudiera, no sé qué planes tiene Frances con respecto a...

—Tu familia no puede, pero yo vivo en Nueva York.

Trago saliva con fuerza mientras una nueva posibilidad se instala en mi cabeza.

—Pero tú tienes tus cosas, tu trabajo.

—¿Y qué? Todo es organizarse. La cuestión es que, si tienes que irte, yo estaré allí para apoyarte. Vosotros me habéis abierto la puerta de vuestra casa, incluso después de todo este tiempo. Siempre lo hicisteis. La mejor manera de devolveros el favor es haciendo esto.

No había pensado en la posibilidad de marcharme con Joel si el plan de Frances y Armand es que vaya a Nueva York. De hecho, no lo creía posible y, sinceramente, no era lo que buscaba al contárselo.

—¿Harías eso por mí?

Sonríe y noto un escalofrío que me sube de pies a cabeza, y eso que el vapor del baño sigue empañando los azulejos con el calor.

—Claro que sí. Haría cualquier cosa por ti.

Mi corazón se hincha como un globo y no puedo evitarlo, estoy tan contenta que le abrazo de golpe y, sin siquiera ser consciente de lo que hago, le beso con un choque de labios que se me antoja tierno y atropellado. Para cuando caigo en la cuenta de que me he lanzado al vacío sin paracaídas es demasiado tarde.

Joel traga saliva mientras su respiración se agita al compás de la mía.

Como soy una cobarde y no tengo el valor de afrontar de una vez por todas lo mucho que lo quiero, no tardo en disculparme.

—Ha sido un acto reflejo, yo...

Pone su dedo índice sobre mis labios y, como si estuviera sufriendo por algo, cierra los ojos con fuerza. Después, tras un segundo en el que no sé qué va a pasar, apoya su frente en la mía y sonríe.

—Mandy...

Pronuncia mi nombre con una necesidad que mi cuerpo no atiende a razones: embuto los dedos entre los mechones de su pelo y lo acerco a mí. Me abraza y lo acojo entre mis piernas cuando va hacia mi boca. Esta vez, me besa de verdad, con un beso de esos que te roban el aliento, que te vuelven loca y te quitan la capacidad de pensar. Sus manos ya no están sobre la toalla, están por dentro, viajando por mi piel, calentándome el alma.

Somos dos barcos a la deriva, ninguno es capaz de encauzar la travesía del otro, pero mientras nos movemos en este mar embravecido todo parece correcto. Su lengua y la mía se tocan, se exploran. Creo que voy a perder la poca cordura cuando me agarra de las caderas y me empuja al filo del váter.

Durante una milésima de segundo me mira como pidiendo permiso para que su mano, que está sobre mi muslo, suba hasta un punto escondido bajo la toalla. Me mojo los labios y asiento levemente. Sin apartar su mirada azul de la mía, sus dedos viajan por mi piel.

Justo cuando va a tocarme... Oímos a Leo al otro lado de la puerta.

—¿Mandy?

Da un par de golpecitos en la puerta y, automáticamente, cierro las piernas y Joel corre para esconderse.

—¿Sí?

Mi voz suena entrecortada, lo sé, pero es que ahora mismo soy incapaz de hacer otra cosa que no sea respirar y recobrar el aliento.

—¿Estás bien? ¿Necesitas ayuda?

—No, no. Salgo en seguida.

—Vale. Si me necesitas, llámame.

Trago saliva y me tapo bien con la toalla.

—Sí, no te preocupes.

Espero unos segundos para ir hasta la puerta.

¿Deberíamos hablar sobre lo que acaba de pasar? Quizá sí, pero no parece el mejor momento.

—Salgo yo primero y te aviso si no hay nadie —le digo entre susurros.

Joel asiente. Tiene la cabeza apoyada sobre los azulejos del baño. Me mira con un brillo intenso que me atrae hacia él. No me muevo, aunque ladeo la cabeza en dirección a su mano que acaricia mi mejilla.

—Sal, anda.

Asiento y le sonrío en respuesta antes de abrir la puerta.

No hay moros en la costa, así que, le hago una señal para que salga cuando llego a la puerta de mi habitación.

Me muero porque entre conmigo y sigamos donde lo hemos dejado. Lo quiero tanto que estoy dispuesta a entregarle mi alma entera. Y quiero que él lo sepa, no con palabras, sino con hechos. Con amor. Con caricias.

No tengo tanta experiencia en el sexo como otras chicas, pero sé cuándo me miran con deseo, y Joel lo hace con una desesperación que me deja claro que entre nosotros algo ha cambiado.

## Capítulo 23

### JOEL

No puedo creer que haya estado a punto de dejarme llevar de esa forma con Mandy. Y en un cuarto de baño. ¿Qué es lo que me pasa? No es una chica cualquiera; es especial, siempre lo ha sido. No esperaba que nuestro primer beso fuera así ni en un lugar tan poco... romántico. Sí, puede que haya idealizado ese momento en mi cabeza y lo haya imaginado tantas veces que no puedo evitar sentir cierta decepción. No por el beso, sino por lo que debe estar pensando de mí. Debería ir tras ella a su habitación para dejarle claro que lo que ha estado a punto de pasar no era fruto de un calentón sin más, sino de algo más profundo, pero he preferido huir al porche, donde están Nick, Cam y Leo para no cagarla más.

Cam está repantigado en el sofá de mimbre bebiendo una cerveza. Levanto una ceja, pues no son ni las doce de la mañana.

—¿Quieres una? Se te ve... acalorado.

Doy un respingo ante su comentario.

—¿Nos habrá visto salir del baño?

—Es muy temprano para mí.

—Ya... —contesta por lo bajini, con una sonrisa socarrona que me deja claro que sí, algo sabe.

No es que importe que se sepa, pero me gustaría que el tío de los músculos superdesarrollados y pelo largo no se enterara. Al menos, de momento. No sé a dónde nos lleva ese beso y tampoco mi proposición de que viaje conmigo a Nueva York, aunque sea cual sea el resultado, primero tengo que hablarlo con ella. Después me prepararé para los puñetazos de Leo por *mancillar* a su hermana pequeña a la que siempre protege en exceso.

—¿De qué hablabais? —intento evitar a toda costa que la atención se centre en mí.

—Leo se ha acostado con Brittany —cuenta Nick conteniendo la risa.

Leo suelta un bufido.

—¿Qué queréis que os diga? Ella quería y yo...

—Y tú no desaprovechas una puerta abierta, aunque esta te lleve al infierno —interrumpe Cam completando la frase por él. Se echa a reír—. Me encanta cuando me salen metáforas.

—Te estás metiendo en un jardín.

Cam suelta una carcajada.

—¡Muy buena, Nick!

—Hay que ver qué graciosos estáis.

Escondo una sonrisa y me apoyo en la baranda que bordea el porche.

Esta noche no ha nevado mucho, así que el camino está transitable. Las copas de los árboles están repletas de nieve, así como los prados que, en primavera, se verán verdes y frondosos. El frío es soportable y, antes de darme cuenta, me sorprende a mí mismo queriendo quedarme más tiempo en el rancho. Cosa imposible, pues mañana casi todos trabajan. Incluso yo, pero estoy a la espera de que el *sheriff* me llame con noticias nuevas.

He estado esperando a que me dé luz verde y poder volver a Nueva York; no obstante, creo que tendré que esperar un poco más. Supongo que la idea de quedarme no me pesa tanto como antes, aunque sigue siendo complicado para mí.

Esa es otra cuestión que he de hablar con Mandy antes de que esto se me vaya de las manos. No quiero perderla en ningún sentido. Después de lo que ha ocurrido y de lo que casi pasa anoche será difícil no descarrilar.

Me reprendo por ser tan débil y no haber parado cuando he debido; pero, joder, es que es imposible hacerlo cuando lo único que deseas es seguir adelante.

—Solo ha sido un lío de una noche —el comentario de Leo me trae de vuelta a la conversación.

—Ten cuidado, león. Ya sabes lo controladora que es. Lo pasaste muy mal en su momento y te costó salir de esa relación.

Leo me mira.

—Lo recuerdo, sí. Esta vez no la cagaré tanto.

—Creo que ya la has cagado acostándote con ella —afirma Nick.

—No. Sabe que lo que no puede ser, no puede ser, y ya está.

—Las mujeres no funcionan así, chaval.

Cam se rasca la cabeza y da otro sorbo a la cerveza antes de seguir hablando:

—Para ellas las cosas no son blancas o negras; a veces son grises, y son tantas las tonalidades que existen de ese puto color que puedes volverte loco.

Leo suelta un gruñido.

—Necesito hacer ejercicio. Me largo a correr. ¿Quién se viene?

—Yo no, tengo que limpiar las caballerizas —comenta Cam, antes de abrocharse el abrigo y marcharse.

—Yo tampoco.

—¿Y tú, hermano?

El estómago me da una sacudida al escucharlo decir eso. Para él siempre fui y seré eso, un hermano. Tengo claro que él también lo es para mí y esa certeza me hace tragar el nudo de la garganta.

—Nah, me quedo.

—Cuando volvamos a Telluride te voy a poner en forma. —Entra en la casa y sigue hablando a voces—: ¡Estás hecho una piltrafa!

Me río ante su ocurrencia. Leo es así, despreocupado y vital. Nada en él ha cambiado.

Me siento en la barandilla mientras Nick se acomoda en el sofá de mimbre. Desde mi último ataque de pánico del que él mismo me rescató no hemos vuelto a hablar. Quisiera saber si conoce la razón de ese ataque o de por qué me marché y no volví. ¿Le habrá contado algo Jack? Por cómo me miró el otro día juraría que sabe más de lo que me gustaría.

—¿Estás mejor?

—Define mejor.

Tuerce el gesto, pensando, y se frota las manos antes de volver a hablar.

—Más tranquilo.

—Se puede decir que sí.

Asiente, satisfecho con mi respuesta.

No sé cómo preguntarle lo que en realidad quiero saber, sobre todo, porque no me atrevo a sacar el tema y exponerme más de la cuenta. Cabe la posibilidad de que tenga la información justa y que mi pasado sea una incógnita para él.

Al final, es él mismo quien me despeja la duda.

—Quiero que sepas que está controlado, Joel. Ese tío no va a acercarse a ti.

Lo miro de soslayo, tan tenso que no puedo ni articular palabra.

—Mi padre lo tiene todo preparado por si se le ocurre volver.

Me aparto el pelo de la cara con nerviosismo.

—¿Qué es lo que...?

—¿Qué es lo que sé? —repite al ver que no puedo terminar la pregunta. Se echa hacia adelante y apoya los codos en las rodillas—. Lo suficiente para entenderte.

Cojo aire a trompicones. En parte porque la vergüenza me carcome pese a tener claro que no fue culpa mía; y, por otra, porque en cierto sentido me alivia que alguien más lo sepa, algo que me sorprende. Siempre pensé que sería demasiado intenso para mí que alguno de mis amigos conociese esa parte de mí; sin embargo, es como si la tormenta interior que me persigue me diera tregua.

—¿Has pensado qué vas a hacer?

—¿A qué te refieres?

—A Mandy.

Doy un respingo. Mierda.

—Cam me ha dicho que os vio anoche juntos en actitud cariñosa. Y el otro día sé que fuiste a verla a los establos. No es un secreto para ninguno que vosotros dos arrastráis algo desde siempre.

—¿Leo también lo sabe?

Nick suelta una carcajada y niega con la cabeza.

—¡Ese nunca se entera de nada!

Sonrío, pues sé que tiene razón. Leo es el típico que acaba enterándose el último de todo porque no presta la suficiente atención. Doy gracias al cielo por eso.

—Nos hemos besado.

Lo confieso en voz baja y él no parece sorprendido.

—He intentado que no ocurriese, pero hay algo más fuerte que yo que me empuja hacia ella. El pasado que nos une es demasiado importante como para eludirlo.

Nick sopesa mis palabras antes de decir en voz alta lo que no dejo de repetir en mi mente desde que volví a Telluride.

—Te entiendo, pero deberías ir con cuidado. Es Mandy, no una chica cualquiera. Si tienes pensado volver a Nueva York te aconsejo que des un paso atrás.

Oírlo en boca de otra persona, lejos de aclarar las cosas, las enreda aún más, porque mi mente y mi corazón llevan caminos distintos: porque me pesa más el querer que el deber.

—Nada me gustaría más que veros felices juntos, en serio. Pero dadas las circunstancias, creo que es lo mejor. Puede que me esté metiendo donde no me llaman...

La sonrisa que le dedico no me llega a la cara, lo sé, es forzada y repleta de congoja, pues tiene toda la razón. Me marcharé más pronto que tarde y, aunque le he dicho a Mandy que puede viajar conmigo si lo necesita, sé que es un error que puede costarnos caro.

No puedo perderla. Tampoco a Leo. Los quiero demasiado como para hacerles ese daño.

—Gracias, Nick. De verdad. Por todo.

No solo me refiero a su consejo, tan acertado; también a su discreción. Sé que no ha contado nada de mi pasado a nadie, y eso es algo que me tranquiliza. Con él mi secreto está a salvo hasta que tenga el valor de sacarlo a la luz. Si es que eso ocurre algún día.

Embuto las manos en los bolsillos y doy un par de pasos, intranquilo. Me digo que, a partir de este instante, he de dar pisadas seguras en un suelo que, solo por mi culpa, siento movedizo e inestable.

Y he de recomponer las cosas con ella. Volver al punto de partida, por mucho que me duela.

## Capítulo 24

### MANDY

Tengo una sonrisa tonta perenne en la cara desde esta mañana. Joel y yo no hemos vuelto a estar a solas, pero la certeza de que esta noche volvemos a Telluride y podremos estarlo me provoca burbujitas efervescentes en la tripa. Por fin ha ocurrido, nos hemos besado. Pensaba que nunca pasaría, que todo era parte de mi imaginación, aunque lo que ocurrió esta mañana no es una casualidad o algo fortuito. Sé que él también siente algo por mí y esa seguridad me hace volar.

Recojo la poca ropa que eché en el macuto y guardo con mimo y sumo cuidado mi bloc de dibujo en el fondo.

Mi móvil sigue inoperativo. Espero que Frances no haya intentado ponerse en contacto conmigo. Mañana, en cuanto salga de la reunión, buscaré alguna tienda donde puedan solucionarme este estropicio con la pantalla.

Mientras termino de recoger y arreglarme, Travis entra en la habitación y se echa sobre la cama.

—¡Oh, Dios! No quiero irme.

Le sonrío y le tiro una camiseta.

—Qué vago eres.

Se pone de lado y apoya la cabeza en su mano, muy interesado en mí.

—¿Y a ti qué te pasa? No dejas de sonreír como una boba.

Me encojo de hombros y lo ignoro, pero Travis no se da por vencido. Además, para él soy un libro abierto.

—¿Qué me tienes que contar?

Levanta una ceja. Esa es la señal inequívoca de que no va a parar hasta que le cuente todo.

Entorno la puerta y me siento en el borde de la cama.

—Joel y yo nos hemos besado —le digo, susurrando.

Inmediatamente, se incorpora.

—¿Qué? ¿Cuándo? ¿Cómo? ¿Y no me lo ibas a contar, o qué?

Me río por la emoción que derrocha en cada pregunta.

—Sí, pero quería hablarlo con él para ver qué piensa al respecto.

—¿Qué va a pensar? Está loco por ti desde siempre, cuqui.

Doy un bote por su afirmación tan tajante y me levanto de la cama, totalmente perdida. «Desde siempre», es mucho tiempo como para no haberme dado cuenta.

—Creía que lo sabías.

Abro la boca, pero no digo nada, pues Carol irrumpe en la habitación.

—No quiero irme... —lloriquea.

Al echarse junto a Travis su gesto cambia. Sabe que pasa algo y no tarda en exteriorizarlo.

—¿Qué os pasa?

Antes de que pueda contestar con un *nada*, Travis me echa al fuego.

—Mandy y Joel se han besado.

Carol imita sin querer a Travis al levantarse de la cama y mirarme como si me hubiera salido un par de cuernos.

—¡Oh Dios mío! ¡Oh Dios mío! —aplaude como una loca—. Sabía que esto pasaría, ¿te lo dije o no? —se gira hacia Travis y, después, vuelve su atención a mí—. Cuéntanoslo todo. ¿Cómo ha sido? ¿Os habéis acostado? Sí, nena, tienes cara de sexo.

—¿¡Qué!? ¡No! Es decir... casi pasa... algo, pero Leo nos ha interrumpido.

Carol lanza un resoplido.

—Dios, ese grandullón siempre en medio.

—Mi hermano no sabía que estaba en el baño con Joel.

—¿Qué hacías en el baño con Joel?

La pregunta llega desde la puerta. Salma entra y la cierra. Madre mía, ¿alguien más?

—Mandy y Joel se han besado —exclaman Carol y Travis al unísono.

Salma suelta un gritito de alegría y empieza a hacer preguntas con el mismo entusiasmo de los demás. Los tres hablan y no entiendo nada, son como niños en el patio del colegio.

Quiero saber a qué se debe esta histeria, siento que me he perdido algo que ellos ya sabían.

—¿Alguien puede explicarme todo esto?

Se hace un silencio y los tres me miran como si hubiera un jarrón en el suelo y estuviera buscando al culpable.

—Bueno, está claro, ¿no? —Carol abre los brazos en plan es *evidente*. Pero no, para mí no lo es.

—Ella no lo sabe.

—Venga ya, Travis, por supuesto que sí.

Salma me observa detenidamente. Después, se acerca y me coge de las manos.

—Dios mío, no tienes ni idea —susurra.

—¿Idea de qué? Me estáis asustando.

Salma se encoge de hombros y me sonrío con dulzura.

—Mandy, Joel lleva enamorado de ti desde que erais niños. Siempre hemos pensado que acabaríais juntos, por eso estamos tan contentos.

Doy un paso hacia atrás mientras los engranajes de mi cabeza trabajan sin descanso para encajarlo todo.

Joel siempre fue muy atento y cariñoso conmigo, y durante nuestra adolescencia tuvo tantas chicas alrededor que estaba segura de que me veía como a una amiga y nada más. Nunca hizo o dijo nada; para ser justos, yo tampoco lo hice, y aquí estoy, enamorada de él hasta las trancas.

Trago saliva y me siento sobre la cama, estupefacta. Lo tuve tan cerca que ahora me siento como una idiota por no haberlo visto, por no haber sido valiente.

Tantos años perdidos...

Travis se sienta a mi lado y me abraza.

—Esto es bueno, Mandy. Ahora sabes que él te quiere tanto como tú a él, ya puedes decírselo sin miedo.

—Exacto. Ya no tendrá que marcharse a Nueva York. Podréis volver al punto en el que os quedasteis.

Levanto la cabeza hacia Carol cuando esa idea se cuele en mi mente.

¡Dios mío, Nueva York! Por un momento me he olvidado de Frances y de la posibilidad de irme con Joel. De repente, lo que me parecía genial se convierte en un cielo lleno de nubes e incertidumbre.

¿Me ha dicho eso porque quiere estar conmigo o solo como un favor? Y, si me marchase, ¿volvería a Telluride una vez termine la exposición y tenga que volver yo?

Son demasiadas cuestiones como para dar por hecho las cosas. Ni siquiera hemos hablado de si

lo que ha pasado en el baño cambia en algo la situación. ¿Y si para él todo sigue igual?

Dios, tengo que buscarlo. No puedo esperar a esta noche.

Me levanto y salgo como una bala de la habitación. Travis, Carol y Salma me dicen algo, no los escucho, mi atención está puesta en encontrar a Joel cuanto antes, llevarlo a algún lugar apartado y... decírselo todo. Sí, todo, porque ya no me vale dejar pasar el tiempo.

Conforme me acerco al salón escucho los acordes del piano. Mi corazón se ralentiza cuando, de perfil, lo veo sentado con sus manos viajando por las teclas. Cam, Nick y Leo lo escuchan atentos. Y no están solos. Brittany y Sussy también les hacen compañía.

Que Sussy esté aquí me provoca cierto rechazo, pero no dejo que eso me impida disfrutar de lo que tengo delante.

De un momento a otro, los acordes toman forma, y lo que sonaba sin sentido ahora es el comienzo de una canción. Y no una cualquiera. Joel está tocando *Love of my life*, de Queen. Que haya elegido esa entre todas las que existen en el mundo hace que mi pecho se hinche tanto que dudo que pueda seguir respirando.

Empieza cantando bajito, tanto, que tengo que afinar mucho el oído para captar su voz. Después va subiendo el volumen. Creo que mis piernas no van a soportar mucho tiempo mi cuerpo, así que, solo por si acaso, me sujeto a la pared.

La canta entera y en cada palabra se nota cuánto significa para él esa canción y cómo, en cada toque a las teclas, va dejando su alma. Y, no creo que pueda tener sentido, siento celos de ese piano.

Cuando termina se hace un silencio. No me he dado cuenta de que Travis, Salma y Carol están tras de mí, tan impactados como todos. Tampoco soy consciente de que me he emocionado tanto que las lágrimas me mojan las mejillas.

Sonríó, turbada y orgullosa de él por su talento.

Leo empieza a aplaudir y los demás lo imitamos. Me digo que este es el mejor momento para ir hacia él y abrazarlo, aunque Sussy se me adelanta, se sienta en su regazo y, como si fuera lo más normal del mundo, lo besa. Por un momento creo que la va a apartar, pero... no. No lo hace. Solo se tensa un poco al girar la cabeza y verme tras las sombras del pasillo.

Nadie, a parte de mis amigos, es consciente de lo que está pasando entre nosotros. Las miradas, los pensamientos. Esa explosión interior llena de incomprensión y culpa. Incomprensión por mi parte, culpa por la suya.

¡Ah, Joel! Así que era eso. Todo ha sido producto de mi mente y mis amigos se equivocan.

¿Eso que suena estallando contra el suelo es mi corazón? Sí, debe serlo. Porque no lo siento en el pecho.

## Capítulo 25

### MANDY

La vuelta a Telluride ha sido una especie de tortura.

Los chicos están tan pendientes de regresar antes del anochecer, que ni siquiera Leo es consciente de que tengo los ojos hinchados y la nariz roja, señal inequívoca de que he estado llorando; pero no se lo reprocho, mi hermano tiene una habilidad innata para despistarse con una mosca y no prestar atención a nada más que a él mismo. Por otro lado, prefiero pasar desapercibida, porque no sé qué debería contarle. Está claro que exponer a Joel no es una opción. Lo que ha pasado entre nosotros debe quedar así.

Enfundada en el chaquetón me he metido en el coche con la ayuda de Travis en la parte trasera, donde puedo llamar lo menos posible la atención. Aunque hay alguien que no me ha quitado ojo en todo el rato, y ese es Joel. He tenido la tentación de pedirle que parase, pues no entiendo a qué se debe tanto interés. Está claro que yo lo he malinterpretado todo y cuanto menos hablemos del tema, mejor; sin embargo, cuando llegamos al piso intenta entablar conversación varias veces. Y todas y cada una de ellas lo dejo con la palabra en la boca.

Me siento fatal por tratarle así, pero no tengo fuerzas para mirarlo a los ojos y soportar que me diga que nuestro beso no fue importante. Al menos para él.

Llevo dos horas en mi habitación, sentada en la cama. Dejé de llorar hace tiempo, cuando entendí que debía pasar página, que esto no era más que un tormento sin sentido que me estaba imponiendo.

Y qué curioso resulta todo; una cosa es decirlo, otra, hacerlo. Ojalá pudiera chasquear los dedos y que toda esta congoja desapareciera y borrara al chico de ojos tristes de mi pensamiento para siempre.

Apago la luz y me acuesto sobre la cama. Noto que el cuerpo me pesa, como si llevase auestas kilos de hierro que me dejan sin fuerzas cada vez que me muevo.

Mientras la oscuridad se apodera de mí, cuento las estrellas que brillan, desperdigadas por todo el techo de mi cuarto. Una constelación solo para mí, como cuando era niña. Es una tontería, pero por tenerlas sentía que Joel estaba más cerca. Ahora, solo puedo perderme en ese universo para darle otro sentido; uno que sea solo mío.

Me despierto una hora después por el sonido de la puerta. La siesta me ha dejado una fuerte jaqueca que solo la calmará una pastilla para el dolor y comida.

Echo un ojo al móvil e, inmediatamente, lanzo una maldición, pues recuerdo que sigue roto.

Sin saber muy bien la hora que es o si estaré sola en casa, salgo de la habitación y voy hacia el mueble de la entrada. Busco entre cientos de papeles que Leo se niega a ordenar y, en el fondo, encuentro lo que busco.

No es un móvil de última generación, pero es suficiente para poder recibir mensajes y llamadas mientras el mío sigue en este estado. Lo enciendo, lo configuro en un minuto y empiezan a llegar llamadas perdidas y mensajes. Salvo las dos llamadas de mi madre, el resto son mensajes de mis amigos. No hay ninguno de Frances, lo que me deja más tranquila. No podría soportar más tensión.

Llamo a mi madre y finjo que todo está bien. No hay necesidad de alarmarla con el mal de amores que me ataca. Le prometo que mañana la visitaré y colgamos.

Ahora es momento de ir a por la pastilla y algo de comida. Voy directa a la cocina y doy un brinco cuando descubro a Joel tras los fogones.

Susurro un impropio porque verlo en pantalón de chándal y camiseta de manga corta hace que se me acelere el corazón, y no quiero que eso siga ocurriendo.

Justo cuando voy a dar media vuelta para meterme en mi cuarto cual conejo en su madriguera, Joel me llama.

—Espera, por favor.

Suelto el aire poco a poco y cierro los ojos. No soy capaz de negarle nada, ni siquiera el hecho de que me siga haciendo daño con el rechazo que sé que me dará.

Me giro con lentitud. Me observa como si fuera un corderito y yo un león apunto de comérselo.

—Tu hermano se ha ido. Tenía una cita o algo así.

Miro en dirección a la puerta del piso de manera instintiva, imaginando a Leo largándose sin tener idea de la guerra abierta que ha dejado tras él.

Joel señala la olla.

—Estoy haciendo pasta. No sabía si querías...

Me encojo de hombros. Sí, quiero, pero no voy a mostrarme entusiasmada. Camino hacia la despensa y cojo la pastilla. Después, lleno un vaso grande con agua y me lo bebo sin respirar, tragándome el comprimido a su paso.

Joel está tan nervioso que podría ponerse a saltar por los muebles de la cocina y no me sorprendería. Remueve la comida cientos de veces, coge la sal, la deja. Alcanza dos platos, los pone sobre la encimera y, después, los trae a la barra americana donde estoy sentada en un taburete. No deja de moverse y me está poniendo histérica.

Tras unos minutos saca la pasta, la escurre y la mezcla con una salsa especial boloñesa. Los sirve en silencio. Yo cojo los cubiertos y vuelvo a mi asiento. Él, que podría sentarse a mi lado en otro taburete, prefiere quedarse de pie frente a mí.

Comemos sin decir nada y, por alguna razón, no me importa. A él se le ve incómodo, imagino que quiere hablar. Lo intenta varias veces y, como no le doy pie a que lo haga, lo deja pasar. Hasta que ya no puede más.

—Si quieres que me vaya, lo haré.

Doy un respingo, porque de todas las cosas que podría decir, elige la menos indicada.

—Claro, porqué no. Vete, si lo deseas, Joel. Al fin y al cabo, es lo que haces siempre.

Cojo mi plato y no sé cómo no se rompe cuando lo dejo con violencia dentro del fregador.

—¿Perdona?

«Dios, Joel. Cállate. Cállate porque voy sin frenos», pienso para mis adentros.

—¿De qué te sorprendes? —le señalo la puerta—, ¡ahí mismo tienes la salida! ¡Vete! ¿Crees que voy a implorarte que te quedes?

—Esto era lo que quería evitar.

Lo murmura, pero lo escucho a la perfección. Soy como un fuego avivado por el viento.

—¡Oh, pobre niño triste! ¿Te he ofendido? ¡Pues lo siento! Pero fuiste tú el que me besó.

—¡Fuiste tú, Mandy!

—¡Pero tú me seguiste!

—¡Lo sé, joder! No debí hacerlo, aunque lo hice, y solo quiero pedirte perdón. No pretendía hacerte daño.

Sus palabras recalán, me aplastan y me convierten en nada, porque son la certeza de que tenía

razón: para él no significó nada. Fue un error. Un impulso del momento.

Y entonces, el miedo se desvanece. Ya me da lo mismo. Lo he perdido todo y tengo que recomponerme, tengo que seguir adelante. Si él no siente lo mismo no es culpa suya.

—No pasa nada, de verdad.

Dios, no, estoy llorando. ¿Por qué no puedo parar? ¡Quiero hacerlo! Pero no puedo.

—Yo sé por qué te di ese beso, Joel, y es porque te quiero tanto que me aprieta. Me pellizca aquí —me toco el pecho— y te aseguro que he intentado no quererte. He tenido siete años para dejar de hacerlo, pero me bastó un segundo para saber que nunca lo haré. ¡Y no es justo!

Sus ojos azules se llenan de lágrimas. No habla, no puede. Es normal. Creo que yo tampoco volveré a hablar nunca más.

Da un paso en mi dirección.

—Mandy...

Intenta tocarme, me aparto.

—No... —Me seco los ojos y me cruzo de brazos antes de marcharme de la cocina. Justo cuando voy a salir del todo, me giro y vuelvo a hablarle: —Será mejor que no hablemos de esto más. Buenas noches, Joel.

Ahí se queda, plantado como un árbol sin posibilidad de moverse o ir detrás de mí.

Y yo echo el vuelo, como un pajarillo cuyo nido ha abandonado y vuela alto, muy alto. Sin mirar atrás.

## Capítulo 26

### JOEL

Vale, lo admito: soy el mayor imbécil de la historia, aunque he de decir, en mi defensa, que no esperaba tal confesión. No voy a negar que soy consciente de que ese beso le ha afectado tanto como a mí; pero, ¿amor? Dios, no sabía que estaba enamorada de mí.

La noche ha sido... un puto suplicio. He tenido la tentación de ir a la habitación de Mandy tantas veces que debo parecer un idiota rondando su puerta a cada rato. Como es natural, no he llegado más lejos de mirar ese trozo de madera que me separa de ella y que deseo echar abajo; por el contrario, y después de que Leo haya vuelto de su cita con una morena despampanante, me he metido en la que es mi habitación y no he salido hasta ahora.

«Cobarde», me dice esa voz interior a la que no echo de menos. No sé cómo lo hago, pero le bajo el sonido a ese toletole de mi mente y me visto a toda prisa con intención de pillar a Mandy por banda. Lo de anoche no se ha acabado, puede que ella piense que no siento lo mismo; sin embargo, tras tantas horas dándole vueltas he decidido que no quiero seguir callando.

La fortaleza de Mandy me llena de esperanza y de miedo a partes iguales. Es verdad que invité a Sussy con la intención de que Mandy malinterpretase las cosas y fuera más fácil volver a ser solo amigos, pero ahora me doy cuenta de lo gilipollas que fui.

Por más que lo impida soy un polo atraído hacia ella.

Llego a la cocina y encuentro a Leo acaramelado, y medio desnudo, con la morena. Carraspeo para llamar su atención.

—¡Buenos días, hermano! —Me sonrío de oreja a oreja. —Esta es Betty.

—Terry —le corrige ella.

—Eso. Terry. Él es Joel.

—Encantado. —Echo un vistazo al pasillo. No parece que Mandy se haya levantado—. ¿Sigue durmiendo tu hermana?

—Se ha ido esta mañana muy temprano. Mi padre ha pasado a por ella. Creo que iba a una reunión en la galería de arte, o algo así. No me he enterado mucho.

Típico de Leo.

No pierdo tiempo, cojo mis cosas y las llaves de repuesto de la entrada. No me despido ni doy explicaciones, tan solo echo a andar con la esperanza de encontrar su lugar de trabajo cuanto antes.

Después de varias vueltas llego a la galería de arte de Francesca di Marco. Desde las enormes cristalerías diviso a Mandy. Junto a ella está la que imagino que es Francesca y un hombre repeinado con aspecto bohemio. Mandy habla y sonrío. Sus gestos dulces, casi azorados, me hacen querer ir hacia ella y abrazarla fuerte. ¿Cómo he podido hacerle daño a mi hada? ¿Cómo he sido capaz de confundirla tanto?

Cuando sale de la galería mira al cielo azul y despejado de esta mañana. Lleva varios días sin nevar, y el tiempo, aunque frío, está siendo más cálido que de costumbre.

Voy a ir hacia ella, solo tengo que cruzar la acera y estaré a su lado. Y la besaré, le diré que la quiero. Sí, joder, voy a hacerlo, pero alguien tira de mi brazo en el momento en que cojo impulso.

—Hola, precioso mío.

Sussy me encadena entre sus brazos. Intento zafarme, aunque me tiene bien sujeto.

—Sussy, me pillas en mal momento.

—Anoche te llamé.

Sé que también he jugado un poco con ella y he de disculparme; pero lejos de contestarle o pedir perdón, la ignoro. De hecho, toda mi atención está en Mandy, que ladea la cabeza en nuestra dirección justo cuando Sussy me acaricia el brazo.

Su mirada verdosa se clava como un puñal en la mía antes de dar media vuelta y echar a andar hacia el lado opuesto a donde estoy.

Entonces, me doy cuenta de que es posible estropear aún más la situación. Incluso cuando quieres evitarlo a toda costa.

## Capítulo 27

### MANDY

He paseado como una tonta por medio Telluride con la fiel intención de evitar encontrarme con Joel y Sussy de nuevo. No tenía ganas de verlos juntos y, sí, lo sé, no tengo derecho a ponerme como una loca celosa, pero no tengo fuerzas para aceptar que Joel y yo no seremos más que amigos.

Me he sentado en un banco del parque más cercano al piso donde vivo con Leo hace ya más de una hora. Lleva toda la mañana mandándome mensajes para que a las cinco esté en casa. Quiere que saquemos la decoración navideña —pues llevamos un par de semanas pensando en hacerlo y nunca tenemos tiempo— y lo último que me apetece es poner luces y bolitas brillantes en un árbol que, con toda seguridad, ya habrá comprado en la tienda de Arthur. Nunca he entendido la manía de talar árboles a mansalva para que podamos decorarlos en nuestras casas, pero supongo que es de esas cosas que, por mucho que luches, nunca cambiarán.

Como suelo hacer cuando estoy triste, me pongo a dibujar.

La reunión con Frances y el señor Bitchon ha sido más de lo que esperaba. Francesca le había enseñado obras antiguas mías, sobre todo, ilustraciones de tinta china y acuarela; a Armand le gustó tanto que ha venido a Telluride antes de tiempo solo para conocerme y ver más de mis trabajos.

Me ha ofrecido un empleo en Nueva York. No solo prepararía cuadros para venderlos en su galería, sino que tendría derecho a hacer exposiciones cada vez que quisiera y que tuviera un buen material para mostrar. No esperaba una noticia así, pues pensaba que lo máximo que me ofrecería sería una exposición y ya está. La propuesta ha sido tan fantástica que casi me desintegro ante sus ojos cuando le he dicho que no podía aceptarla.

Esa es la otra razón por la que no entro en casa.

Todavía no puedo creer que haya dicho que no a semejante oportunidad; pero, a veces, el camino que escoges no es el que deseas, sino el que debes. Aunque eso te parta en dos por dentro y destruya tus ilusiones.

No voy a ponerme a llorar por la razón de mi negativa; mi situación física es la que es y, aunque tenga cierta independencia, sé que siempre necesitaré a mi familia. Como esta mañana, cuando papá me ha llevado a la galería porque no puedo conducir, o cuando Leo me ayuda a salir de la ducha si no alcanzo a coger mi aparato; incluso, cuando el dolor en la pierna es tan fuerte que no puedo salir de la cama. No es lo que suele ocurrir, pero si pasa, mi hermano está ahí para mí.

Mi mano deja de dibujar y el móvil suena. Voy a ignorarlo, aunque el nombre de Frances aparece en la pantalla.

Pese a que no tengo ganas de hablar, descuelgo y me preparo para una charla sobre cómo estoy destrozando mi futuro.

—Hola, Frances.

Mi voz suena muerta. Al menos, así es como me siento.

—Ay, *amore*. —Su suspiro ha debido escucharse en Australia—. ¿Qué ha pasado? Creí que deseabas llegar lejos.

Pongo los ojos en blanco. Como si fuera tan sencillo.

—Frances, os lo he dicho. Mi situación es... especial. No puedo marcharme a Nueva York. Mi sitio está aquí.

Guarda silencio durante unos segundos. Puede que no lo entienda, pero debo mirar por mí, por mi realidad. Vivir una fantasía en la que soy plena y físicamente independiente es un error. Ya lo he aceptado; solo espero que Frances también lo haga y no me pida que abandone mi trabajo en su galería.

—Quería decir que sí —le confieso—, y te agradezco que me hayas dado ventaja en esto con Bitchon. Sé que te he dejado en mal lugar...

—Oh, no, *amore*, no. Armand es un amigo, no me has dejado mal. Solo lo siento por ti. Tienes mucho talento. ¿Recuerdas ese fuego que debías encontrar? Lo tienes dentro, Mandy, y lo extiendes por tus dibujos.

Cojo aire con la congoja pisándome los talones.

—Gracias, Frances.

Lo digo bajito mientras siento la lagrimita a punto de desbordarse en mi ojo.

—Aquí siempre tendrás un hueco, Mandy. Eres mi mejor artista.

Vale, ya no puedo contener más las ganas de echarme a llorar como una niña.

Frances escucha mis pucheros sin rechistar, animándome con palabras de cariño. Es una mujer maravillosa.

—No te lo quería decir; pero Armand me ha dicho que, si en algún momento cambias de opinión, lo llares. Sé que por tu situación tu respuesta es la que es; sin embargo, si por algún casual la cosa cambiara, él deja esa puerta abierta para ti, *amore*.

Asiento y sorbo por la nariz. Tengo las manos entumecidas por el frío y el gorro de lana apenas me calienta la cabeza, pero prefiero quedarme aquí mientras no se me pase el disgusto.

Le doy las gracias a Frances de nuevo y le aseguro que, si algún día tengo la oportunidad, llamaré a Armand Bitchon.

Por el momento, seguiré sentada en este banco, absorbiendo el frío de Telluride.

Pasa una media hora hasta que dejo de autocondolarme y maldecir todo lo que me está pasando últimamente.

Espiro e inspiro varias veces antes de meterme en el edificio y coger el ascensor. Sé que no habrá ninguna posibilidad de que Leo me deje en paz y quiera adornar el piso en otro momento, así que, me recompongo lo mejor que puedo para que mi hermano no me note nada y este día pase cuanto antes.

Meto la llave en la cerradura y abro la puerta sin mucho afán y doy un brinco cuando todo el grupo salta desde detrás del sofá y grita:

—¡SORPRESA!

Abro mucho los ojos porque, a ver, no es mi cumpleaños, ¿verdad? No. Es en abril, y estamos en diciembre.

—Pero ¿qué...?

Hay globos por todas partes. La decoración navideña está puesta, con varios calcetines colgados en el mueble de la televisión. También tenemos un frondoso árbol en una esquina del salón.

Leo se acerca a mí y me abraza con fuerza.

—Frances le contó a papá lo del tío ese que ha venido a conocerte. He pensado en montarte esta fiesta improvisada para celebrar tu ascenso. Mamá y papá no han podido venir, pero les he prometido que iríamos el fin de semana a comer con ellos.

Lo miro, estupefacta.

—¿Qué ascenso?

—El que te ha ofrecido Frances.

Mis ojos viajan desde mi hermano hasta Travis, pasando por Nick, Cam, Salma, Carol y Joel. Este último me observa con detenimiento, expectante.

—No me ha ofrecido un ascenso —finjo una entereza que no tengo—. El señor Bitchon, el hombre que ha venido, me ha ofrecido un empleo... en Nueva York.

Se hace un silencio sepulcral.

En la boca de Joel se forma una sonrisa que, juraría, está llena de orgullo. Como si estuviera contento por mí.

—¿En Nueva York? Tú no puedes irte a Nueva York, enana, eso es...

—Leo... —Joel se incorpora, seguramente para decirle que se ofreció a estar conmigo si tenía marcharme, pero me adelanto a él.

—Lo he rechazado.

Me muerdo los labios con fuerza tan solo para aguantar la decepción, así como la pena con la que me mira ahora Joel.

Leo no sabe qué decir y, la verdad, yo tampoco.

Sonrío, me quito el abrigo y trago el enorme nudo de la garganta.

—Pero no desaprovechemos la tarde, chicos, todo está bien. ¿Habéis traído dulces de Navidad?

—Yo he traído galletas de jengibre caseras —contesta Carol tras unos segundos incómodos y silenciosos. Abre una caja de la que sale un olor buenísimo y dulzón—. Las he hecho yo misma.

—¡Tienen muy buena pinta! Déjamelas, voy a servir las en un plato.

—Te ayudo —se ofrece Travis, que no desaprovecha el momento a solas para asegurarse de que estoy bien.

—Estoy bien —le digo, cuando nos quedamos a solas en la cocina.

—Has estado llorando.

Zoe maúlla, subida en uno de los taburetes, mientras Rocky corretea a mi alrededor buscando atención. Últimamente, no les he hecho mucho caso y me siento mal por ello, así que cojo una lata especial de carne para él y otra de pescado para ella y se las sirvo en sus comederos.

—Mandy.

Travis llama mi atención cuando me toca el hombro.

—De verdad, estoy bien. He hecho lo que tenía que hacer.

Suspira, me abraza fuerte y asiente.

—Cuando quieras, hablamos, ¿vale?

—Vale —le digo, sonriendo con franqueza.

—Por cierto, sé que no es el mejor momento, pero tengo que contarte algo.

Me lavo las manos y me pongo a colocar las galletas en el plato de manera distraída.

Cuando levanto la cabeza veo en su cara una expresión preocupada.

—¿Ha pasado algo?

—No... —Mira en dirección al salón. Después, se acerca más a mí y susurra—. Anoche fui a ese bar de ambiente que está a las afueras del pueblo, ya sabes, el Horizon. Estaba con un amigo tomando una copa cuando, de repente, veo a...

Coge aire y se aparta la media melena rubia de la cara.

—¿A quién?

Vale, también estoy susurrando.

—A Nick.

Tengo los ojos como platos, lo sé porque no puedo parpadear.

—A Nick Austen —afirmo más que pregunto.

Él asiente.

—Estaría de servicio.

—No llevaba uniforme.

Ladeamos la cabeza hacia al susodicho, que se ríe y bebe café en el sofá. La vida sexual de Nick no nos concierne a ninguno y no tiene el deber de decirnos nada al respecto, pero lo hemos visto con tantas chicas a lo largo de su vida que ya no sé qué pensar.

—De todas formas, no comentes nada. Solo quería contárselo a alguien. Él no me vio y prefiero que no se sienta obligado a decir algo que no quiera. Ya sabes...

—Claro, por supuesto. Eso es cosa de él.

—Vale —me sonrío y me da un beso en la mejilla—. Desayunemos mañana y así me cuentas lo de hoy, ¿vale?

Acepto el plan y volvemos al salón.

Durante un rato olvido todo aquello que me ha mortificado en estas últimas horas. Es lo que tiene estar con la gente que te quiere y con la que puedes contar pase lo que pase. Puede que ese trabajo no sea mi destino y que haya algo mejor esperándome.

Sea como sea, hago de tripas corazón mientras me como medio plato de galletas.

## Capítulo 28

### JOEL

Cuando todos se marchan ayudo a Mandy a recoger, pues Leo se ha despedido con el pretexto de que tiene una cita. Es increíble que este tío, incluso después de tantos años, logre escaquearse de las cosas con esa ligereza con la que lo hace.

Pese a tener bastante para limpiar, agradezco que nos haya dejado a solas. Llevo toda la noche pensando en este momento. No pienso desaprovechar ni un instante.

Que Mandy haya rechazado el empleo quiere decir que mi propuesta de venir conmigo a Nueva York ya no es viable para ella, y no la culpo, pero si hay alguna posibilidad de que pueda retractarse he de decírselo. Porque se merece conocer toda la información sobre mí, sobre mis sentimientos y lo que estoy dispuesto a hacer por ella antes de tomar ninguna decisión en firme.

Llevo el último plato al fregador y ella los lava en silencio.

Miro su perfil: veo su nariz redondita y respingona, enrojecida por el frío, también sus largas pestañas, que envuelven ese par de ojos en los que me gustaría perderme para siempre, en un limbo infinito habitado solo por ella y por mí. Me fijo en sus labios llenos, sonrosados, y el deseo me puede. Saber que me quiere, que siempre lo ha hecho, electrifica mi interior... y mis pantalones. Quiero abrazarla fuerte, llevarla a su cuarto y confesarle que yo también siento todo eso que me dijo ayer. Y voy a hacerlo.

—Mandy...

—Si quieres, vete a descansar. Esto puedo terminarlo yo.

Ni siquiera me mira.

«Lo sé, cariño. Estás enfadada», pienso y, en vez de decírselo, cierro el grifo y la obligo a girarse en mi dirección.

—Escúchame un segundo.

—Joel —suspira, agotada—, mira, da igual. De verdad, si estás con Sussy me parece bien, en serio. Lo entiendo. No tenemos por qué hablar de esto.

—Escúchame un segundo —le repito, esta vez más bajito y levantándole la barbilla con mis dedos con cariño—. Lo que has visto esta mañana no era lo que parecía.

Va a hablar, pero la freno. Ya no hay nada que me pare, y mucho menos un malentendido.

—No estoy con Sussy. No quiero estar con ella. Me equivoqué al invitarla el último día en el rancho, pero ya le he pedido perdón por confundirla y hacerle pensar que me interesaba de algún modo. Lo que más me pesa es haberte hecho daño a ti, cuando lo único que quiero es que seas feliz. El miedo me pudo, Mandy, aunque ya no estoy asustado.

Se encoge de hombros. No entiende nada, es normal. Así que pongo mis manos en sus mejillas y sigo hablando.

—Me dijiste que me querías. Y, ¿sabes?, me pregunto si seguirías queriéndome cuando sepas lo que en realidad pasó aquel día, hace siete años, antes de marcharme y desaparecer todo este tiempo.

De la mano la llevo hasta el sofá. Cuando nos sentamos, ella entiende que el tema no será agradable, pues debe verlo en mi cara.

Espiro con fuerza y, al soltar el aire de mis pulmones, sé que esto es lo correcto. Porque si voy

a amar a Mandy he de mostrarle todo lo que soy, sin secretos. Sin restricciones. Y sin miedo.

Entonces, se lo cuento. Le hablo de esa horrorosa pesadilla que empezó a mis seis años, cuando Mark Lauren y su maldito Chevrolet negro llegaron a mi vida. Le cuento que, durante mi niñez, me convencía a diario de que lo que me hacía ese indeseable —con el consentimiento de mi madre tan solo a cambio de drogas y dinero— no me pasaba a mí, que ese no era yo, que yo *era* cuando estaba con ella, con Leo, con su familia o nuestros amigos.

Le confieso que, el día que cumplí diecisiete años, fui a mi casa a cambiarme de ropa para la fiesta y que él estaba allí. Lo supe en el mismo momento en que vi el Chevrolet en mi puerta, y supe lo que había venido a buscar. La última tenía once años y, la verdad, tenía la esperanza de que no volviese nunca más. Pero lo hizo. Lo que siempre tomaba de mí no estaba dispuesto a dárselo, por mucho que lo intentase. Ya era lo suficientemente fuerte como para defenderme, y eso hice.

«Tu madre está tirada en el suelo y no contesta. Vas a tener que devolverme el dinero o hacer el trabajo que iba a hacer ella, ¿qué eliges, chaval?»», eso me dijo, como si los servicios que mi madre pudiera darle le interesaran. Me abordó en el baño, pero no tuvo tiempo de tocarme. Algo se apoderó de mí; algo fuerte y oscuro que me impulsó a darle golpes sin parar. Aún recuerdo la sangre por los puñetazos, los arañazos, incluso, el mordisco. Sí, ese hijo de puta se acordaría de mí para siempre.

Lo que viene después de eso es solo una perdición. Noches de sueños que me despertaban empaado y temblando, sesiones con el psicólogo del centro de menores que hubiera necesitado mucho antes, días de absoluta soledad en los que me prometí que no volvería a Telluride, por mucho que mi corazón me lo pidiera a gritos; aunque Jack, que era el único que conocía parte de mi historia desde ese fatídico día, me decía una y otra vez que no tenía por qué afrontar todo sin el apoyo de los que me querían.

Mandy llora en silencio y me mira llena de horror.

—¡Dios mío...! —susurra.

«No, Dios no tuvo nada que ver», pienso.

—Por eso querías marcharte rápido, por eso...

—Sí.

Suelta un sollozo ahogado.

—Joel, cuánto lo siento. Si lo hubiéramos sabido... —Me sujeta las manos con ternura y el roce de su piel me da calor y templanza. Me siento más liberado tras habérselo contado—. Nosotros te queríamos tanto, ojalá lo hubiéramos sabido. Te habríamos sacado de allí.

Le sonrío.

—Lo sé. Yo también os quería y no podía permitir que os vierais envueltos en eso.

Le seco las lágrimas a base de caricias. Entonces, la miro a los ojos. Y, tal y como me he prometido hace un rato, no desaprovecho más la oportunidad: la beso. Primero con suma lentitud, para darle la opción a rechazarme, si así desea hacerlo; luego con fuerza, cuando se acerca un tanto y nuestros labios se unen del todo.

La cojo en brazos y la coloco sobre mi regazo, pegándola a mi cuerpo todo lo que puedo. Su olor a melocotón inunda mis fosas nasales y hace que deje de pensar.

Ella interrumpe el beso.

—Joel...

—Te quiero —suelto de repente y ella da un respingo. Noto cómo se tensa entre mis brazos, pero se relaja conforme hablo—. Te quiero con todo mi corazón. No sé si podrás perdonarme por abandonarte, por hacerte pensar que no sentía nada por ti. Déjame estar contigo, aunque sea solo

una vez. Permíteme amarte como te mereces, Mandy. Como siempre he querido hacerlo.

Me mira durante un segundo, tras el cual, asiente. Me pide que la ayude a incorporarse y yo, con la decepción pellizcándome por dentro al pensar que me está rechazando, la ayudo. Entonces, se gira, me tiende la mano y sonrío.

Lleno de expectación acepto su mano y camino tras ella hasta su habitación. Al entrar, miro hacia el techo y veo las estrellas adhesivas que lo llenan casi al completo.

Nada ha cambiado y, al mismo tiempo, todo es diferente.

Sonrío.

—¿Quieres contar estrellas conmigo, Joel?

Se sienta en la cama y palmea el colchón con suavidad, invitándome a ir con ella.

Mandy es un hada cuyo embrujo me tiene dominado y embelesado, pues una magia invisible me impulsa a cerrar la puerta e ir a su encuentro. En vez de sentarme a su lado, me arrodillo y me cuelo entre sus piernas. La deslizo hasta el borde de la cama y hundo mis dedos entre su largo pelo castaño.

La beso con la misma avidez de un vagabundo que encuentra un bocadillo y se lo come, pero intentando saborearla todo lo posible, con el anhelo y las ganas que van colmando a cada instante.

La ayudo a desvestirse. Me deshago de todo lo que lleva puesto, incluido el aparato y, después, me desnudo al completo, en cuerpo y alma, solo para ella.

La imagen de Mandy me corta el aliento y me excita sin remedio. Vuelvo a abrirlle las piernas y, en vez de subir al colchón, me arrodillo para besarle en la parte interna de los muslos. Me detengo en la pierna en la que lleva siempre el aparato y por ella, dejo un reguero de besos que la hacen temblar.

Está tan pendiente de mis acciones que noto cómo mi entrepierna reacciona solo por saber lo que viene a continuación.

Llego hasta su centro y el gemido que emite me lleva al cielo, o al infierno, qué más da, solo sé que este momento nos transporta a ambos.

Susurra mi nombre y me acaricia el pelo. Suplica que suba al colchón con ella. Quiero hacerlo; pero, al mismo tiempo, deseo hacer que alcance el orgasmo así, de esta forma, para después provocarle unos cuantos más de otras formas poco románticas. Es que el amor también es esto, ¿no? Es pasión, desenfreno. Locura. Y yo ya estoy muy perdido como para recular.

Sin embargo, levanto la cabeza y trepo poco a poco por su cuerpo. Hundo mi lengua en su boca y ella me acepta de nuevo.

Sus piernas me rodean las caderas. El simple roce de nuestros sexos nos hace gemir al unísono.

Alarga el brazo y me acaricia. Apoyo mi cabeza en su pecho, pues el placer me inunda con el roce de sus dedos que sube y baja, sube y baja, quitándome el aliento.

Ya no lo soporto más. Cuando la miro a los ojos lo sé, siempre lo he sabido, ella es mi mundo, es mi todo. La amo. Y se lo digo entrecortadamente.

—Te amo.

Su mano libre me acaricia la mejilla.

—Y yo a ti —contesta y, al hacerlo, coge un preservativo de una de las mesitas de noche y me lo tiende. Tras ponérmelo, vuelve a acariciarme hasta que me dirige hacia su interior.

No pienso en nada, solo soy consciente del espasmo que sentimos al unirnos del todo; de la comunión que tenemos, juntos. De la confianza que deposita en mí y que me permite formar parte de esto; del vaivén de mis caderas, chocando con las suyas, de los cientos de besos que le doy, que me da, que nos damos. Del susurro ahogado que lanza cuando, ahora sí, alcanza el orgasmo; del que alcanzo yo, segundos después, entre sus brazos.

## Capítulo 29

### MANDY

Las ondas castañas de Joel caen sobre la almohada como chocolate en una fuente de *fondue*. Es espeso, abundante y en algunas partes, ensortijado. El contraste con su piel tostada le da un aire de surfista californiano muy sexy y adorable. Mientras duerme, acaricio con suavidad su pecho, sus bíceps, su cuello y sus mejillas, hasta llegar a esos labios hinchados por nuestros besos que no puedo dejar de mirar.

Aún no me creo que haya pasado; pero sí, ha ocurrido. La felicidad colma en mi pecho y sale hasta mi boca en forma de sonrisa tonta.

Anoche hicimos el amor tres veces más, dos de ellas de madrugada. No hay nada como despertar enredada entre los brazos de la persona a la que amas y volver a dormir de la misma forma.

Agacho la cabeza y aspiro su olor, cuyo toque dulzón me hace cosquillas y me provoca un escalofrío.

—Mandy, si sigues haciéndome eso acabaré encima de ti otra vez.

Suelto una carcajada y apoyo la barbilla en su pecho.

—No veo el problema en ello.

Abre los ojos y me mira con una media sonrisa que quita el aliento.

—¿No estás cansada?

Niego con la cabeza.

—¿Tú estás cansado?

Me imita y niega con la cabeza.

Nuestras miradas colapsan y, aunque el deseo está ahí, no nos movemos. Mi mente está dándole vueltas a todo lo que me contó anoche.

La situación de Joel siempre fue más dura y tormentosa de lo que nunca imaginé. Conforme me contaba su historia se me rompía el corazón poco a poco; pero ahora, después de asimilarlo, lo único que quiero es rebobinar hasta ese momento en que ese hombre llegó y destruirlo. Si tuviera una varita mágica, borraría esa pesadilla de su vida para sustituirla por una infancia plena, llena de alegría. Por más que quiera no puedo, y el no ser capaz de ayudarlo me mata.

—Deja de pensar en eso.

Siento un vuelco al ver que sabe en lo que estaba pensando.

—Lo siento mucho, Joel.

—No fue culpa tuya.

—Tampoco tuya. Lo sabes, ¿verdad?

Suspira y juguetea con mi pelo.

—Durante muchos años pensé que sí, que era el culpable, porque lo permitía. Luego entendí que solo era un crío. No podía hacer nada. Incluso si me pasase ahora, sé que el único culpable sería él —me sonríe con tristeza—. Llegar a esa conclusión no es fácil.

—Gracias por contármelo; por confiar en mí.

—Eres la persona en la que más confío, Mandy.

Me pongo boca arriba, tal como está él, y me acurruco entre las mantas de la cama. Las

estrellas adhesivas apenas brillan ya, pues la luz de la mañana se cuele a duras penas por el hueco de las cortinas; sin embargo, se ven perfectamente.

Esta situación la vivimos muchas veces de niños. Joel recostado en mi cama después de colarse por la ventana, triste y acongojado por problemas con su madre, contando estrellas sin parar hasta quedarse durmiendo. Como si hacer eso eliminase lo que quiera que hubiera pasado.

Entrelazo mis dedos con los suyos y doy gracias al cielo por haberle permitido llegar hasta aquí, aunque sea a trocitos, a este puerto seguro donde juro recomponerle como un puzle. Y pese a que le falten piezas, lo querré de igual modo. Porque yo también soy un juguete con defectos. Todos lo somos de algún modo, solo hay que fijarse en las cicatrices.

—Si quieres volver a Nueva York, lo entiendo.

—¿Te vendrías conmigo?

Lo miro y no lo pienso. Ya no por el trabajo o por mis sueños, sino por él, por el amor que me ofrece.

—Si tú quieres, sí.

Se pone de lado y me besa en los labios.

—Yo estaré donde tú estés, cariño. Aquí, en Nueva York o en la luna. Me voy o me quedo si tú lo haces. No voy a desaparecer nunca más.

Mi sonrisa se ensancha.

—Ya hablaremos de eso. Tenemos tiempo para pensarlo.

Asiente, relajándose a mi lado una vez más y, de la misma forma que hacíamos de niños, quedándose dormido de nuevo contando estrellas en silencio.

## Capítulo 30

### JOEL

Me levanto sin hacer ruido para no despertar a Mandy, que duerme envuelta en las mantas cual rollito de primavera.

Salgo de puntillas, con el pantalón de chándal y el jersey que llevaba puestos la pasada noche como único atuendo. Una vez en el pasillo veo desde el ventanal del salón el día gris que hace, el cual presagia nieve a mansalva. Estos días de sol y buen tiempo no eran normales en Telluride.

Por primera vez en mi vida me siento tranquilo y dispuesto a afrontar lo que venga, incluso una tormenta de nieve si hace falta.

Zoe ronronea y se restriega por mis pies para que le preste atención. La cojo en brazos y voy hacia la cocina. No sabía que los gatos me gustaban hasta que he conocido a esta pequeña anaranjada. Rocky nos sigue y mueve el rabo cuando me agacho a acariciarlo. Después de llenar sus comederos, preparo el desayuno con la intención de llevarlo a la cama. Es un tópico romántico, pero quiero hacer cosas bonitas por Mandy, aunque sea algo tan banal como un par de tostadas con huevos revueltos y un café.

Leo debe haber pasado la noche fuera, pues no ha vuelto. De hecho, la puerta de su habitación sigue abierta. De nuevo, le doy las gracias en mi interior, porque su ausencia me da cierta libertad para seguir metido en la cama de su hermana. Me prometo a mí mismo que hablaré con él más tarde sobre ello, pero ahora lo que quiero es desayunar y volver a enredarme entre las sábanas con Mandy. Dudo que nunca tenga suficiente de ella.

Justo cuando tengo todo colocado en la bandeja, mi móvil suena desde la entrada del piso. Corro para descolgar cuanto antes y en el momento en que veo el nombre de la pantalla, siento un vuelco en el estómago.

—Buenos días, *sheriff*.

—Hola, Joel. ¿Cómo estás?

—Bien —miro en dirección a la habitación de Mandy—, francamente bien.

—Me alegra oír eso.

El silencio que sigue a eso me hiela la columna vertebral.

—Supongo que hay noticias nuevas. Por eso me has llamado.

Lo imagino sonriendo de medio lado al ver que he dado en el clavo.

—No voy a andarme con rodeos, hijo: Lauren ha sido visto por el pueblo.

Trago el nudo que se me ha formado de repente en la garganta y vuelvo a mirar hacia la habitación donde Mandy descansa, ajena a todo esto.

—Quería prevenirte. No sé cuál es la razón por la que ha vuelto, pero no se acercará a ti. Te lo juro.

En otro momento, hace un par de días o años atrás, esta noticia hubiera sido un pretexto perfecto para hacer la maleta y largarme. Ahora, sé lo que tengo que hacer. Los padres de Mandy tienen que saber todo esto cuanto antes, pues si Mark Lauren se le ocurre volver al barrio, pueden estar en peligro. Mi madre tenía muchas deudas con él cuando era un crío, y supongo que si sabe que ha muerto intuya que yo estoy en Telluride. Puede que ya lo sepa. He de avisarlos, para que también estén alerta.

—Lo sé, Jack. No te preocupes, te llamaré esta tarde para ver si hay novedades.

Nos despedimos. No le cuento mis planes de ir a ver a los Brown, no lo creo necesario. Confío en el *sheriff* lo suficiente como para no perder los nervios.

Aparto la incertidumbre que lucha por instalarse en mi pecho y cojo de nuevo la bandeja de la cocina. Cuando entro en la habitación, abro las cortinas lo justo para que se vean los pocos copos que están empezando a caer, y dejo el desayuno en una de las mesitas de noche. Me arrodillo y apoyo los brazos en el colchón mientras la observo.

Mandy sigue durmiendo con la sombra de una sonrisa en sus labios, los cuales beso para despertarla.

Poco a poco, abre los ojos. Se acerca y me devuelve el beso con mucha más pasión de la que esperaba, desestabilizándome una vez más.

—Buenos días —me dice, entre susurros.

—Buenos días, pequeña. —Pongo la bandeja sobre el colchón—. Te he traído el desayuno.

Se estira emitiendo un ruidito lleno de felicidad que me hace reír. No se puede ser más dulce que Mandy Brown.

Me subo al colchón y desayunamos juntos mientras vemos cómo nieva, como si fuera algo nuevo para nosotros.

—Deberíamos salir y hacer ángeles en la nieve.

Me río por su ocurrencia.

—La última vez que hicimos eso ambos cogimos un buen catarro. Recuerdo a tu madre repartiendo las medicinas y los cuencos con sopa de verduras y pollo.

—Dios, no recordaba eso. Acabé tan harta de esa sopa que no la he vuelto a tomar.

—Pues yo la echo de menos; me gustaba.

Ladea la cabeza en mi dirección. El beso que me da en la mejilla me calienta más que cualquier sopa que haya tomado jamás.

—Le diré a mamá que la haga este fin de semana.

Su mano y la mía encajan tan bien que no sé cómo he podido estar hasta ahora sin tenerla así de cerca.

—Esta mañana tengo que ir a hacer unas cosas, ¿comemos juntos fuera? Daría lo que fuera por una hamburguesa y, luego podríamos ir a la pastelería esa que tanto te gusta, la de los Morrison.

Le da un sorbo al café y asiente.

—Me parece bien.

—Y más tarde deberíamos hablar con Leo.

Suelta un suspiro y se echa en las almohadas.

—Se me había olvidado ese cabezón. Aunque en mi defensa he de decir, que he estado ocupada en otras cosas.

Acaricio su mejilla con mi nariz antes de besarla en los labios. No puedo dejar que se pase la mañana sin ir a hablar con los Brown, pero la tentación de quitar la bandeja y hacer el amor otra vez con Mandy puede conmigo.

Antes de que esto vaya a más, me levanto con premura y recojo el desayuno. No quisiera que el temporal empeorase antes de tener la oportunidad de visitar a sus padres.

Mandy me mira con cierta diversión, como si fuera consciente del poder que tiene sobre mí.

—No sabía que me tenías miedo, Joel Hunt.

Se muerde el labio mientras se destapa lentamente, dejando que vea lo desnuda que está y lo que me voy a perder si me voy.

Maldigo para mis adentros. Que todos los dioses del cielo me perdonen, pero soy un pecador

en toda regla, pues dejo la bandeja en el suelo y me desvisto tan rápido que The Flash a mi lado parece un aficionado.

Cuando me meto en la cama con ella no hay romanticismo que valga. Voy a demostrarle lo mucho que me asusta y lo fuerte que puedo combatir ese miedo a base de placer y desenfreno.

## Capítulo 31

### JOEL

Una hora después salgo del piso enfundado en el chaquetón, con guantes y gorro. Hace un frío que pela, pero la cálida sensación de haber estado con Mandy es suficiente para hacerme aguantar como un campeón.

Me monto en el coche que aún tengo de alquiler y atravieso la calle principal de Telluride con precaución, no solo por la nieve que ya se agolpa en la carretera, sino por la certeza de que, en el momento más imprevisto, puedo ver un Chevrolet negro aparcado en cualquier lado.

Al pasar frente a la galería de Francesca me pica la curiosidad y aparco. Debería darme prisa en ir a casa de los Brown, pero he tenido un impulso extraño.

Las varillas de la campanilla de viento chocan entre sí cuando abro la puerta, haciendo que el tintineo llame la atención de Frances.

—*Avanti, avanti.*

Meto las manos en los bolsillos mientras paseo por la exposición fotográfica que hay a mi izquierda, hasta que una mujer de largos rizos negros y ojos celestes se aproxima hacia mí. Al principio, me dedica su mejor sonrisa de vendedora, después, parece reconocerme. Su interés por mí aumenta conforme se acerca.

—*Buongiorno, bello.* ¿En qué puedo ayudarte?

Saco mi mano derecha del bolsillo y se la ofrezco. Ella me la estrecha con solidez, sin perder ese aire simpático.

—Me llamo Joel Hunt. Soy...

—El muso —dice ella, de repente.

—¿Cómo dice?

Me hace un gesto para que la siga. Atravesamos el espacio casi inmaculado, cuyas paredes están adornadas con las pocas fotografías de la exposición. La de la derecha está vacía y el blanco le da un brillo cegador a la galería.

Llegamos hasta la que debe ser su mesa de despacho, aunque este lugar solo está escondido gracias a los biombos que lo separan del resto. Me pide que me siente, y lo hago.

A continuación, saca un dibujo enmarcado. No es muy grande, pero tampoco puede decirse que tenga un tamaño pequeño. No tiene marco, es simplemente el dibujo protegido con cristal, cuya parte trasera está preparada para colgarlo en la pared.

Cuando lo veo, mi corazón se salta un latido y en el momento en que me enseña tres más, siento que estoy flotando.

El que sale en esos dibujos soy yo, y son tan realistas que podría decir que son fotografías en blanco y negro. Aunque no lo sean.

—El muso —repite, señalándome con el dedo.

Ahora lo entiendo.

No sabía que estaba temblando hasta que mis manos sujetan uno de ellos. Intento no dejar marcas en el cristal, pero estoy demasiado emocionado como para cerciorarme de no estropearlo.

—Mandy es maravillosa. Es una lástima que no pueda ir a Nueva York.

Levanto la cabeza en su dirección, sintiéndome culpable en parte por ello.

—Por eso, he decidido darle una sorpresa. Quiero exponer su obra a carboncillo este sábado, antes de Navidad. Me guardas el secreto, ¿verdad?

Asiento, pues soy incapaz de hablar ahora mismo.

Sus dibujos son increíbles y su talento me desborda. Mandy se merece esa exposición, pero también la de Nueva York.

—¿Sabes, Francesca? Me gustaría que tú también me guardaras un secreto.

Coloca con cuidado los cuadros en una esquina escondida y se sienta sobre el escritorio, frente a mí.

—Te escucho.

Le hablo de mí, a grandes rasgos. Le cuento que le ofrecí a Mandy viajar conmigo a Nueva York, pero que lo hice en un mal momento.

—Las cosas han cambiado desde ese día. No sé si ese tal Bitchon seguirá interesado en el trabajo de Mandy, pero si hay posibilidad, estoy seguro de que esta vez dirá que sí. Al menos, a hacer una exposición allí. Lo de aceptar el trabajo... eso tiene que decidirlo ella.

Francés me sonrío de oreja a oreja.

—Déjame tu teléfono, *bello*. Ten por seguro que Armand seguirá más que interesado. Te mandaré un mensaje después con su respuesta.

Salgo de la galería con la sensación de que he hecho algo bueno. No quería tomar una decisión tan importante y que no me corresponde sobre el trabajo, pero la posibilidad de exponer en Nueva York le encantará. Sus dibujos lo valen. Ella lo vale todo.

Vuelvo al coche satisfecho y orgulloso. Satisfecho por haber visto sus dibujos; orgulloso por lo increíble que es.

Llego hasta mi antiguo barrio en un abrir y cerrar de ojos, y aparco enfrente del jardín principal de los Brown. El coche de Robert sigue en la entrada del garaje, así que asumo que están en casa.

Los nervios por lo que voy a hacer vuelven de golpe al parar el motor del coche. Me reconcomen por dentro, pero me he prometido que haría esto y no voy a echarme atrás.

Salgo del vehículo y camino en dirección a la entrada cuando un destello me deslumbra al otro lado de la carretera. Es tan rápido que hace que me cuestione si no ha sido cosa mía, aunque vuelve.

Esta vez veo desde dónde viene: de la ventana de la casa de mi madre que da al salón.

Jack Austen debe estar investigando. Me ha dicho esta mañana que estaría por la zona. Solo por si acaso.

Como excusa para darme un poco más de margen con los Brown, voy hacia la entrada de mi antiguo hogar, atravesando el descuidado y desastroso jardín que mi madre se negó siempre a arreglar. Voy a meter la llave que el *sheriff* me dio en el entierro de mi madre; sin embargo, me doy cuenta de que la puerta está abierta.

Convencido de que Jack está dentro, la abro del todo y la cierro tras de mí. Ahí siguen los platos sucios del fregador y el desorden con el que Heather vivía día a día. De repente, escucho el ruido de la corredera de un arma y me sobresalto. Al girarme, descubro que no es el *sheriff* el que está en la casa.

Sentado en una silla pegada a la pared, Mark Lauren me mira sin ninguna expresión. Me apunta con una pistola y, aunque dudo que tenga buena puntería dado su vaivén hacia los lados como si estuviera colocado o borracho, me quedo quieto y pongo las manos en alto, a la altura de mi pecho, para que vea que no voy armado.

El corazón se me va a salir del pecho de un momento a otro. No soy capaz de tragar el nudo de

la garganta mientras los recuerdos intentan desestabilizarme una vez más.

—Hola, Joel. ¿Me echabas de menos?

Al sonreír deja a la vista su dentadura medio podrida. Está claro que los años han conseguido demacrarlo. Está más delgado, más viejo y mucho más destrozado de lo que recordaba.

—¿Qué haces aquí?

Sorbe por la nariz y lanza un escupitajo al suelo.

—He venido a recuperar mi puto dinero. La zorra de tu madre me debe una pasta, chico, ¿lo sabes? Y estoy seguro de que lo tiene guardado en algún sitio. Aunque —se abre de piernas y se soba como el degenerado que es— tú y yo podemos llegar a un acuerdo.

Es curioso, he tenido miedo toda mi vida de este tío; miedo de que volviera, de tenerlo delante. Ahora que mis pesadillas se hacen realidad, lo máximo que siento es repulsión. Y mucha ira.

—¿Es que no te quedó claro que no volverías a tocarme la última vez que estuviste aquí?

Se echa a reír y juguetea con el arma. Mueve el cuello y me enseña la marca del mordisco que le di.

—Oh sí, claro que me acuerdo. Como también recuerdo que ese *sheriff* de mierda intentó encerrarme y no pudo. —Echa un vistazo por la ventana, apartando un poco las cortinas—. Sé que me está buscando ahora, pero no se lo voy a poner nada fácil.

Me señala el sofá con el arma.

—Siéntate ahí.

—No voy a hacer una mierda.

—¿Prefieres hacerme caso, o que vaya a ese pisito tan mono al final de la calle principal del pueblo? Sí, ese donde tu querida tullidita vive.

Que haga alusión a Mandy me pone en alerta. No sé cómo sabe dónde vive, puede que me haya vigilado, o incluso a ella, a saber con qué intención. La cuestión es que le obedezco mientras se me ocurre una forma de alertar al *sheriff* para que la proteja si no salgo vivo de aquí.

Con la rabia bullendo por dentro, me siento en el sofá.

No deja de apuntarme con la pistola, así que no hago movimientos bruscos.

—Así me gusta, obediente como siempre. —Vuelve a sorber por la nariz, haciendo que se me revuelvan las tripas—. Ahora vas a hacer una llamada por mí.

## Capítulo 32

### MANDY

Llevo casi toda la mañana pintando en el estudio, que no es más que una de las habitaciones del piso, la más grande, de hecho, con dos grandes ventanas por las que penetra la luz del día.

Decir que estoy inspirada es poco. Mi mano vuela por el papel como un pájaro que ha sido liberado de su jaula. Me sumerjo en la increíble sensación de estar creando algo que sé que es bueno. Un artista sabe cuándo concibe algo grandioso; lo nota en su piel, que tiembla como la vibración del sonido que provoca un tambor al golpearlo.

Ya no me preocupa haber declinado la oferta de Armand Bitchon. Mi sitio está en Telluride, junto a Joel, y desde aquí puedo seguir pintando y explotando mi talento para Frances.

Aceptar eso también me hace más libre.

La puerta de casa se cierra e, inmediatamente, dejo de pintar y salgo del estudio, ansiosa por ver a Joel y enseñarle lo que estoy haciendo.

Voy hacia el salón y la ilusión se desvanece al ver que es Leo quien ha llegado.

—Hombre, cabezón. Ya era hora.

—Sí, bueno, anoche me entretuve y he ido al trabajo directo esta mañana. He comido fuera, era demasiado tarde para volver al piso.

Se mete en la cocina y coge una manzana.

Frunzo el ceño, extrañada. Leo sale sobre la una del mediodía, así que —si ya ha comido— deben ser las tres, como muy temprano.

Doy un respingo y busco mi móvil.

Las tres y media de la tarde.

He estado pintando con tanto entusiasmo que no he reparado en la hora... ni en que Joel no ha vuelto todavía.

—¿Habéis comido?

Leo encesta en la basura el hueso de la manzana.

No le contesto.

Mi ceño fruncido es mucho más profundo que antes. Tengo un mal presentimiento, pero no quiero alimentarlo con suposiciones. Seguro que se ha entretenido con algo y no ha podido venir a por mí.

«Me habría llamado», pienso. Echo un ojo a las llamadas. No hay ninguna. Tampoco mensajes.

El sonido de la secadora llama mi atención, pero es Leo el que saca la ropa y se pone a doblarla.

Me asomo a la ventana para ver si el coche de alquiler de Joel está por la zona. Estoy tan metida en mis pensamientos que no presto atención a la diatriba de mi hermano.

—Joder, ¿cuántos calzoncillos tiene este melón? Por cierto, ¿dónde está?

—No lo sé.

Dejo el móvil y cojo la ropa de Joel para llevarla a su habitación. Antes de marcharme, miro a mi hermano. Este, al ver mi cara, deja de doblar ropa.

—Habíamos quedado en ir a comer fuera, pero no ha venido.

—Estará por ahí.

Se encoge de hombros y se pone serio.

—¿No creerás que se ha largado sin despedirse?

Siento un estremecimiento en el pecho ante esa posibilidad. No, no puede ser...

—Habría dicho algo.

Leo está cada vez más enfadado.

—Pero ¿y si no? —lanza un bufido—. ¡Joder!

—Leo, no se ha marchado. Estoy segura.

—Ah, ¿sí? ¿Y por qué estás tan segura?

Me muerdo la lengua. Se suponía que íbamos a contárselo juntos, pero tengo que calmarlo antes de que haga que Telluride se reduzca a cenizas sin razón.

—Porque nos hemos acostado.

Vale, puede que no sea la mejor manera de soltar esa información, lo admito.

Leo abre los ojos tanto que creo que se le van a salir de las órbitas.

—No ha sido un rollo de una noche. Me ha dicho que me quiere —le agarro suavemente del brazo— y yo también lo quiero. Por eso sé que no se ha ido así, sin más.

Mi hermano coge aire poco a poco y lo suelta con parsimonia. Creo que está en una especie de estado de *shock*.

Carraspea y se sienta en el sofá.

—Vale. —Se rasca la cabeza, deshaciendo el moño que lleva puesto y que tan bien le queda. Cuando sale del letargo vuelve a hablar—. ¿Cuándo se ha ido?

—Esta mañana. Dijo que tenía que hacer unas cosas.

—Bueno, puede que esté por ahí y se le haya ido el santo al cielo.

Asiento, tratando de convencerme de que la mala sensación que tengo desde hace unos minutos es infundada.

Hace siete años tuve un presentimiento similar que resultó ser acertado. No se lo digo a mi hermano, pues no quiero entrar en pánico. No tiene sentido. Así que, cojo la ropa de Joel de nuevo y la llevo a su habitación.

Cuando abro el cajón de la cómoda para meter sus jerséis limpios, veo una cajita al fondo que me resulta familiar. La saco, temblorosa y emocionada. Giro la pequeña manivela trasera. Al abrir la caja, la bailarina vestida de hada empieza a girar sin descanso, reproduciendo la canción de *Love of my live* de Queen con pequeños soniditos de campana que van penetrando en mis oídos y en mi alma.

No hay nada dentro de la caja, salvo aquella foto nuestra de niños que le metí en su momento con la intención de que la guardase para siempre.

Joel ha conservado todo durante este tiempo, con mimo. Y lo ha llevado con él como un tesoro importante del que uno no se deshace sin una buena razón.

No, Joel no se ha marchado. No sin mí. No sin la caja de música.

Zoe sube a la cómoda e intenta tocar a la bailarina con su patita anaranjada. Le sonrió y le doy un beso que la hace ronronear, justo cuando Leo se asoma desde la puerta.

—Me parece raro que, dadas las circunstancias, no te haya llamado para cancelar lo de la comida.

Ladeo la cabeza en su dirección.

Vuelvo a la entrada y cojo el teléfono. Lo llamo. Da un tono, y otro y otro más. Su última conexión en la aplicación de mensajes es de más de dos horas.

De repente, una idea cruza mi mente.

—A lo mejor está en casa de papá y mamá. O en casa de su madre. Puede que quisiera recoger algo de allí.

Es una posibilidad muy plausible, por lo que Leo me hace un gesto con la cabeza para que le siga.

—Coge el abrigo, vamos a descubrirlo. Y ya de paso, puedo darle el puñetazo que se merece por haber deshonrado a mi hermana.

Lo dice con una media sonrisa, pero con Leo nunca se sabe si está de broma o no.

—¿Estamos en la Edad de Piedra o algo así y no me he enterado?

Se echa a reír.

—Cuando se trata de ti, volvería al Big Bang, enana.

Niego con la cabeza y sonrío.

Mi hermano es todo un troglodita, pero lo quiero con todo mi corazón.

Salimos del piso y vamos directos a su moto. Odio montar en esa cosa, aunque la ocasión lo merece.

—Ponte el casco —ordena, porque él es así, marimandón hasta la saciedad.

Le obedezco y me ayuda a montar.

Cuando se coloca el otro casco y estoy segura de que no me caeré, sube delante. Me agarro a su cintura con fuerza en el momento en que la moto vibra y nos hace volar por la carretera.

En un santiamén llegamos a nuestro antiguo barrio.

Confieso que ver el coche de Joel aparcado enfrente de nuestra casa me tranquiliza sobremanera. No sé qué ha podido entretenerle tanto como para olvidarse de nuestra comida, pero no me importa. Lo que cuenta es que está bien.

Leo me baja con cuidado, le doy el casco y echo a andar hacia la casa de mis padres, con mi hermano pisándome los talones.

Un ruido proveniente de la casa de los Hunt nos hace parar en seco en el momento en que vamos a tocar el timbre.

No sé qué es; una corazonada o un pálpito, pero algo me hace dar media vuelta y prestar atención a la casa.

El móvil de Leo empieza a sonar. Aprovechando que descuelga y se pone a atender la llamada, yo cruzo la carretera y agudizo los sentidos.

Llego hasta la puerta y oigo un quejido. Inmediatamente, llamo.

—¿Joel?

Silencio.

—¿Estás ahí?

La mala sensación vuelve a mi pecho cuando lo escucho hablar.

—¡Vete Mandy! —grita, angustiado.

Me quedo mirando la puerta como una niña que se ha perdido y no sabe a dónde ir.

—Joel, ¿qué pasa? ¿Estás bien? —no obtengo respuesta—. ¡Abre!

De repente, Leo me grita desde el jardín de nuestra casa.

—¡Mandy sal de ahí!

No entiendo nada. Que salga, ¿por qué? ¿Qué está pasando?

En ese momento, la puerta se abre y todo... Todo se ralentiza, como en una película, salvo que esto es real. Está pasando.

Y no hay manera de pararlo.

## Capítulo 33

### JOEL

—Ahora vas a hacer una llamada por mí.

Le lanzo una mirada envenenada. Sea cual sea su plan, no voy a dejar que lo lleve a cabo. Y mucho menos tras la amenaza nada sutil que ha lanzado sobre Mandy.

Se levanta, tambaleándose un poco, sin dejar de apuntarme.

—Llama a tu amiguito, el *sheriff*, y dile que, o me deja salir de Telluride en menos de una hora, o te mato a ti y, después, a la zorra de tu novia.

—Como se te ocurra tocarla...

—¿Qué? ¿Qué vas a hacerme, niño? —Me encañona, pegando la punta de la pistola en mi sien—. Matarte sería muy engorroso, pero no me tientes.

Niego con la cabeza con el desprecio que se merece. Este tío es un asesino, un violador, un proxeneta y un camello. Debe pagar por todo lo que ha hecho. No puedo dejar que se largue sin pagar de una vez por todas.

—¿Por qué has vuelto?

—Ya te lo he dicho; tu madre me debía dinero. Una buena pasta, además. Llevaba tiempo sin trabajar y ya ni me pagaba la droga que le enviaba desde Nuevo México. Así que, aprovechando que me hizo un nuevo pedido, he decidido hacerle una visita. —Se sienta en la mesa baja que hay frente al sofá, muy cerca de mí—. Lo que no esperaba era encontrarte aquí.

Me acaricia la rodilla con el dedo índice y yo se la aparto con violencia. El gesto lo enfurece, pero me da igual. El puñetazo que me da me marea un segundo, pero me recompongo en seguida.

Le lanzo una media sonrisa que menos diversión promete muchas cosas.

—¡Llama al puto *sheriff*!

No sé qué opciones tengo ahora mismo. Podría cabrearlo del todo y hacer que me mate, lo cual no es nada inteligente, así que marco el número de Jack Austen y aprieto el botón de llamada.

Tras el segundo tono, contesta.

—Joel, dime.

Trago saliva.

—Jack, escucha. Necesito que dejes que Mark Lauren se vaya del pueblo sin que nadie se lo impida. Ahora mismo.

Se hace un silencio y por un instante, creo que he perdido cobertura. Hasta que me habla.

—¿Dónde estás?

Mark me quita el teléfono.

—Escúchame, gilipollas, si no haces lo que te ha dicho, me lo cargo. ¡Encontrarás su sangre por toda la puta casa!

—Vale, tranquilo, Mark —escucho que dice Jack, envidiablemente tranquilo—. En este momento estoy dando la orden de que nadie te ponga impedimento para marcharte.

—Eso espero, porque estoy muy nervioso, y no conviene que lo esté.

Jack le dice algo más. No lo oigo, esto se está yendo de madre y tengo que salir de aquí como sea. Pero antes, el *sheriff* tiene que saberlo, tiene que saber que Mandy está en peligro.

Una moto se escucha desde fuera, lo que me hace pensar que puede ser Leo. O, peor, puede ser Leo... con Mandy.

Ni siquiera me lo pienso cuando levanto la voz.

—¡Jack, protege a Mandy! ¡Sabe dónde vive!

Mark suelta un rugido y me suelta un revés tan fuerte con el móvil que salto del sofá al suelo impactando contra la mesa, la cual se rompe por el golpe.

—Levántate —ordena. Pero no puedo moverme, las náuseas me están matando—. Que. Te. Levantes.

Con todas las fuerzas que soy capaz de tomar, me siento y apoyo la espalda en la parte baja del sofá.

Entonces, lo último que deseaba que ocurriera, sucede.

Primero, unos suaves golpes en la puerta y, después...

—¿Joel?

Mark sonrío y yo maldigo con desolación.

—Esto se pone interesante...

Trago el nudo de la garganta.

—No la toques —me muerdo el labio mientras intento recobrar el aliento—, no la toques o te mato. Te juro que lo haré.

—Eso ya lo veremos.

Me agarra del pelo y lanzo un quejido, intento evitar a toda costa que vaya al exterior, pero no soy capaz.

—¿Estás ahí?

Mandy no sabe que con cada frase pone en peligro su vida un poco más.

—¡Vete Mandy!

Ella vuelve a hablar, pero no la escucho. Mark me agarra y me empuja al exterior de la casa ante la mirada de pavor de Mandy. Las gotas de mi sangre penetran en la nieve que está empezando a caer de nuevo. Cuando levanto la cabeza quiero gritar al ser consciente de que la punta del arma ya no me apunta a mí, sino a ella.

Entre todos formamos un triángulo perfecto en el jardín que ninguno nos atrevemos a romper, ni siquiera Leo, que intenta acercarse a su hermana, pero en seguida se arrepiente al comprender que no debe actuar por impulso.

Mandy me mira con lágrimas en los ojos.

—No llores —susurro, y esto empieza a parecerse demasiado a aquella maldita noche—. Tranquila, cariño. Todo saldrá bien.

Mark me apunta con la pistola un segundo para volver a ella después de gritar:

—¡Cállate, joder! Voy a matarla, ¿me oyes bien? La voy a matar delante de tus putas narices por todo lo que me quitaste al contarle todas aquellas mentiras al *sheriff*. Tuve que irme, perdí mi fortuna y mi negocio, ¡hasta malvendí el Chevrolet! Pero ahora vas a saber lo que es perderlo todo. Ahora conocerás la miseria.

Quiero echarme a reír por su diatriba lastimera, como si él no me hubiera quitado mi infancia, mi vida e, incluso, mi amor propio después de todos los abusos que sufrí de su mano. Pero no me río, no le provocho; al contrario, me arrodillo con los brazos extendidos, en señal de sumisión.

—No le hagas daño... por favor. Mátame a mí...

—Joel, no! —suplica Mandy entre sollozos.

—Ella no tiene nada que ver en esto. Acaba conmigo.

Mark me mira serio y, con suma lentitud, baja el arma. Suspiro, aceptando mi destino y dando

gracias a que no la tome con ella.

Aunque las cosas no son siempre lo que parecen. En una fracción de segundo puedes perder algo más importante que tu vida; la de la persona que más amas en este mundo.

Mandy se mueve. Solo da un paso, pero es suficiente para él, para decidir quién muere en esta ocasión.

—¡No! —grito.

No soy consciente de incorporarme del suelo y correr hacia él, pero antes de echarme sobre Mark escucho los dos disparos: uno a varios metros, y otro que produce un pitido ensordecedor en mis oídos por la cercanía. Lo único que sé es que, una vez que llego al suelo, Mark Lauren está muerto. Lo sé porque sus ojos miran hacia la nada.

Ladeo la cabeza en dirección a Mandy y, al hacerlo, siento que la tierra me engulle hacia su núcleo, atrapándome sin remedio. Está en el suelo tan quieta que mi cerebro se niega a creer lo que ve.

Las piernas me tiemblan cuando me incorporo y voy hacia ella. Me arrodillo junto a su cuerpo níveo, sin calor que me haga pensar que hay vida en él.

—Mandy —la zarandeo y doy palmaditas en su mejilla—. Mandy, por favor... por favor... Mi amor, despierta... ¡Despierta!

Leo se arrodilla a mi lado para taponarle la herida provocada por la bala. La sangre de Mandy, roja y espesa, mancha mi ropa y mis manos.

—¡Dios mío! —musito, horrorizado.

«No puede ser, no puede ser», pienso sin parar.

Alguien intenta apartarme, pero no dejo que me alejen de ella. Niego y suelto un sollozo, entretanto, la abrazo.

«No te mueras, por favor», pido en mi mente.

La miro, negándome a aceptarlo.

No se ha ido, ¿verdad? No, no soy capaz de decirle adiós a mi hada. A la chica que cuenta las estrellas del techo, que pinta cuadros de sombras negras llenas de luz, y que robó mi corazón y se lo lleva con un susurro del viento helado.

## Capítulo 34

### JOEL

Soy un sonámbulo cuya pesadilla lo ha atrapado. Es como si mi capacidad de reacción estuviera ralentizada; camino, me dejo llevar, contesto por inercia y solo porque hay una parte de mi cerebro que aún quiere funcionar.

«Mandy. Mandy se está muriendo...», repite mi mente sin parar.

No sé quién me lleva hasta la sala de espera y me pide que me siente. Creo que es Leo, pero podría ser cualquiera. La silla está fría, es de plástico, y el simple roce de mi mano en ella hace que dé un respingo.

«Su piel... su piel está muy fría».

No puedo respirar.

—Pon la cabeza entre las piernas —me dice alguien—. Venga, respira. Tranquilo.

Me frota la espalda. Levanto la cabeza y lo miro. Es Robert Brown. Por Dios, su hija está en una mesa de operaciones por mi culpa y, aun así, es él quien me consuela.

—Lo siento.

Es lo único que puedo decir, aunque suena escaso para lo que merecen los Brown por mi parte.

—Mandy se pondrá bien —juraría que lo dice en voz alta para convencerse a sí mismo.

Suelto un sollozo y me levanto. No soy capaz de mantenerme quieto. No es justo que yo esté moviéndome y no sepamos si ella volverá a hacerlo.

Mark Lauren ha muerto. El *sheriff* envió a una patrulla que andaba cerca de la casa de mi madre, y entre ellos estaba Nick, que es quién apretó el gatillo y lo mató. Pero no fue bastante su rapidez. Mark disparó a Mandy al mismo tiempo.

Cam y el resto del grupo llegan a la sala de espera con los rostros blanquecinos, en silencio. Nos abrazan a todos; a Rosy, que llora desconsolada, a Leo que, como yo, sigue en un limbo del que nos costará salir, a Robert, Nick y Jack, que ha llegado hace unos minutos. A mí, que soy culpable de haber traído la desgracia, una vez más, a esta familia.

Pasan las horas y el tiempo me vuelve loco. Necesito saber que Mandy está bien, que se recuperará; pero por más que miro en dirección a la puerta por donde se la han llevado, no hay novedades hasta que una mujer en uniforme de quirófano llega y nos hace dar un bote en nuestros asientos.

—¿La familia de Miranda Marie Brown?

Su padre da un paso al frente. Tiene tanto miedo a que le den malas noticias que ni siquiera contesta con palabras.

—Mandy está en recuperación. Hemos sacado la bala y controlado la hemorragia. El doctor vendrá en unos minutos para darles más información.

Un suspiro colectivo se escucha como el zumbido de un tsunami a lo lejos, salvo que esta ola no nos golpea. Por esta vez, nos hemos librado.

Vuelvo a echarme a llorar, temblando, y le doy gracias a Dios, al cielo, a quien sea, porque Mandy esté fuera de peligro.

Me aparto el pelo de la cara con un tirón para sentir que esto es real. Sí, es real. Mi hada está

bien, o lo estará, al menos.

Aprovecho para alejarme un poco del grupo. Necesito procesar lo que ha pasado sin perder el control. Apoyo la espalda y la cabeza en la pared, y la convierto en mi tabla salvavidas. Cierro los ojos y respiro.

Lo que más deseo es verla, darle un beso y jurarle que nunca más dejaré que nada ni nadie le haga daño, porque de ahora en adelante, mi prioridad será que sea feliz y esté segura.

Oigo unos pasos que se acercan. Abro los ojos y veo la cara de Leo. Está cansado, se le nota por las ojeras y ese moño desgreñado que no ha dejado de sobarse todo el rato.

Callados, nos miramos unos segundos hasta que él rompe el silencio.

—Sabía que se recuperaría.

Admiro su entereza, su capacidad de reacción, porque —aunque ha estado asustado— ha sabido actuar en todo momento. Yo; sin embargo, sigo hecho un flan, y debe ser evidente, pues se acerca y me abraza. Suspiro entrecortadamente, correspondiéndole.

—No sé qué hubiera hecho si ella...

—Pero no ha pasado. Está bien. Y tú también, que es lo importante.

Nos separamos con torpeza.

Él me mira de soslayo. Quiere decirme algo y no sabe cómo. Imagino lo que es y me tenso.

—Leo...

—Jack nos ha contado... Ya sabes. Quién era ese hijo de puta. —Agacha la cabeza—. Siento que tuvieras que pasar por aquello. Ahora entiendo muchas cosas. Lo peor es que estábamos allí y no nos dimos cuenta.

—No fue culpa vuestra.

Pone su mano en mi hombro.

—Si lo llego a saber lo mato a hostias, en serio.

Le sonrío porque sé que es verdad. Sé que lo habría hecho.

Me hubiera gustado ser yo quién se lo contara, pero creo que esto está bien. Me siento bien por no tener que guardar mis secretos por más tiempo.

—Eras mi hermano, Joel, y todavía lo eres. Eso nunca va a cambiar.

Vuelvo a abrazarle, aunque esta vez entre golpes amistosos en la espalda que presagian un nuevo comienzo.

—Por cierto, Mandy me ha contado lo vuestro antes de todo esto. —Doy un respingo, pues me mira tan serio que pienso que va a darme un puñetazo o algo así, pero en seguida sonrío—. Pensaba darte una buena tunda, aunque supongo que me parece bien. Eso sí —me apunta con el dedo—, como le hagas daño, date por muerto.

—Me parece razonable.

Sonreímos y volvemos a la sala de espera juntos. Cuando llegamos, Robert y Rosy no están.

—El médico ha pasado y ha dicho que la familia puede entrar a verla —nos informa el *sheriff*—. Todavía está dormida.

Leo se marcha a la sala y sale minutos después con sus padres. Cuando nos cuentan que está bien, Rosy se acerca para darme un beso en la mejilla, con ese aire de madre que da calor sin pretenderlo.

—Entra, Joel. Ve a verla.

Asiento con las ganas y el miedo fraguando en mi estómago. Trago el nudo de la garganta al llegar a la puerta tras la cual sé que está Mandy. La abro, y la imagen que obtengo me deja sin aliento.

Hay cables por todos lados y máquinas cuyo sonido indica que la chica que está sobre la

camilla respira. Su pelo castaño invade la almohada y sus labios sonrosados no reflejan más que la paz que Mandy siempre me ha otorgado. Es un ángel cuya luz no puede apagarse ni siquiera en un sitio como este.

Verla así me quiebra de nuevo, aunque tenga la seguridad de que mejorará. Me va a costar superar estos acontecimientos.

Con cuidado agarro su mano. Su calor penetra en mis dedos y en mi mejilla cuando la coloco en mi cara. Después, acaricio su frente y su cabello castaño, largo y achocolatado, cuyo olor a melocotón se entremezcla con el del suero. Le beso la punta de la nariz y los labios, deseando que me lo devuelva, pero no lo hace. Sigue dormida.

—Descansa, mi amor —susurro contra su boca.

Me recuesto a su lado, en el borde de la camilla y la abrazo. Tenerla así me llena de sosiego, mientras noto cómo su pecho sube y baja en la palma de mi mano.

Y, solo para recordarle que aquí la espero, cierro los ojos y le canto la canción que ella me cantaba cuando estaba triste o lloraba.

—*Estaba la pájara pinta sentadita en su verde limón. Con el pico picaba la hoja, con la hoja picaba la flor. Mi amor, mi amor. Dame una mano, dame la otra, dame un besito sobre tu boca...* —la beso en los labios, alargando el momento—. *Daré la media vuelta, daré la vuelta entera. Un pasito para atrás, y haré una reverencia. Pero no, pero no, pero no, porque a mí me da vergüenza. Pero sí, pero sí, pero sí, porque yo te quiero a ti.*

La carita cansada de Mandy está ladeada en mi dirección cuando abro los ojos de nuevo. Pese a estar echa polvo me sonrío, porque así es ella, fuerte e indestructible. Valiente como nadie que haya conocido jamás.

—Has vuelto —susurro, emocionado porque ese par de iris verdosos me estén mirando—. Pensaba que te perdía.

—Yo pensaba que te perdía a ti —su voz sale entrecortada por el cansancio.

Embute sus dedos entre los mechones de mi pelo y los acaricia. De repente, suelta un suspiro y da un respingo.

—¿Qué ha pasado con...?

—Está muerto, es cuanto necesitas saber ahora —le acaricio la cara para tranquilizarla—. Voy a avisar al médico.

Hago el amago de levantarme, pero ella me sujeta de la mano y me frena.

Me giro sonriendo y la beso con vehemencia.

—Tranquila, pequeña, no me voy a ningún lado.

Y esa frase se convierte en mucho más que una respuesta. Es una promesa en firme, que pienso cumplir hasta el resto de mis días.

## Capítulo 35

### JOEL

Espero pacientemente a que el doctor examine a Mandy parado en una esquina de la habitación para no entorpecer su trabajo. Cuando aparta la sábana y levanta el vendaje que envuelve su cintura no puedo contener el aliento. Ver la herida provocada por la bala me hace ser más consciente de que el final podría haber sido uno muy distinto. Pensarlo me pone los pelos de punta.

—Has tenido mucha suerte, Miranda. La bala no ha alcanzado ningún órgano, se puede decir que has vuelto a nacer.

El doctor vuelve a tapanla y le da instrucciones a la enfermera mientras Mandy contesta a las preguntas que le formula.

—Calculo que en un par de días te podrás marchar a casa, pero tendrás que guardar reposo y desinfectar la herida a menudo.

El médico me mira y me sonrío.

—¿Es usted familiar?

Abro la boca, pero es Mandy la que responde.

—Es mi novio.

¡Guau! Oírsele decir me produce una sensación de pura felicidad. No es que las etiquetas sean importantes, aunque está claro que somos más que amigos. De hecho, la palabra novios me suena demasiado insulsa para nosotros, pero no voy a contradecirla. Soy su novio y todo lo que ella quiera.

Le estrecho la mano al doctor.

—Gracias por todo.

—Esta noche podrá quedarse alguien con ella. —Vuelve su atención a Mandy—. Pasaré a verte mañana.

Ella sonrío antes de que tanto el doctor como la enfermera desaparezcan. Cuando nos quedamos a solas, coge mi mano y tira de mí para que me acueste a su lado en la cama.

Hace un mohín al moverse para dejarme un poco de espacio en el colchón mientras lanza un pequeño bostezo.

—Duérmete un rato y descansa.

—No quiero cerrar los ojos —responde, soñolienta.

—Voy a estar aquí cuando despiertes.

—¿Te quedarás conmigo esta noche?

Se relaja poco a poco mientras mi mano le acaricia el brazo, el pelo, la cara... incluso esa zona que tiene dolorida. Ojalá pudiera intercambiarle por ella y evitarle el sufrimiento.

—Sí —le susurro.

Suspiro.

Suspira.

La miro.

Me mira.

Y me pierdo en la idea de que no soy nada sin ella.

—Es raro no tener estrellas que contar.

Sonrí y le beso la punta de la nariz.

—¿Quieres que te traiga unas cuantas y las coloque aquí?

Puede parecer una proposición absurda, pero solo necesito una afirmación suya para hacerlo.

Suelta una carcajada y el movimiento la hace gruñir de dolor.

—¿Te duele mucho? ¿Llamo a la enfermera?

Niega con la cabeza y se acurruca más a mí y la abrazo, protegiéndola como un león ante posibles amenazas, aunque aquí y ahora no haya nada de eso.

Al cabo de unos minutos siento cómo su respiración se vuelve sosegada y profunda. Está dormida; sin embargo, escucho la frase que dice entre susurros y que provoca que mi corazón se expanda en el pecho.

—Te quiero mucho, Joel.

—Yo te quiero mucho más —le digo contra sus labios—, no te haces una idea de cuánto.

Ya no me escucha; pero no me importa, tengo toda la vida para repetírselo.

# Epílogo

*Un mes después*

**MANDY**

Salgo de la cocina con el jaleo de las risas llenando el espacio que, aunque pequeño, se siente completo. Yo lo siento así cuando los miro, uno por uno, pensando en lo distintos que somos y lo mucho que nos queremos pese a todo.

No era consciente de lo afortunada que soy hasta que se me ha presentado la ocasión de escoger un camino, dejando que mi corazón echase a andar hacia el lado que lo hacía latir más fuerte en su interior.

Pronto viajaré con Joel hasta Nueva York para que ponga en orden su vida antes de volver al pueblo. Y no solo eso, también esperaremos a nuestros amigos allí para la gran exposición de mis dibujos. Aún no puedo creer que hablase con Frances para que Armand Bitchon la organice. Saber que ha hecho eso por mí hace que lo ame todavía más.

En el momento en que Armand me llamó para ofrecerme de nuevo ese increíble empleo en la ciudad que nunca duerme, lo tuve más que claro: le dije que no. Puede parecer la peor decisión del mundo, pero ahora estoy segura de que he hecho lo correcto: lo que mi corazón ha elegido. Elijo quedarme en Telluride, cuyos bosques arbolados y montañas inmensas me tienen atrapada en cuerpo y alma. Este es mi hogar, y así debe seguir siendo. Escojo a mi familia y a mis amigos, que me dan vida cada día. No podría ser del todo feliz sin verlos a menudo.

Suspiro, satisfecha.

Sí, es lo correcto.

Después de que saliera del hospital todo fue muy deprisa. El *sheriff* Austen cerró el caso que lo había mantenido en vilo desde que Joel se marchó hace siete años, y yo me seguí recuperando en casa, ante la atenta mirada de mis padres. Hace apenas un par de días pude volver al piso.

Voy hacia el sofá y miro a Joel mientras me acerco. Aquí está, el chico de ojos tristes que ha despertado de su pesadilla y que, por fin, puede respirar tranquilo, a sabiendas de que el monstruo que la habitaba ya no está. Se ha ido para siempre.

Me sonrío de medio lado y sus ojos azules me hablan de cosas que solo yo entiendo. Cosas como que me acompañará a donde sea, que ya no habrá nada que nos separe, que el futuro es incierto, pero que lo quiere conmigo. Y lo dice a gritos, aunque nadie más lo escuche.

Dejo la bandeja de comida sobre la mesa baja y le hago un gesto para que me ayude a sentarme a su lado. Sus manos envuelven la parte alta de mi cintura, demorándose en la zona donde Mark Lauren me disparó. Aún me duele un poco, así que no hace presión para no hacerme daño. No puedo creer la suerte que tuve de que la bala no impactase en algún órgano vital, entre otras cosas.

Prefiero no pensarlo.

Me dejo caer para colocarme a su lado, pero él decide que ese no es el sitio que debo ocupar y me dirige hacia su regazo. Sus brazos fuertes sostienen mi cuerpo y, como siempre, siento que floto en un mar de aguas tranquilas en las que me dejo llevar a la deriva, porque mientras esté con él, estaré a salvo.

Escucho en silencio la diatriba de mi hermano sobre lo mucho que ligará en Nueva York y, entre tanto, me fijo en un par de ojos que miran a alguien, al otro lado del salón. En cómo ese otro par le

devuelve la mirada y, tal y como nos ocurre a Joel y a mí, vociferan en secreto. Se hacen promesas mientras la electricidad viaja a través del espacio, de uno a otro.

¿Nadie más lo siente?

Miro en derredor.

No. Soy la única que es consciente. Aunque me muero de ganas por saber qué está pasando entre esos dos, decido dejarlos a solas para que disfruten de su intimidad, pese a estar rodeados de gente.

Ladeo la cabeza hacia Joel y sonrío. El beso que deposita con ternura en mi mejilla activa mis sentidos. Más tarde podré contarle con hechos lo mucho que me completa, para, después, dormirnos abrazados mientras contamos, una a una, las estrellas del techo.

**FIN**

## Agradecimientos

Querido lector, tengo una palabra para ti: gracias. Has elegido esta historia y la has leído de principio a fin y, con ello, has contribuido a que mi sueño sea un poco más palpable. Sin ti esto no sería posible.

Poner fin a una historia es despedirse de personas que, pese a que no existen más que en tu cabeza, representan una parte importante de tu día a día. Joel y Mandy han estado conmigo tanto tiempo que me cuesta trabajo decirles adiós. Por ello, les diré hasta pronto. Aunque sea con una lagrimita asomando en el ojo mientras lo pienso, a sabiendas de que, por más que quiera, a partir de ahora vuelan libres por el mundo.

Y eso es gracias a muchas personas.

Gracias a mis padres, que siempre me apoyan y animan a seguir adelante, a escribir y a dar lo mejor de mí.

A mi familia, sin la que no podría vivir y quiero más que a nada en este mundo.

A mi otra familia, los BFF, con los que comparto risas, momentos, viajes, llantos, problemas, alegrías y vivencias. En especial a Juan Luis, como siempre, por aguantar mis locuras y vaivenes, por ser mi apoyo incondicional. Tú eres el hermano que nunca tuve, lo sabes, ¿verdad?

A mis chicas románticas, compañeras de asociación y literatura: Alba Cayuelas —por más *fangirleo* contigo y a diario—, Judith Romero —por tus ánimos y palabras bonitas— y Úrsula —por la portada, por la maquetación y corrección; por tu trabajo impecable—. Sin vosotras, lo confieso, esta novela no estaría escrita.

A mis gatos, Ronin y Zoe, que llenan de luz mis días más oscuros y de alegría los momentos más tristes.

Y, por último, a Salva. Tú eres el que me impulsa hacia adelante, mi chico de ojos tristes, mi constelación de estrellas en el techo. Eres mi estabilidad cuando siento el suelo vibrando bajo mis pies; mi mar en calma, como sueles decirme tú. Te quiero.

# Biografía

Ailina es una soñadora. Tal cual.

Desde que descubrió que escribir era una de las cosas que enriquecían su alma no ha dejado de hacerlo. El amor ha sido siempre para ella el sentimiento más fuerte y poderoso a la hora de crear sus historias.

Aunque, no siempre escribe, a veces lee, y hace maratones de películas y series.

Forma parte de la junta directiva de la Asociación de Escritores Murcia Romántica junto a Alba Cayuelas, Judith Romero y Aeryn Anders, en la que organizan el Encuentro Murcia Romántica y los cafés literarios Murcia in Love.

*En Algún lugar de tu Mente* es su primera novela. También ha colaborado en varias antologías: *13 Almas y 1 Corazón*, proyecto que desarrollaron desde la Asociación de Escritores Murcia Romántica, en la cual participa con el relato de su autoría *Sobre ruedas*; y en *Valientes*, antología benéfica impulsada por la Editorial Dokusou a favor del cáncer de mama, con el relato *Lea era un bonsái*.